DIME DONDE HAN IDO

PATRICK LOGAN

Annotation

El agente del FBI Constantine Striker lo ha perdido su trabajo, su compañero, su familia, y no está cerca de resolver el misterio de la desaparición de su hermana, que dura ya una década. La carrera de Alex Frost está en caída libre. Calificada de paria tras asociarse con Con, está a un error de ser despedida. Lo último que necesitan es volver a trabajar juntos. Pero con Con acercándose al destino de su hermana y Alex buscando a sus amigos desaparecidos tras un viaje a México, no tienen más remedio que unir sus fuerzas. Para descubrir la verdad, cruzarán todas las líneas, infringirán todas las leyes y se enfrentarán a un enemigo más peligroso de lo que jamás hubieran imaginado. En el explosivo final de esta serie superventas, Con deberá decidir si la verdad le salvará o le destruirá. Y Alex aprenderá por las malas que a veces los héroes son peores que los villanos

TELL ME WHERE THE SANDMAN SLEEPS

PATRICK LOGAN

¿Quieres conseguir *GRATIS* la precuela de Dime dónde está enterrada?

Sólo tienes que suscribirte a *mi* boletín de noticias.

También te mantendré al día de los nuevos lanzamientos, te invitaré a participar en concursos especiales y te ofreceré descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

Además, no deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

DIME DONDE HAN IDO

Un thriller del FBI sobre Striker y Frost

Libro 3

Patrick Logan

DIME DONDE HAN IDO
Prólogo
Emma Oswald se echó a reír.

"*No* me está mirando".

"Oh, él es. Te ha estado follando con los ojos desde que entramos en el club", dijo Tori. Ella persiguió su paja alrededor de su vaso con la lengua.

"*No lo* ha hecho".

Tori se encogió mientras daba un sorbo a su bebida.

"Maldición, esto es fuerte".

La música dentro del club estaba alta y los bajos se acentuaban con las luces parpadeantes.

Tori sospechaba que así iba a sentir la cabeza mañana si seguía consumiendo estos cócteles nocivos.

"Ve a hablar con él", sugirió.

"De ninguna manera. Habla *tú* con él".

Tori puso los ojos en blanco.

"Dudo que a Ben le haga mucha gracia".

Emma se apartó un mechón de pelo sudoroso de la cara.

"Bueno, Ben no está aquí, ¿verdad?"

"Emma..."

"Sólo digo. Ben no está aquí, y fue idea tuya venir a México".

Tori levantó su copa y sonrió.

"Y aquí estamos. Lo estamos pasando bien, ¿verdad?"

Emma le devolvió la sonrisa.

"Claro que sí".

Tori sorbió más de su bebida. Sabía a alcohol.

Se estaba divirtiendo. Una semana en Cancún era justo lo que necesitaba para desconectar del trabajo.

Maldito trabajo.

Era agente del FBI, por el amor de Dios, pero su trabajo no tenía nada de glamuroso. Consistía sobre todo en ir a por café para viejos pedorros que no tan subrepticiamente miraban con lascivia cada centímetro de su piel expuesta.

Esto la incomodaba tanto, que Tori se había resignado a llevar atuendos totalmente poco favorecedores que sólo dejaban ver su cara y sus manos. Llegó incluso a ponerse calcetines de chándal hasta la rodilla.

"¿Sabes qué? A la mierda, hablaré con él".

Emma echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír.

"Pero estoy haciendo esto por ti. Y si se lo dices a Ben, te mataré".

Emma se rió y Tori ajustó la parte delantera de su vestido de lentejuelas, tirando del escote en V sobre sus pechos, asegurándose de que no tenía un desliz accidental.

Se acercó cautelosamente al hombre de la barra.

Era guapo, con el pelo oscuro y desgreñado, la mandíbula cuadrada y la sombra de las cinco en punto.

El hombre la observó acercarse, sus ojos, a diferencia de los colegas de Tori, permanecieron firmemente fijos en su rostro mientras ella se acercaba.

Tori dio un sorbo a su bebida, se dio cuenta de que ya se la había terminado y la dejó sobre la barra.

"Hola", dijo, acercándose al hombre.

"Hola", respondió simplemente. Para Tori, parecía un expatriado, alguien que, como ella y Emma, había venido de vacaciones, sólo para decidir que prefería estar aquí y decidió convertirlo en su hogar.

Sus movimientos carecían de la agitación frenética habitual en los turistas de corta estancia.

A juzgar por la camisa de cuello negro satinado, desabrochada lo suficiente como para revelar un pecho bronceado y musculoso, Tori supuso que era una especie de promotor de discoteca.

En Cancún no faltan promotores de discotecas, jóvenes y guapos estadounidenses, que atraen a las jóvenes y guapas estadounidenses a las discotecas para que gasten los dólares que tanto les ha costado ganar.

"Me di cuenta de que mirabas a mi amigo".

Los ojos del hombre no se apartaban de su rostro.

"No lo estaba".

Despreocupado, indiferente, incluso.

"Vi..."

"Te estaba mirando".

Tori sintió el calor subir a sus mejillas. O lo habría sentido, si no fuera porque ya tenía la cara enrojecida por el alcohol.

"Bueno, siento reventar tu burbuja, pero estoy ocupado."

"Qué lástima. Eres exactamente mi tipo".

Tori se sonrojó aún más. Las frases del hombre eran cursis, pero si no podías ser cursi en un club de Cancún, ¿dónde podías serlo?

"Lo siento. Pero mi amiga... está soltera".

Tori se giró, saludó a Emma, que estaba haciendo un mal trabajo fingiendo no estar interesada en su conversación.

"¿Necesitas otra copa?", preguntó el hombre.

"Claro".

Hizo una señal al camarero, que acudió de inmediato a pesar de que había al menos otras diez personas delante de ellos esperando a ser servidas.

Sí, definitivamente un promotor de clubes.

¿"Vodka soda"?

"Sí", respondió Tori.

"Que sean dos", dijo Emma, apareciendo a su lado.

"Gotchya".

Tori observó atentamente cómo el camarero preparaba sus

bebidas, se aseguró de que aquel apuesto joven no les echara nada.

Lo único que entraba en el vaso era agua carbonatada y alcohol.

Más bien lo segundo.

En lugar de pagar, el hombre asintió al camarero.

"Aquí tienes."

Tori tomó un trago y se lo pasó a Emma. Aceptó el segundo para ella.

Dios mío, era fuerte.

"Mi nombre es Emma." Dio un codazo para pasar a Tori.

"Soy Brent."

Emma le tendió la mano y Brent la cogió, se la llevó a la boca y le besó el dorso.

Emma soltó una risita.

"¿Cómo se llama tu amigo?"

"Tori."

Tori extendió la mano y Brent también la besó. No estaba segura, pero Tori pensó que sus labios permanecieron un poco más en su carne que en la de Emma.

Se apartó bruscamente. Tori estaba agradablemente borracha, pero no estaba fuera de sí.

Incluso si lo hubiera sido, de ninguna manera habría hecho algo que pusiera en peligro lo que tenía con Ben.

Le quería demasiado para eso.

Sin duda, desde que ella fue destinada a San Antonio y él seguía en Virginia esperando su primer destino, su relación se había vuelto tensa.

Es comprensible.

Las relaciones a distancia eran difíciles. Desde que se conocieron hacía más de un año, Tori y Ben nunca habían pasado más de unos días separados.

Se habían comprometido a llamarse todos los días, y durante las primeras semanas lo habían hecho.

Esto había sido incluso un poco excitante, sobre todo después de que Tori se había ido de copas después del trabajo y había llamado a Ben cachondo como el demonio.

Habían hecho lo que los antiguos llamaban sexo telefónico, Tori tocándose y, a juzgar por la respiración ronca de Ben al otro lado de la línea, él había hecho lo mismo.

Excepto que, en el último mes o así, hablaban con menos frecuencia. Una vez cada pocos días. Y sus conversaciones habían disminuido, se habían vuelto superficiales, recordándole a Tori cuando estaba en la Uni y llamaba a sus padres cada fin de semana más por rutina que por querer hablar con ellos.

Aún así, Tori no iba a hacer algo con este chico, por muy mono

que fuera, que pudiera arruinar lo que tenían juntos.

Era una romántica de corazón y sabía que las cosas mejorarían. Y si Ben conseguía la plaza en Corpus Christi que tanto deseaba, sólo les separarían unas horas.

Las cosas volverían a ser como antes.

"¿No es cierto, Tori?"

Tori salió de su cabeza.

"¿Qué?"

Emma frunció el ceño.

"Le estaba diciendo a Brent que nos íbamos a tomar un año sabático para viajar un poco". Había un brillo en los ojos de su amiga mientras hablaba. "Un año libre antes de empezar nuestras prácticas de marketing en Lockwood e Hijos".

Tori resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Se suponía que eran seis en su viaje de chicas al sur. Tori, Emma, Blake, Anastasia, Yuri y Alex.

Alex no podía ir -su situación laboral había cambiado tras el despido de su compañero Constantine Striker-, Blake y Anastasia no podían tomarse tiempo libre de sus destinos en el FBI, y Yuri, que seguía en Virginia como Ben esperando su primera misión, no quería arriesgarse a estar fuera del país si se producía la llamada.

Lo que la dejaba a ella y a Emma solas.

Conseguir tiempo libre había sido pan comido para Tori. Todo lo que tenía que hacer era llevar una falda corta y actuar tímidamente delante de su jefe cuando se lo pidiera.

Emma, la única de los seis que no estaba en el FBI, tenía unos días de baja ahorrados de su trabajo como secretaria jurídica y había aprovechado la oportunidad para utilizarlos.

La única condición de Tori era que mantuvieran en secreto lo que hacía en el trabajo. A Emma le había gustado este juego y se había divertido mucho inventando múltiples personajes cuando se le acercaban los molestos chicos de la fraternidad en su hotel.

Habían sido chicas de hermandad, amas de casa cachondas, empresarias y personas influyentes en las redes sociales.

Pero ahora el acto se estaba volviendo agotador.

Aun así, le siguió la corriente.

"Así es."

"¿Emocionado por empezar?" preguntó Brent.

Aunque la pregunta era obviamente para Tori, Emma fue la que contestó.

"Sí, estoy muy contento. Lockwood es una de las mayores y mejores empresas de marketing del sur".

"¿En serio? Nunca he oído hablar de ellos".

"Y así lo quieren. Están detrás de las *escenas*". Emma sacó la

palabra "escenas" por alguna razón.

"Guay".

Emma intentó varias veces entablar más conversación con Brent, pero el hombre parecía distraído.

Por Tori.

No dejaba de mirarla. No la miraba con lascivia, como los viejos de la oficina de San Antonio, ni tampoco con nostalgia.

En algún punto intermedio.

Empezaba a incomodar a Tori.

No porque se sintiera amenazada, no lo hacía, sino porque se sentía atraída por él.

"Oye, ¿crees que..." Emma dejó que su frase se interrumpiera mientras levantaba su vaso ahora vacío. Tori miró su propia bebida, todavía estaba llena en tres cuartas partes.

"Emma, tal vez deberías ir más despacio."

"De ninguna manera. Estamos de vacaciones, ¿recuerdas?"

"No hay problema", dijo Brent, ofreciéndoles a ambos una sonrisa socarrona. "Te tengo cubierto".

Brent les rellenó el vaso. Emma sorbió inmediatamente el suyo, mientras que Tori puso el fresco a un lado.

Bailaron un poco, pero Brent bailaba más que bailaba, a pesar de que Emma prácticamente lo arrastraba a la pista. A medida que avanzaba la noche, Emma estaba más sudorosa y menos coordinada.

Por mucho que a la mujer le gustara el alcohol, Emma era un peso ligero. Lo había sido cuando eran compañeras de cuarto en la universidad, y lo seguía siendo.

Tori, sabiendo que tendría que cuidar de su amiga más tarde, ralentizó el paso.

Alrededor de la 1:30, Brent, que parecía aburrido, consultó su teléfono y asintió para sí mismo.

"Escucha", gritó por encima de la música. "Tengo que irme. Fue un placer conocerlas, señoritas".

"Vamos, todavía es pronto", dijo Emma con un mohín. Agarró las dos manos de Brent e intentó empujarlo de vuelta a la pista de baile.

Se resistió.

"En serio, tengo que irme. Quizá os vea mañana. ¿Dónde te alojas?"

"Tentación", soltó Emma.

Tori frunció el ceño.

No le entusiasmaba la idea de dar el nombre de su hotel a desconocidos en un club. Cancún era probablemente la ciudad más segura de México, pero dada su profesión, sabía que dos mujeres jóvenes en un país extranjero eran objetivos prioritarios.

"Tal vez nos veamos por ahí, entonces", dijo Brent con una sonrisa

tímida.

"*¿Seguro* que no quieres quedarte?" gimoteó Emma. Brent miró fijamente a Tori mientras respondía.

"Me encantaría, pero mañana tengo que madrugar".

"¿Por favor?"

Tori se encogió al ver lo desesperada que sonaba su amiga.

Había pasado de tímida a exagerada en tres tragos.

Tres tragos increíblemente fuertes, pero aún así.

"Lo siento. Ha sido un placer conocerte".

Brent se liberó del agarre de Emma y desapareció entre la multitud.

"Dick", dijo Emma roncamente en el oído de Tori. Su aliento olía tan fuerte a alcohol que Tori se estremeció.

"Vamos, salgamos de aquí", dijo Tori.

"De ninguna manera."

"Emma..."

Emma cogió la bebida llena de Tori de la barra y dio un largo sorbo.

"Quiero bailar".

Y así lo hicieron. Durante la siguiente hora, los dos bailaron juntos.

Con cada canción siguiente, los movimientos de Emma se volvían cada vez más erráticos, sus ojos ya no enfocaban. Toda su cara estaba cubierta de una espesa capa de sudor.

"Oye... ¿Tori?", balbuceó.

"¿Sí?"

"No... no me siento muy bien."

Tori resistió el impulso de decir, *te lo dije.*

"Vamos, salgamos de aquí."

Salieron antes de que Emma tuviera arcadas.

"Oh, mierda."

Tori tiró de su amiga por un callejón y le sujetó el pelo oscuro mientras vomitaba sus dos últimas copas.

"Oh, mierda, lo siento, Tori."

"No te preocupes".

"Es *que*... lo tienes todo, ¿sabes?"

Oh, Dios, otra vez no.

"Emma, no necesitas..."

"Déjame hablar, ¿*vale*?"

Retch.

"Tienes a Ben y un trabajo... ¿el puto FBI, tío? Tengo..."

Otra arcada.

Mientras Emma volvía a lamentarse, la atención de Tori fue atraída por una conmoción cerca del extremo opuesto del callejón.

La parte delantera, donde estaban, Emma encorvada por la cintura, Tori inclinada sobre ella, estaba bien iluminada.

La parte de atrás, no tanto.

La débil luz amarilla de una entrada lateral apenas proyectaba sombras sobre lo que Tori creía que eran tres o cuatro hombres.

Discutían y la sombra del centro se movía nerviosa.

"... Me gustaría ser más como tú..." Emma estaba diciendo.

Tori le prestó poca atención, soltándole el pelo mientras la chica escupía bilis sobre la grava.

"No tengo dinero", una voz masculina se filtró por el callejón hacia ellos.

Una voz que Tori reconoció inmediatamente.

Se enderezó.

"Quédate aquí, Emma."

Emma volvió a escupir y giró la cabeza para mirarla.

"¿Adónde vas?"

"Quédate aquí", dijo Tori bruscamente. Empezó a caminar por el callejón, sintiendo que su corazón se aceleraba a cada paso.

"Por favor, déjame en paz", dijo Brent.

Ninguno de los hombres, de los que ahora Tori veía cuatro incluyendo a Brent, notó su acercamiento.

"Hey, ¿todo bien?" Tori dijo en voz alta.

Las cabezas se giraron.

"¿Por qué no te metes en tus asuntos, *puta?*", ladró uno de los hombres. Era bajito, mexicano y tenía un cuervo tatuado en la base de la garganta.

"Brent, ¿estás bien?" Tori preguntó, ignorando al otro hombre.

Brent agachó la cabeza.

"¿Brent?"

Los dos hombres que flanqueaban a Brent se apartaron de repente.

Cuando Tori oyó por primera vez la voz de Brent en el callejón, sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago.

El hombre tenía razón, debería ocuparse de sus asuntos.

Pero era una agente del FBI, maldita sea. No importaba si estaba en un país diferente.

Se armó de valor.

"¿Brent? ¿Estás bien?"

Brent levantó lentamente la cabeza.

No fue miedo lo que Tori vio en el atractivo rostro del hombre, sino algo más.

Inmediatamente empezaron a saltar las alarmas.

"Lo siento", dijo Brent.

Detrás de ella, Tori oyó gritar a Emma.

Empezó a girar la cabeza, pero se detuvo al ver una silueta oscura que venía hacia ella desde el otro lado del callejón.

Tori se preparó para correr.

Pero el alcohol la había vuelto lenta.

Algo la golpeó en un lado de la cabeza y Tori cayó de rodillas inmediatamente.

El mundo le daba vueltas y la vista se le estrechaba.

Respirando con dificultad, Tori trató de ponerse en pie, pero sus miembros se negaron a escuchar. La sangre goteaba en su ojo izquierdo, distorsionándola aún más.

"Brent..." gimió.

Su voz era apagada, sus palabras sonaban como si hubieran sido pronunciadas bajo el agua.

En algún lugar lejano, Emma gritó de nuevo.

Otro golpe hizo que Tori cayera sobre su estómago.

Mientras su mundo se cerraba a su alrededor, Tori oyó una voz muy acentuada que decía: "Haz la llamada. Dile al jefe que tenemos un par de regalos para él".

Parte I - Regalos

Capítulo 1

Esta cita iba más o menos igual que las tres anteriores.

Es decir, mal.

Y *mortalmente* aburrido.

La cita de Alex Frost, a quien había conocido en la aplicación Spark Dating, era bastante simpática. Carlos Vincente, banquero y aspirante a guionista, era tradicionalmente guapo. Era entre cinco y diez años mayor que ella, pero no importaba.

Era el hecho de que era insufriblemente aburrido lo que definitivamente no estaba bien.

Cuando Carlos consiguió sonsacarle a Alex a qué se dedicaba en el trabajo -su perfil dejaba este apartado deliberadamente en blanco-, sus preguntas no cesaron.

Y estar *interesado* era un pobre sustituto de ser *interesante*.

El hombre también era increíblemente malo a la hora de captar las señales sociales: Alex se había escrito en la frente, en letras grandes y mayúsculas: NO QUIERO HABLAR DE MI TRABAJO.

"Oye, ¿seguro que no quieres ir a tomar algo? Conozco un sitio genial a media manzana de aquí".

Alex miró hacia delante.

Sólo eran las diez y media de la noche de un sábado. Alex tenía un ligero zumbido por el vino de la cena y se sentía inclinado a mantenerlo.

Sólo que... no con Carlos.

"En realidad estoy un poco cansado", mintió Alex. "Creo que me

voy a casa. Pero gracias por la cena".

Carlos dejó de caminar.

"¿Seguro?"

Es guapo, confirmó Alex mirándole fijamente a los ojos oscuros. Ojalá no fuera tan aburrido.

"Sí. Gracias".

Carlos no se dio por aludido y se inclinó para darle un beso.

Alex giró hábilmente la cabeza hacia un lado y abrazó al hombre con torpeza.

"Oh", dijo, devolviéndole el abrazo.

Se desvincularon.

"¿Quieres que te acompañe a casa?"

"Gracias, pero no vivo lejos".

"¿Seguro?"

Alex sintió cómo aumentaba su enfado.

Soy un agente del FBI, puedo cuidarme solo. Puede que seas más grande que yo, pero eres un banquero.

Alex le dedicó una sonrisa tensa.

"Estaré bien."

Justo cuando terminaba la frase, se abrió la puerta del edificio ante el que se habían detenido. Un hombre salió dando tumbos y dejó caer un cigarrillo apagado a la acera. Se agachó para recogerlo, pero perdió el equilibrio y cayó hacia delante.

"¡Eh!" Carlos gritó. "¡Mira por dónde vas!"

Alex se apartó fácilmente del camino del hombre, pero Carlos aún sintió la necesidad de rodearla con los brazos para protegerla.

Cop una sensación barata.

Ella se zafó de su agarre.

El hombre cayó de bruces sobre sus manos, gruñó y, sin siquiera levantar los ojos en dirección a ella, buscó a tientas su cigarrillo.

"Eh, ¿me oyes, colega?" Dijo Carlos.

"Estoy bien", le aseguró Alex.

"No, esto es ridículo". Carlos dio un paso adelante. "Ni siquiera son las once y este gilipollas está borracho. No hay puto respeto en esta ciudad. *Ninguno*".

Las maldiciones, así como el arrebato, sorprendieron a Alex.

Quizá Carlos no sea tan aburrido como pensé al principio.

"Discúlpate con ella".

"Vete a la mierda", refunfuñó el hombre. Sus dedos buscaron el cigarrillo, pero antes de que pudiera cogerlo, Carlos lo aplastó bajo su zapato.

"He dicho que *te disculpes*".

El hombre levantó por fin la vista.

"Y yo dije, *vete a la mierda*."

Alex soltó un grito ahogado y Carlos, malinterpretando su reacción, lo interpretó como que estaba sorprendida por la maldición y redobló su repentino machismo.

"Levántate de una puta vez."

"Vete a la mierda", dijo el hombre por tercera vez. Pero él escuchó. Se balanceaba mientras estaba de pie.

Era más bajo que Carlos por lo menos cinco centímetros y entre veinte y treinta kilos menos.

El hombre tenía un aspecto enfermizo. Delgado, pálido, con bolsas oscuras bajo los ojos.

"¿Qué me has dicho?". Carlos hinchó el pecho. "Quiero que..."

"Vete a la mierda."

Carlos cerró el puño y se echó hacia atrás como si fuera a golpear al hombre.

"¡No, para!" Alex gritó, encontrando finalmente su voz.

"Será mejor que..."

"Por favor, para".

Agarró el brazo de Carlos y tiró.

El enfado de su acompañante se disipó.

"Sólo pensé..."

"Lo conozco", dijo Alex, sus ojos se movieron de Carlos al hombre que ahora estaba luchando para sacar un humo fresco de un paquete.

"¿Le... conoces?"

"Sí."

"¿Qué estás...?"

"Estaré bien. Por favor."

"Pero..."

"Coge una puta indirecta, ¿vale? Yo estoy bien. Ahora vete."

La cara de Carlos era el epítome del shock. Abrió la boca y decidió no hablar cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Entonces refunfuñó algo, sacudió la cabeza y se marchó.

Bueno, ahí va mi calificación de estrellas en Spark.

Alex esperó a que Carlos estuviera fuera del alcance del oído antes de decir: "Con, ¿estás bien?".

Al oír su nombre, el hombre interrumpió la tarea aparentemente imposible de intentar encender su cigarrillo.

Ni siquiera pudo encender el mechero.

"¿Qué?"

Sus ojos recorrieron toda su cara.

Ningún reconocimiento cruzó sus facciones.

"Con, soy yo. Soy Alex."

"¿Al-Alex?"

Dio un paso adelante, ofreciendo su brazo como apoyo.

"Sí, Alex Frost. Soy..."

Con giró la cabeza hacia un lado y vomitó.

"Jesucristo, Con, ¿qué te ha pasado?"

Capítulo 2

Alex tardó unos diez minutos en salir de Con donde vivía ahora y, cuando por fin lo hizo, deseó no haberlo hecho.

Su ex compañero, el otrora apreciado "Caballero Oscuro" y estrella ascendente de la oficina del FBI en el condado de Orange, vivía en su coche.

Le rompió el corazón.

Después de que su nombre saliera a la luz como fuente del mordaz artículo del OC Post sobre la detención por el FBI del hombre equivocado en una serie de brutales asesinatos de trabajadores de la calle, Con había quedado libre.

El agente especial al mando Marcus Allen por fin cumplió su deseo: librarse de la plaga que era Constantine Striker.

Durante la primera semana, Alex había estado aturdida. Se limitaba a hacer lo de siempre: despertarse, ducharse, lavarse los dientes, ir a trabajar.

Marcus no le había hablado mucho esos primeros días, manteniéndose inteligentemente al margen. Y Alex había hecho todo lo posible por mantenerse en contacto con Con. Pero luego le habían asignado un nuevo compañero y un nuevo caso. Una mierda de bajo nivel, pero que la mantenía ocupada.

Cada vez pensaba menos en Con y, finalmente, la vida se interpuso en su camino.

Empezó a tener citas, o a intentarlo.

Con se desvaneció en el fondo.

En muchos sentidos, este proceso le recordaba a Alex la muerte de su madre. Los primeros días habían sido imposibles, y a menudo pensaba que su vida nunca volvería a ser ni remotamente normal. Sin embargo, el tiempo restañó todas las heridas y, con el tiempo, incluso su querida madre se convirtió en algo secundario.

De vez en cuando, algún acontecimiento, o incluso un comentario al pasar, desencadenaba recuerdos de Heather Frost. Como antes, el dolor, ese agujero ardiente en el pecho, volvía, pero cada vez, el periodo refractario para volver a su nueva normalidad se acortaba.

Lo mismo ocurrió con Con.

Verlo ahora, en tal... *estado*, hizo que la culpa floreciera en lo más profundo de su ser.

Vivía en su... coche.

Joder.

"Te llevo a mi casa, Con", dijo ella, ajustando el agarre a su cintura. Con la mano libre, Alex le apartó el humo del cigarrillo de la cara.

"Jusss ... mi coche."
"No", dijo ella con firmeza. "Mi lugar".
Con no estaba en condiciones de oponer resistencia.
Había mentido a Carlos; vivía a poca distancia del restaurante donde habían cenado, pero no *tan* cerca. Y tener que arrastrar prácticamente a Con con ella ralentizaba aún más a Alex.
Casi una hora después, por fin llegó a casa. Un pequeño y coqueto apartamento lo bastante cerca de la oficina de campo como para poder ir andando al edificio si le apetecía.
Alex apoyó a Con contra la pared de la puerta principal mientras la abría.
Se balanceó, casi se cayó.
"Vamos."
Lo primero que pensó fue en intentar despejar a Con, meterlo en la ducha y administrarle cafeína por vía intravenosa.
Pero estaba demasiado lejos para eso.
Alex guió a Con hacia su cama. Se desplomó sobre ella antes de que ella pudiera siquiera apartar las sábanas.
En cuestión de segundos, el hombre roncaba ruidosamente. Alex se quitó los zapatos y se dirigió a la cocina. Debatió si tomarse un café ella misma, pero en su lugar se decantó por un vaso de vino tinto de la botella medio vacía que había dejado sobre la encimera.
Luego hizo una llamada.
***
El interior de la boca de Con parecía una combinación de cenicero y ácido sulfúrico.
No es una buena mezcla.
¿Qué coño pasó anoche?
No recordaba nada.
Pero eso no fue diferente de la noche anterior.
Y la noche anterior.
Y la noche anterior.
La única novedad de esta mañana, si es que era de verdad de mañana, era que Con no tenía ni idea de dónde estaba.
Levantó la cabeza, hizo una mueca de dolor.
Con estaba en un dormitorio, limpio, muy poco en términos de personalidad o pertenencias personales.
Al menos no era una celda.
"Demonios..." La bilis le subió a la garganta, cortándole la palabra. Tragó el líquido acre.
Luego cerró los ojos y se dejó caer sobre la cómoda almohada.
Esa era otra cosa diferente.
Ya no le dolía el cuerpo. Dormir en el coche tanto tiempo significaba que Con sufría calambres permanentes en las piernas y

dolores de cuello y espalda.

Ya casi había desaparecido.

Pero...

Con se puso en pie, con las mejillas hinchadas de vómito.

No todo había cambiado.

Al estar en un lugar extranjero, no tenía ni idea de dónde estaba el baño; no podía permitirse el lujo de abrir la ventanilla del coche y asomar la cabeza.

La primera puerta que abrió daba a un armario. Apenas se dio cuenta de que había ropa de mujer colgada de perchas de plástico, antes de salir corriendo de nuevo.

La segunda puerta trajo el éxito. Un poco tarde, pero ya sabes lo que dicen.

Con el vómito chorreándole por la barbilla y la camiseta, Con se agarró a los lados del inodoro de porcelana mientras desataba el infierno durante unos diez minutos.

Le dolían las costillas y el abdomen, incluso los ojos, joder.

Agotado, Con apoyó un lado de la cara en el fresco borde del inodoro y trató de recuperar el aliento.

"¿Te sientes mejor ahora?"

Con no abrió los ojos, no se giró. No tenía fuerzas para hacer ninguna de las dos cosas.

"Con, ¿te sientes mejor?"

Reconoció la voz. No podía ubicarla, pero sabía que le era familiar.

Se acercaban pasos.

Cuando el hombre habló a continuación, lo hizo a escasos centímetros de su cara.

"Vamos, Con, es hora de limpiarte".

Capítulo 3

Alex se preparó una taza de café y lo sorbió con avidez. Había pasado la noche en vela y lo necesitaba tanto como Con. Se le pasó por la cabeza la idea de prepararse un desayuno completo (huevos, beicon, tostadas), pero la desechó enseguida.

Ninguno tenía ganas de comer. Sabiendo que *necesitaban* algo, tostó unas rebanadas de pan, las untó con mantequilla y las puso sobre la encimera.

En la otra habitación, oyó el ruido de la ducha y alguna que otra arcada.

Media hora más tarde, Con entró en la cocina. Llevaba una camisa blanca lisa y unos pantalones que le quedaban grandes.

Maldita sea, estaba delgado.

Sin decir palabra, Con cogió la taza de café que le habían preparado y dio un sorbo.

"¿Tienes algo más fuerte que esto?"

En su favor, Con dijo esto con media sonrisa.

Art Abner fue el siguiente. A diferencia de Con, no estaba sonriendo.

"¿Quieres tostadas?" preguntó Alex, señalando con la cabeza el plato de tostadas.

Con sacudió la cabeza.

AA cogió su café y se dejó caer en una de las sillas de la cocina con un fuerte suspiro.

Durante cinco minutos, nadie dijo nada, contentos con ingerir cafeína.

Entonces, Con dijo: "¿No tienes trabajo?".

Alex frunció el ceño.

No, *gracias*, no, *me alegro de verte*, no, *te he echado de menos.*

Sólo... *¿No tienes trabajo?*

Alex se sacudió la decepción. Nunca había necesitado una confirmación constante de sus actos, pero un simple "gracias" habría estado bien.

Pero, oye, ese no era Con.

"Le dije a mi compañero que estaba enfermo."

La mención de un socio fue intencionada. Y tuvo el resultado esperado.

Por muy resacoso que estuviera, el comentario no pasó desapercibido para Con.

Enarcó una ceja.

"¿Con quién te metió ese imbécil de Marcus Allen?"

"Chris Hale."

La boca de Con, con la taza de café a medio camino de sus labios, ya estaba abierta, pero ahora toda su mandíbula se aflojó.

Alex había esperado algún tipo de reacción, pero nada tan dramático.

Vio cómo los ojos inyectados en sangre de Con se dirigían a AA.

"¿Hablas en serio?"

"No fue mi elección", dijo AA encogiéndose de hombros.

"¿Qué le pasa a Chris?" Alex preguntó, ahora más que un poco preocupado.

Con se resistió.

"¿Qué le pasa?"

La boca de Con se cerró con un chasquido audible.

"Sí, qué..."

"Si no sabes qué le pasa al búho, quizá no seas el agente que yo creía".

"Tú eres de los que hablan", replicó Alex.

¿"Hablar"? Claro... Chris Hale no es un agente del FBI. Todo lo

que hace es hablar. Él nunca..."

"¿Qué demonios, Con?" Alex interrumpió. "Te encontré fuera del bar, te traje aquí, te dejé dormir en mi cama mientras yo..."

"Yo no te pedí que hicieras esto... nada de esto".

"Vale, ya basta. Los dos," AA, la voz de la razón, irrumpió.

Alex se mordió la lengua, pero seguía dispuesta a soltar otro comentario mordaz si Con decía una palabra más. Y, conociéndole, sabiendo lo poco que le importaba a Con que la gente le dijera lo que tenía que hacer, pensó que podría hacerlo.

No lo hizo.

El hombre roto parecía sufrir dolores físicos mientras se contenía.

"Bien", dijo AA con rotundidad. "Con, puede que no le hayas pedido ayuda a Alex, pero la necesitas. Tampoco me discutas, joder. Y tú, Alex, Chris Hale es un buen tipo. Pero Con tiene razón: no se calla una mierda. Como, nunca".

Alex tuvo que sonreír.

Al agente Hale le encantaba hablar. Demasiado.

Todo el tiempo.

Probablemente por eso Marcus Allen los había juntado. Era extraño, dado que ambos eran novatos. Alex no estaba al tanto de lo que ocurría a puerta cerrada en la oficina de Orange County ni en los niveles superiores del FBI, pero la antipatía que Marcus Allen sentía por ella no era ningún secreto. Después de todo, se había quedado con Con hasta el final.

Pero, a diferencia de su ex compañera, a Alex no se la podía soltar así como así. Parte de ello tenía que ver con el hecho de que su padre, Brandon Frost, era congresista de los Estados Unidos por el Estado de Nueva York, pero también había salido de Quántico con una nota perfecta en sus exámenes y con una recomendación personal del director Jeremy Stitts.

Así que, si Marcus no podía soltarla, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que lo dejara.

Excepto que eso no iba a pasar. Ni ahora, ni nunca.

El localizador de AA sonó de repente y se lo quitó del cinturón para ver mejor la pantalla digital.

"Tengo que irme. Vosotros dos sed buenos". A Alex, añadió: "Vendré más tarde".

Alex asintió con la cabeza al gran jefe de policía y le vio marcharse.

Cuando se volvió, se dio cuenta de que Con la miraba fijamente.

Había una profunda tristeza en sus ojos.

"¿Alex?"

"¿Sí?"

"Gracias.

Alex sintió que se le cortaba la respiración. Apretó la mandíbula para contener sus emociones.

"No me des las gracias todavía. Levántate, nos vamos".

"¿Adónde vamos?"

"A tu coche".

Capítulo 4

Tori se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Tenía un ojo pegado al otro. Cuando abrió el otro, se encontró con la oscuridad.

¿Dónde estoy?

Los recuerdos se agolpaban.

Emma, vomitando en el callejón.

El altercado entre el promotor del club, ¿cómo se llamaba?, y...

Tori se sentó de golpe y gritó cuando su cabeza golpeó algo duro.

"Mierda".

Movió las manos a ciegas, sintiendo metal duro a su alrededor.

¿Dónde coño *estoy?*

El pánico se apoderó de mí.

Amenazó con tomar el control.

Tori hizo todo lo posible por mantener la calma. Su corazón se aceleraba, su respiración se tambaleaba al borde de la hiperventilación.

Por encima de la sangre que corría por sus oídos, Tori reconoció débilmente otros dos sonidos.

Uno: música suave y apagada.

Dos: el estruendo de lo que sólo podían ser neumáticos sobre grava.

Entonces me di cuenta.

Estoy en un coche. Estoy atrapado en el maletero de un coche.

Ahora, su pánico estalló.

"¡Ayuda!" Tori gritó. "¡Socorro!"

Gritar hacía que le doliera aún más la cabeza. Pero eso no la disuadió. En todo caso, sólo la hizo gritar más fuerte.

"¡Socorro! *¡Ayúdenme!*"

Golpeó el interior del tronco hasta que le dolieron los nudillos. Pasó a las palmas de las manos y, cuando éstas empezaron a dolerle, utilizó los pies.

"¡Ayudadme! ¡Que alguien me ayude! ¡Que alguien *me ayude!*"

Capítulo 5

"Sé que aparqué aquí. Justo... aquí, joder". Con se quedó mirando la sección vacía de hormigón.

"¿Seguro?"

"Estoy seguro".

Lo era. Había una mancha en el suelo más oscura que el resto.

Eso era de sus sesiones de vómito.

Sólo que su coche, su *casa*, no estaba por ninguna parte.

Se subió los pantalones que le había regalado AA, que hace unos meses le habrían venido tres tallas más grandes, pero que ahora le quedaban como un paracaídas alrededor de su delgada cintura.

"Fue justo aquí."

Con chasqueó la lengua. La sentía gruesa y peluda.

Le dolía la cabeza. Le dolían los ojos. Le dolía el estómago.

Me dolía todo.

"Estaba aparcado justo... *aquí*."

Con dejó que sus ojos se desviaran hacia Frost.

A diferencia de él, ella se veía bien. Saludable.

Reafirmó lo que siempre había pensado.

Estaba mejor sin él.

Beth estaba mejor sin él.

Su madre estaba mejor sin él.

AA estaba mejor sin él.

Su maldita hermana estaba mejor sin él.

"Joder". Con escupió al suelo.

Necesitaba un trago. Lo necesitaba con urgencia.

"¿Cuánto tiempo lleváis aquí aparcados?". preguntó Frost, mirando a su alrededor.

"No sé. ¿Una semana?"

"¿Has estado durmiendo aquí, en este aparcamiento durante una semana?"

Con no pudo evitar una mueca de condescendencia en la voz de Frost.

"Solía moverme pero..."

"¿Cuántas multas de aparcamiento has tenido?"

Con se encogió de hombros.

"Mucho".

"Probablemente te remolcaron entonces".

"Probablemente".

Toda la vida de Con estaba en ese coche.

Frost suspiró.

"Bien, vamos a encontrar la maldita cosa."

***

Tres llamadas y media hora después, Alex se detuvo frente a la grúa Clemson. Aparcó en el aparcamiento y apagó el coche.

Con dormitaba en el asiento del copiloto y le sacudió suavemente el hombro.

El hombre se despertó sobresaltado.

"¿Estamos aquí?", dijo, incorporándose. Sus ojos rojos vagaban alrededor. "¿Aquí es donde se llevaron mi coche?"

"Eso es lo que dijo AA."

Con se acercó a la puerta.

"Quédate aquí. Yo lo cojo". Extendió la mano. "Llaves."

Con se llevó la mano al bolsillo y ella le arrebató el juego de llaves antes de que pudiera discutir. Luego salió y se dirigió al otro lado del aparcamiento. A pesar de que AA había llamado con antelación y de que la grúa había sido remolcada por la policía de Los Ángeles, el descontento empleado de la grúa Clemson que estaba detrás del mostrador se negaba a entregar el coche de Con sin pagar lo que él llamaba "una tasa administrativa".

Sinónimo de extorsión, sin duda.

Ella pagó y él la llevó al coche de Con.

Estaba cociéndose al sol con un puñado de otros vehículos. El exterior estaba en mejor estado que la mayoría de ellos -sus techos blanqueados por el sol sugerían que sus propietarios los habían abandonado-, pero el interior era otra historia.

Tras desbloquear y abrir la puerta, Alex se vio obligado a dejar que se ventilara durante unos cinco minutos antes de plantearse siquiera la posibilidad de entrar.

"Oye, si te doy otros cincuenta pavos, ¿me dejarías aparcarlo en el aparcamiento de enfrente?".

El labio superior del hombre se curvó.

"¿Por cuánto tiempo?"

"¿Un par de días?"

El hombre gruñó.

Hace unos momentos, la estaba extorsionando por dinero, pero ahora parecía reacio a aceptar su dinero. O eso, o estaba intentando sacarle más.

"Haré cincuenta al día. Tres días por adelantado."

"¿Ciento cincuenta pavos?" Alex negó con la cabeza. Pero mientras lo hacía, sacaba la cartera. Dentro encontró dos billetes de veinte y uno de cincuenta. Se lo ofreció todo. "Noventa por dos días. Si necesito tenerlo aquí más tiempo, te daré cincuenta por día".

El dinero desapareció en la mugrienta palma de la mano del hombre.

"Si no vuelven con más dinero el tercer día, irá al lote de nuevo. Y vais a tener que pagar la cantidad completa para sacarlo."

Si Alex no hubiera estado tan cansada, le habría echado la bronca a aquel hombre, le habría mencionado que trabajaba para el FBI y que era amiga del jefe de policía del distrito noreste de la policía de Los Ángeles. Le pediría a AA que viniera aquí y revisara el puto lugar con un peine de dientes finos, que citara a Clemson por todas y cada una de las infracciones.

¿Detector de incendios no funcional? Bien.

¿Salida trasera bloqueada? Bien.

¿Inodoro sucio? Bien.

"Bien", dijo ella.

Alex entró finalmente en el coche de Con, respirando sólo por la boca mientras lo hacía.

Aun así, la mezcla de olor corporal, alcohol y vómito era tan penetrante que sintió que se le revolvía el estómago.

Alex bajó todas las ventanillas e intentó arrancar el coche. El motor chisporroteó, pero no arrancó.

El empleado de Clemson cruzó los brazos sobre su gran pecho y la miró con desdén en su curtido rostro.

El coche arrancó al tercer intento y Alex lo condujo hasta el aparcamiento exterior, donde aparcó junto al suyo. Con se había bajado y fumaba un cigarrillo mientras se protegía los ojos del sol.

"Gracias", dijo cuando Alex abrió la puerta. Iba a coger las llaves, pero Alex se las metió en el bolsillo.

"No estás en condiciones de conducir."

"Estoy bien."

No lo era y ambos lo sabían.

Pero esa no era la única razón por la que se resistía a entregar las llaves.

"Lleva todo lo que necesites a mi maletero".

Con exhaló una nube de humo.

"¿Qué quieres decir?"

Alex se quedó mirando; no podía haber sido más clara con sus instrucciones.

"Frost, aprecio lo que estás haciendo por mí, pero necesito mi coche."

"Coge tus cosas". Pulsó el botón de apertura del camión en su llavero. Se abrió de golpe. "Ahora."

Con frunció el ceño y se marchó.

Luego abrió de par en par la puerta trasera de su coche.

Alex observó cómo el hombre empezaba a recoger montones de páginas. Cuando vio lo que había en la mayoría de ellas, se quedó boquiabierta.

Con estaba perdido. Cuando estaba con el FBI al menos tenía algo con lo que ocupar su mente. Pero ahora que sólo tenía cigarrillos y alcohol, sólo había una cosa que ocupara sus pensamientos.

"¿Te parece suficiente?" Con exigió, cerrando de golpe la puerta de su coche.

"No, la verdad es que no. Pero es un comienzo. Ahora entra, vamos a meterte algo de comida en el estómago y luego vas a contarme qué has estado haciendo en los últimos meses".

Capítulo 6

Tori siempre había sido la roca de Alex, su caja de resonancia.

Eran personas muy diferentes, pero probablemente por eso funcionaban tan bien juntas.

Sin embargo, Alex había aprovechado la oportunidad de venir a una ciudad extranjera, incluso a un estado extranjero, y aceptar el trabajo en Orange County. El hecho de que su compañero no fuera otro que Constantine Striker, cosa que, en realidad, no supo hasta después de aceptar el puesto, reafirmó que había sido la decisión correcta.

A pesar de todo lo que había pasado, seguía sin arrepentirse de su elección, pero le hizo preguntarse si de haber esperado podría haber tenido una colocación con Tori en Texas. No era lo ideal, por cómo su amiga había descrito su entorno de trabajo, pero al menos estarían juntas.

Mientras Con iba y venía del coche a su apartamento con sus papeles y un montón de ropa sucia, envió unos cuantos mensajes a su amiga.

Sólo algunos tanteos, preguntando cómo iba su viaje a México.

Si las cosas no hubieran ido como habían ido con Con y Marcus, Alex habría estado allí con su amiga disfrutando de un poco de sol y de un merecido tiempo de descanso.

No hubo respuesta, así que guardó el teléfono y ayudó a Con con el resto de sus cosas.

De vuelta arriba, metió la ropa de Con en la lavadora, usando sólo dos dedos para pellizcar las prendas sucias y asegurándose de lavarse las manos después.

Se reunieron en la cocina con tazas de café recién hecho.

"Así que, ¿vas a decirme qué has estado haciendo desde que te despidieron o vas a hacer que yo haga las preguntas?". Dijo Alex.

Con le dio la vuelta al guión.

"¿Qué has estado haciendo?"

Era una táctica dilatoria, pero Alex la siguió.

"Ya te lo dije. Tengo mi nuevo compañero y Marcus nos ha estado dando algunos casos de mierda."

"Chris Hale fue mi compañero una vez, ¿lo sabías?"

Esto, Alex no lo sabía.

"¿En serio?"

"Sí". Con sorbió su café. "Justo antes de que llegaras".

"¿Qué ha pasado?"

"No podía soportar al tipo. Convencí a AA para que lo devolviera".

A Alex no le sorprendió lo más mínimo. Intentó recordar si Con había mencionado a Hale antes, pero no lo recordaba. Sus primeros meses como agente del FBI, primero investigando las grabaciones de extorsión empalmadas de películas pirateadas de Imperial Production hasta dar caza a lo que acabó siendo una mujer despechada y el

hombre con el que mantenía una aventura asesinando brutalmente a prostitutas, habían sido un torbellino de actividad.

Intentar controlar a Con también había sido una lucha constante.

"No es un mal tipo", dijo sinceramente.

"No, no lo es", admitió Con. "Simplemente no es un buen agente".

Con bebió mientras Alex esperaba a que se enfriara la suya.

"¿Quieres saber lo que he estado haciendo, ¿eh?"

"Sí, quiero".

"No te va a gustar".

"Me gusta que te entretengas menos".

Con suspiró. La resaca le había hecho bajar la guardia.

"Sé lo que piensas de mi hermana o, al menos, de mí buscando a mi hermana. Pero la vi... la vi aquel día en el desierto. Sé que la vi. Y después de limpiar las cosas de mi padre...". Tenía una mirada lejana.

Con tenía razón, esto no le gustaba. Pero por mucho que Alex quisiera poner fin a su divagación, no se atrevió.

Fue catártico para Con.

"Hubo una cadena de asesinatos en todo EE UU que coincidió con el trabajo de mi padre como camionero".

Por la expresión de Con, esperaba que reaccionara con sorpresa.

No lo hizo.

Claramente no recordaba haberle explicado esto antes de ser despedido.

"¿Alguna vez has pensado que podría ser sólo una coincidencia?"

"No", dijo Con con rotundidad. "Hay otras cosas, otras...", suspiró, y se interrumpió de nuevo. "No es una coincidencia. Recuerdo una de las últimas cosas que me dijo mi hermana. Val dijo: *"No sabes lo que me hizo hacer"*. Yo no sabía qué pensar de eso en ese momento, lo había ignorado, pensé que era sólo ella hablando, ¿sabes? Pero entonces... Frost, encontré uno de los manifiestos de mi padre. Estoy bastante seguro de que mi padre llevó a Val en al menos uno de sus viajes en camión. Tal vez más de uno."

Esto era nuevo. Y aunque Alex no llegaría a decir que estaba conmocionada, al menos se sobresaltó un poco.

"A ver si lo entiendo: ¿Crees que tu hermana y tu padre estaban matando mujeres por todo el país?"

Alex sabía que no debía entretenerse con las fantasías de su ex pareja, pero él tenía el don de hacerla partícipe de sus delirios.

"¿Los dos? No. Imposible". Volvió a sacudir la cabeza. "Val era sólo una niña. Ella no... no podía saber lo que él estaba haciendo".

Hasta ese momento, Con había sido inflexible. Ahora, vaciló.

Alex no sabía qué hacer.

Con necesitaba seguir adelante, de eso estaba segura. No era exagerado pensar que, si no lo superaba pronto, aquella obsesión lo

llevaría a la muerte.

Dile que no. Dile que todo esto es una invención.

Eso es lo que ella pensaba que le diría un psiquiatra a Con si alguna vez dejaba de actuar y buscaba ayuda de verdad.

Pero Alex no era psiquiatra.

No era más que una agente novata del FBI, luchando por encontrar su camino.

Su café aún estaba demasiado caliente, pero Alex se lo bebió de todos modos.

"Vale", cedió. "Enséñame lo que tienes, Con. Todo."

Capítulo 7

Con esgrimió un argumento convincente, pero Alex era muy consciente de que ese era el fuerte de su ex pareja.

Eso no convertía lo que decía en la verdad absoluta.

Sin embargo, descubrió que se estaba alejando de todo el ángulo de la "coincidencia". Los manifiestos del trabajo de Donnie Striker y los informes de mujeres desaparecidas coincidían casi a la perfección.

Los mapas que Con había creado con todo dibujado hacían aún más evidentes las conexiones.

Cuanto más explicaba Con sus teorías, más se entusiasmaba. Hacia el final, estaba al borde de la manía.

Alex no estaba segura de qué pensar, pero sabía que no era bueno.

"¿Dijiste que había algo más?"

Con tragó saliva y se negó a mirarla.

"Con, quiero ayudarte".

El hombre se resistió.

Decidió adoptar un enfoque diferente.

"¿Qué quieres hacer con esto?". Alex agitó la mano sobre la impresionante serie de documentos que cubrían toda la mesa de su cocina.

Los ojos de Con se clavaron en ella.

"Quiero encontrar a Val".

Alex se encogió.

Quieres encontrar dónde está enterrada, quieres decir.

"Lo entiendo, pero ¿en qué ayuda esto?".

"Si... si... yo..."

La cara de Con enrojeció.

"Relájate, ¿vale? Estoy aquí contigo y estoy aquí *para* ti".

Extendió la mano y le puso una mano reconfortante en la espalda. El corazón del hombre se aceleró.

Alex sintió un extraño tirón. ¿Eran sus intentos fallidos de citas, los hombres aburridos con los que Spark la había emparejado, lo que la hacía sentirse así?

La estafa fue de todo menos aburrida.

También era familiar.

Es más, habían compartido un beso, que había sido iniciado por ella.

También era necesario mantener su cobertura.

¿Qué demonios estás haciendo, Alex?

Retiró la mano y dio un pequeño paso a la izquierda.

"¿Se lo has contado a alguien? ¿AA, quizás?"

"Sólo tú".

La confianza estaba implícita entre ellos. Tuvo que serlo cuando eran socios, quizá aún más crítica ahora.

"Me lo dijiste... entonces, ¿qué quieres *que* haga con esto?"

Con no dudó.

"Después de encontrarla, quiero que lleves todo esto a Marcus o a AA. A quien sea. Han pasado años, pero las familias de estas mujeres merecen saber qué les pasó".

Las palabras de Con parecían nobles, y Alex sabía que ese era un sentimiento del que el hombre era capaz. Pero Con sabía que así era como ella quería que actuara.

Y era un camaleón.

Sin embargo, no serviría de nada rebatirle.

Para estar seguro, Alex dijo: "¿Es eso lo que realmente quieres?".

Con ni siquiera dudó.

"Sí."

Alex era vagamente consciente de que la estaba arrastrando a su fantasía, de que la estaba encandilando lo suficiente para que le siguiera la corriente.

Y lo estaba haciendo muy bien.

"Yo... nunca le he mostrado esto a nadie".

Maldita sea, es bueno.

Con tenía un sobre en la mano. Cuando ella quiso cogerlo, él sujetó firmemente la esquina.

"Una vez que veas esto, no podrás..."

"O me lo das o no me lo das".

Saber que te la estaban jugando y facilitar la manipulación son dos cosas distintas.

Con soltó.

Alex sintió que el corazón se le aceleraba al abrir lentamente la carta. En su interior había dos papeles bien doblados y desgastados.

El primero se explicaba por sí mismo: un retrato policial de un hombre que se parecía mucho a Con. O, como solía ser. La cara del hombre era más rellena, sus mejillas y papada más pesadas.

Pero compartían el mismo audaz pico de viuda.

Los mismos ojos.

La segunda página tardó un poco más en entenderla.

Se trataba de una comparación de ADN entre un cabello encontrado en la escena de un crimen y un tal Valerie Strike; una coincidencia familiar.

Alex exhaló.

A pesar de todo lo que Con le había contado, a pesar de los mapas, los manifiestos y los informes policiales de las escenas del crimen, Alex seguía manteniendo la esperanza de que Con se equivocara con respecto a su padre.

Esto, sin embargo, parecía irrefutable.

Jesucristo, el padre de Con era un asesino en serie.

El pensamiento explotó en su cabeza como una granada de fragmentación.

Jesucristo, Donnie Striker era un asesino en serie.

La mano le temblaba tanto que casi se le caen las páginas.

"Llévatelo... llévatelo".

Tenía la garganta seca.

"No. Quiero que te lo quedes".

La voz de Con era fuerte. Autoritaria.

Alex se las arregló para volver a meter las páginas en el sobre.

"Hay una cosa más que quiero mostrarte".

"... ¿más?", graznó.

"Sí."

Con rebuscó entre las páginas de la mesa, sacó cuatro hojas transparentes y las colocó encima del mapa.

Ahora había líneas azules, además de las marcas rojas, que representaban los viajes de trabajo de Donnie Striker, y negras, que anotaban las últimas ubicaciones conocidas y los lugares de entrega de las mujeres asesinadas.

"¿Qué es esto?"

Las líneas azules estaban menos definidas y algunas se bifurcaban en varias direcciones. Sin embargo, seguían un patrón definido: empezaban en Nueva York y se dirigían al este, con una parada en Nebraska antes de continuar hacia California.

Con puso un dedo en el círculo azul cerca de Nueva York.

"Aquí nació Matthew Nelson Neil, El Hombre de Arena". Movió el dedo hacia Nebraska. "Aquí es donde fue condenado por violación y encarcelado durante casi dos años. "Nadie sabe qué hizo o dónde estuvo hasta que apareció años después, matando a su primera víctima confirmada, Mary Long".

"No entiendo la conexión".

"Si El Hombre de Arena se dirigió al Oeste a un ritmo predecible, entonces es posible que mi padre se encontrara con él aquí. El momento tiene sentido".

Las tres marcas de bolígrafo convergieron en Colorado.
"No. De ninguna manera", dijo Alex con incredulidad.
"No puedo saberlo con seguridad, pero es posible".
"Pero por qué piensas..."
"No lo sé", dijo Con preventivamente.
"El vídeo", soltó Alex.
"¿Qué?"
Alex chasqueó los dedos.
"El video de The Sandman en la gasolinera. ¿Recuerdas cuando siguió a tu hermana afuera? Estaban... hablando. ¿Recuerdas?"
Con no dijo nada, pero Alex se dio cuenta por su cara de que sabía de qué estaba hablando.
"Tal vez... tal vez tengas razón", continuó. "Quizá tu hermana y El Hombre de Arena se conocían de los viajes por carretera de tu padre y por eso hablaban".
"Pero por qué..." Con dejó de hablar tan de repente que Alex temió que le hubiera dado un ataque o algo así.
"¿Con?"
Todo su cuerpo se estremeció y empezó a empujar papeles de la mesa.
"¿Con?"
"Espera."
"¿Qué estás...?"
Evidentemente, Con encontró lo que buscaba, porque agarró un trozo de papel y lo apretó con tanta fuerza que se arrugó. En él había un montón de notas manuscritas.
"Desierto de Mojave. Afloramiento rocoso. 35.0110 N., 115.4734 O.", dijo, leyendo la página. "Ese era el mensaje secreto en ese maldito audiolibro de la Fiebre del Oro".
"El mensaje destinado a ti".
Con la miró directamente a los ojos.
"¿Y si... y si no era para mí? ¿Y si era para Val?"
A Alex le costó tragarse esto. La idea de que Val siguiera vivo era imposible.
Estadísticamente imposible.
Con no aflojó.
"Sí, sí... el mensaje *era* para ella. Joder. Apuesto... apuesto... ¿y si El Hombre de Arena tenía algo sobre mi padre, algún tipo de prueba que demostrara la implicación de nuestro padre en los asesinatos?".
"Incluso si tienes razón, ¿por qué se lo daría sin más? Si esto", Alex indicó el papel que Con seguía agarrando con fuerza, "son coordenadas para las pruebas, como tú dices, ¿por qué, después de todo este tiempo, se lo iba a dar sin más? ¿Qué sentido tiene?"
Con lo pensó durante mucho tiempo.

"Cuando visité a The Sandman, dijo que amaba a Val. Pensé que me estaba jodiendo. Pero tal vez decía la verdad. Tal vez después de once años en prisión, quería hacerle saber que todavía estaba enamorado de ella. Una ofrenda de paz, tal vez. Y la única forma de ponerse en contacto con ella, con su correo entrante y saliente fuertemente vigilado, era a través del audiolibro".

"Si él la amaba tanto, ¿por qué guardarla en primer lugar?"

"No lo sé."

"Digamos que se conocieron en uno de los viajes de trabajo de tu padre, cuando Val estaba con él. ¿Qué edad tendría entonces? ¿Diez?"

"Algo así".

Alex inclinó el cuello hacia delante, manifestando su incredulidad con el gesto.

"¿Y se enamoró de ella entonces?"

Con gruñó.

"No lo sé. Tal vez Val hizo más viajes que los que figuran en el manifiesto".

"¿Has probado a preguntarle a tu madre?"

La mandíbula de Con volvió a tensarse.

"Ella está... enferma."

Alex tuvo la impresión de que este tema estaba fuera de los límites, y lo dejó estar.

"¿Qué estuvo haciendo Matthew durante todos estos años mientras estaba fuera del radar?"

"No lo sé."

Alex hizo una pausa y chasqueó los dedos.

"Se me acaba de ocurrir algo: ¿podría la matanza de The Sandman haber sido una especie de señal para encontrar a Val?".

"No lo sé."

"¿Sabía Matthew Nelson Neil que eras agente del FBI antes de empezar a investigarle?"

"No tengo ni puta idea".

Alex volvió a dejar el interrogatorio y se mordisqueó el labio inferior.

"Bueno, hay una cosa que sí sé", dijo tras una larga pausa. "Tenemos que ver si Matthew Nelson Neil hizo algún otro audiolibro".

Capítulo 8

Alex nunca había estado en San Quintín. Sabía de su reputación, que Johnny Cash había actuado allí dos veces.

También conocía bien a los famosos delincuentes que estuvieron o están recluidos en San Quintín, como Charles Manson, Richard Ramírez, Sirhan Sirhan, Scott Peterson y Rodney Alcalá.

Puede que la prisión se haya transformado en algo casi reverencial en el zeitgeist estadounidense, quedándose a las puertas de

Alcatraz como una de las prisiones más famosas del mundo, pero seguía siendo un lugar diseñado para mantener a los individuos peligrosos alejados de la población general.

Y tenía todas las características de una institución de este tipo.

No era tan glamuroso en la vida real.

También se exigieron múltiples controles de seguridad para entrar, varios cacheos incluso a agentes del FBI, pasados o presentes, como eran.

Formularios a rellenar.

Renuncias a firmar.

Tras casi una hora de trámites, Alex Frost y Constantine Striker estaban por fin dentro. Ella dirigió la carga, citando que estaban investigando activamente a Matthew Nelson Neil por otros asesinatos.

El hombre tenía una reputación en San Quintín, ¿y por qué no iba a tenerla? Matthew Nelson Neil había estado en el punto de mira de todo el mundo diez años atrás y, gracias al molesto portavoz que era Tracy Jones, su apodo había estado en la punta de la lengua de todos los tertulianos de los noticiarios estatales y nacionales durante la mayor parte de seis meses.

El vigilante diurno que los recibió cuando accedieron se presentó como Julian Ayers, un hombre blanco de unos sesenta años, calvo y corpulento.

Como habían acordado durante el largo viaje de seis horas a San Quintín, Con se mantuvo en un segundo plano y dejó que Alex hablara.

"Estamos investigando algunos de los detalles de los crímenes anteriores de Matthew Nelson Neil", dijo Alex mientras estaban en el despacho del director. Julian había hecho todo lo posible para que la pequeña habitación cuadrada resultara acogedora, con varias plantas enredaderas que hacían las veces de sujetalibros sobre estanterías en las que se exhibían títulos de no ficción relacionados con la psicología. Nada abiertamente personal. Alex supuso que, por lo general, no era aconsejable exponer objetos personales, como fotos de la familia, en zonas donde los presos pudieran tener acceso a...

"No estoy seguro de cómo puedo ayudar", dijo Julian. Su voz era inusualmente ronca.

"Para ser sincera, tampoco estamos seguros de que puedan ayudarnos", dijo Alex, tratando de canalizar su Con interior y adoptar una personalidad que pensó que atraería al hombre. "Sólo esperamos cerrar por fin todos los casos relacionados con Matthew Nelson Neil. Creemos que podría haber tenido algo en su celda que podría arrojar algo de luz sobre estos casos sin resolver."

Esto pareció funcionar.

Aunque San Quintín podía aprovechar la notoriedad de la prisión

para conseguir financiación estatal, sospechaba que esto solía acarrear complicaciones para las personas que trabajaban allí. Grupis, mujeres -y hombres- desesperados que querían engancharse a individuos viles y compartir sus quince minutos hacían las cosas... complicadas.

"Bueno, el señor Neil falleció hace menos de un año y, como probablemente sabrás -los ojos de Julian se posaron en la cara de Con al decir esto-, no tiene parientes cercanos. Según la ley estatal, estamos obligados a conservar sus objetos personales durante un año."

El hecho de que el alcaide pareciera reconocer a Con pero nunca aludiera explícitamente a este hecho reforzó la sospecha de Alex de que el hombre quería mantener esta reunión, y quizá todas las reuniones relativas a reclusos concretos, lo más impersonal posible.

¿Sabía Julian que Con fue quien detuvo al Hombre de Arena? ¿Sabía que Con visitó al convicto en el corredor de la muerte poco antes de su fatal apoplejía?

Alex no estaba segura. Tampoco creía que importara mucho.

"¿Es posible que revisemos sus cosas?"

"Son propiedad del Estado, así que tendrías que hacer una petición formal al fiscal".

Mierda.

"No estamos..."

Con, que hasta ese momento había conseguido permanecer callado, habló de repente.

"Sr. Ayers, no voy a quedarme aquí y fingir que somos unos agentes novatos sin relación con este caso".

Bueno, ahí va mi estrategia.

"La última vez que lo comprobé, usted no era agente en absoluto, señor Striker", replicó Julian, y su boca se convirtió en una fina línea cuando terminó de hablar.

Con gruñó con desaprobación.

Maldición, se movieron rápido aquí.

Alex esperaba que, al no haber autorizado previamente su visita, mantuvieran cierto grado de anonimato. No sólo no parecía ser el caso, sino que ahora Alex tenía que enfrentarse a la posibilidad real de que la noticia de esta visita no autorizada llegara hasta el agente especial al mando Marcus Allen.

Joder.

Ya estaba patinando sobre hielo fino con su jefe.

"Tienes razón. Me dejaron ir", dijo Con encogiéndose de hombros. "Pero si sabes eso, entonces debes saber que Matthew Nelson Neil secuestró y asesinó a mi hermana".

Dejó esto en el aire, durante el cual Alex observó atentamente el rostro del Director.

Julian Ayers era un hombre duro, tenía que serlo dada su

posición.

Sólo esperaba que le quedara una pizca de compasión.

Con debió de notar también la expresión inexpresiva del hombre, porque añadió: "Matthew Nelson Neil me lo quitó todo. Mi hermana, mi trabajo, mi vida. Lo único que le pido es que mire sus efectos personales. Eso es todo. Por favor".

Alex vio el momento exacto en que Julian se quebró. Fue justo antes de que Con dijera la palabra "por favor". También fue sutil. Nada tan obvio como el movimiento de sus finos labios. Solo un ligero cambio en su ritmo respiratorio. Algo parecido a un tirón, más una inhalación prolongada que otra cosa.

"Sr. Striker", dijo Julian mientras se ponía en pie. "Creo que tal vez podamos acomodarlos a usted y a su compañero esta vez".

Capítulo 9

Con odiaba verse obligado a hacerle la pelota al Alcaide. Prácticamente suplicarle.

Que le jodan a ese tío.

Y que le den a Matthew Nelson Neil.

Julian Ayers les condujo a él y a Frost por una serie de pasillos, saludando con la cabeza a varios guardias a su paso.

Con sentía que la tensión le subía cuanto más tiempo permanecía en aquel lugar. La última vez que había estado aquí, tanto su corazón como el del Hombre de Arena se habían acelerado.

El Hombre de Arena se había llevado la peor parte de esa visita.

Quizá ahora era su turno.

Podría ser, teniendo en cuenta lo mal que había tratado a su cuerpo últimamente.

Con no estaba seguro de si temía a la muerte o le daba la bienvenida.

El alcaide se detuvo frente a una gruesa puerta metálica, indistinguible de las docenas de otras que habían cruzado durante su paseo por la prisión. Julian sacó un llavero de su cinturón, sujeto por un cable metálico de aspecto resistente, y hojeó las llaves.

"Puedo darte una o dos horas para que revises sus cosas, pero bajo ningún concepto puedes llevarte nada".

"Entendido."

Julian encontró la llave correcta y la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido estremecedor.

En el interior, les esperaba una pared de taquillas de color beige. En cada una de ellas había pequeños carteles con números, números de recluso, alojados en soportes metálicos. Un cálculo aproximado - doce taquillas de alto por al menos cuarenta de ancho- informó a Con de que había unas quinientas taquillas en la sala. Pero Julian no lo dudó; enseguida giró a la izquierda y se dejó caer sobre sus ancas

frente a una taquilla en concreto.

Por encima de su hombro, Con vio el rótulo de la taquilla: 98441-143.

Sabía que era la taquilla de The Sandman, reconoció el número como la identificación de recluso de Matthew Nelson Neil.

Había estado en los correos electrónicos que había recibido en respuesta a su solicitud de visita, todos los cuales, el último, habían sido rechazados.

Siempre había confundido a Con por qué, después de tantos años, el Hombre de Arena había accedido a su petición.

Si Matthew tuviera alguna forma de saber que Con había escuchado el audiolibro La fiebre del oro de California, entonces esa podría ser la razón. Pero no podía ser el caso.

¿Sabía el hombre que iba a morir?

Esto tampoco tenía mucho sentido. No era inconcebible pensar que The Sandman sabía que corría el riesgo de sufrir un derrame cerebral. Podía haber acudido a la enfermería con un dolor de cabeza y una resonancia magnética le descubrió un aneurisma. Si Con se sentía inclinado a ello, confiaba en poder conseguir el historial médico de Matthew en la cárcel. Puede que el alcaide se mostrara reacio a entregarlos, pero si estaban almacenados digitalmente en algún lugar, como sospechaba, Con tenía otros métodos que podía utilizar para acceder a ellos.

Pero el Hombre de Arena no podía saber que la muerte era inminente. Con no estaba enamorado de aquel hombre; no creía que la proximidad de Matthew a la muerte y su relación personal con ella significaran que tuviera algún tipo de visión divina sobre su inminente perdición.

Con obligó a su mente desbocada a detenerse.

¿Qué coño importaba?

Estaba muerto.

Se ha ido.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

El director sacó un tupperware de plástico y lo colocó sobre la mesa, en el centro de la sala.

Abrió la tapa.

"Esto es todo. De nuevo, nada debe salir de esta habitación".

Con asintió y el hombre los dejó solos, cerrando y atrancando la puerta tras ellos.

Finalmente exhaló.

"Muy bien, vamos a ello."

Frost se hizo a un lado y le permitió abordar primero la caja.

Como esperaba, el Hombre de Arena no tenía mucho a su nombre cuando murió.

Allí estaba su mono, el mismo con el que Con le había visto aquel día que había agarrado a Matthew por el cuello.

Dejó esto a un lado.

A continuación, una caja de zapatos llena de cartas. Miró las primeras y descubrió que la mayor parte del texto había sido redactado.

Le pasó el resto de la caja a Frost.

Había otros objetos en el tupperware, una pulsera de tela hecha a mano, una cuchara de madera tallada a mano. Un pequeño frasco de plástico lleno de arena.

Estuvo a punto de romper este último, creyendo que se lo había enviado uno de sus muchos admiradores.

Arena para The Sandman.

También encontró lápices de carboncillo, lo que le hizo reflexionar.

Antes de contarle una triste historia sobre lo que le habían hecho esos niños malos cuando era pequeño, probablemente una mentira de mierda para justificar sus actos, Matthew había mencionado que le gustaban las historias.

¿También le gustaba dibujar?

Esta pregunta se respondió rápidamente cuando Con volvió a escarbar en la caja.

En el fondo, encontró un cuaderno de bocetos.

Lo cogió, pero dudó antes de abrirlo.

Pensó que sabía lo que iba a encontrar dentro.

Con no quería ver.

Pero tuvo que hacerlo.

Se hizo a un lado y dejó el bloc de dibujo sobre la mesa.

Frost, probablemente al notar su repentino cambio de energía, se acercó y empezó a registrar el resto de las pertenencias de Matthew.

Con respiró hondo y abrió el libro.

Al instante, su corazón se hundió.

Y entonces la voz de Matthew Nelson Neil llenó la habitación.

Capítulo 10

"The Sandman Book One, escrito por Neil Gaiman, interpretado por Matthew Nelson Neil".

Con se dio la vuelta.

Sandman tenía una voz única que Con nunca olvidaría.

Era él.

"¿Qué coño?", gritó con tanta fuerza que Frost dio un salto hacia atrás.

"Yo... encontré esto ahí dentro", dijo, mostrando una grabadora antigua.

"Para Dave Dickson, mi mejor amigo. Neil Gaiman", dijo Matthew.

"¡Apágalo!", gritó.

Frost tanteó el arcaico aparato y pulsó el botón de avance rápido en lugar del de parada. Por el altavoz se oyó una versión acelerada y distorsionada de la voz de Sandman.

"Mierda, lo siento."

Frost encontró por fin el botón correcto y al pulsarlo se oyó un clic.

La sala se quedó en silencio.

Con respiró hondo y con rapidez, intentando serenarse. El sonido de la voz del Hombre de Arena lo había conmocionado, pero había sido la combinación de eso y la primera página del cuaderno de bocetos lo que lo había hecho estallar.

"¿Con?"

Gruñó. El dolor de cabeza seguía presente. La sensación de haber confesado por fin todo lo que había descubierto a alguien en quien podía confiar, a la *única* persona en quien podía confiar, había sido estimulante. No era exactamente que sintiera como si este ejercicio significara que la carga era ahora compartida -era definitivamente su carga y sólo su carga-, pero se había sentido innegablemente bien.

Ahora, la realidad se vino abajo.

No podía hablar.

Cogió el bloc de dibujo y lo levantó para que Frost lo viera.

Se lamió los labios nerviosamente, con los ojos desorbitados.

"Es...", se interrumpió.

"Sí", dijo Con secamente. "Es ella."

"Jesús".

Con pasó a la página siguiente.

Era Val otra vez, esta vez un dibujo de perfil de tres cuartos. Para ser justos, no era un mal boceto. No era ni mucho menos algo que pudiera colgarse en una galería, pero era lo bastante bueno como para que Con no tuviera ninguna duda de quién era el sujeto.

Pasó a la página siguiente, luego a la siguiente.

"Fóllame".

El bloc entero, las 48 gruesas páginas, estaba lleno de imágenes de Valerie Striker.

Se le revolvía el estómago al pensar en el Hombre de Arena dibujando esto, probablemente con la polla en la mano mientras lo hacía.

Suspiró.

Cuando se le pasó el susto de lo que estaba viendo -el asco seguía ahí, y probablemente seguiría durante algún tiempo-, Con se dio cuenta de que lo que Frost había encontrado era más importante que unos putos dibujos.

"¿Qué... qué hay en la cinta?"

No podía recordar lo que Matthew Nelson Neil había dicho, sólo recordaba la voz del hombre.

Frost parecía estar en tracción, así que Con chasqueó los dedos.

"¿Qué hay en la cinta?"

Frost negó con la cabeza.

"Oh, creo... creo que estaba narrando The Sandman."

"¿El... Sandman?"

"Sí, es una novela gráfica. Netflix la convirtió en una serie".

A Con le duele la cabeza.

"¿Hay un programa llamado *The Sandman*?"

"Sí."

"¿Se trata de un asesino en serie?" Le estaba costando hacerse a la idea de todo esto.

"No, creo que es como una cosa de fantasía".

"A la mierda, no importa."

"¿Quieres oírlo?"

Eso era lo último que Con quería hacer. Pero si contenía pistas sobre el paradero de su hermana, no tenía otra opción.

Sólo que escuchar la cinta no importaría sin el material de origen. Si esto fuera como aquel estúpido libro de la Fiebre del Oro, tendría que escuchar concienzudamente el audio mientras leía para averiguar qué palabras había cambiado Matthew Nelson Neil.

"Déjame comprobar algo".

Con sacó su teléfono, lo único que se les permitía llevar dentro de San Quintín y se desplazó a través de sus aplicaciones.

Encontró el que había utilizado para comprar, y posteriormente devolver, el audiolibro Gold Rush. Una búsqueda rápida reveló que había un audiolibro titulado The Sandman disponible, pero estaba narrado por un reparto completo, ninguno de los cuales se llamaba Matthew Nelson Neil.

"No lo veo aquí".

Frost examinó la anticuada grabadora.

"Dudo que graben audiolibros oficiales sobre este tipo de cosas".

"Entonces, ¿qué piensas? ¿Era sólo un proyecto para él?"

Frost se encogió de hombros.

"Quiero decir, el libro se llama The Sandman y a menos que el productor sea un fanático de los asesinos en serie, creo que las probabilidades de que Matthew sea contratado para este trabajo son bastante bajas".

Con suspiró.

"No hay forma de que el Alcaide nos deje salir de aquí con eso. A menos que..."

Frost retrocedió.

"Si crees que voy a meter esto en mi cartera de la cárcel, necesitas

más ayuda de la que pensaba".

"No, yo sólo..."

"Tengo una idea". Ahora Frost sacó su propio móvil y se desplazó a través de sus aplicaciones.

"¿Qué estás haciendo?"

"Voy a tocar esto y grabarlo".

"¿Puedes hacer eso?"

Frost se limitó a mirarle.

"De acuerdo. Hazlo".

Frost asintió y rebobinó la cinta. Mientras esperaba a llegar al principio, dijo: "El Alcaide mencionó guardar las cosas de The Sandman durante un año. ¿Alguna idea de lo que van a hacer una vez transcurrido el tiempo?".

Con no estaba seguro al cien por cien.

"Si tuviera que adivinar, creo que incinerarán todo".

Al principio, no estaba seguro de por qué Frost había hecho la pregunta, pero cuanto más lo pensaba, más claro tenía que había un propósito detrás de ella.

Reforzó aún más esta idea señalando los bocetos.

Frost estaba pensando que un guardia mal pagado y sobrecargado de trabajo podría ser tan inclinado a salir con los dibujos, ponerlos en eBay o donde diablos la gente vende mierda como esta en línea en estos días.

"Tú graba el audio; yo me encargo de las fotos".

Durante la siguiente hora y pico, escucharon la voz de Matthew Nelson Neil interrumpida por el sonido de Con rompiendo en pedacitos todos y cada uno de los cuadros de The Sandman.

Capítulo XI

Alex sacó su teléfono en cuanto salieron de San Quintín. Ya había comprobado dos veces que la grabación seguía ahí, pero volvió a mirar una tercera vez.

Después de confirmar que The Sandman había sido doblado con éxito, navegó hasta sus mensajes de texto.

Todavía nada de Tori.

¿Qué demonios, Tori?

Alex había estado demasiado distraída y ocupada como para pensar mucho en su amiga. Pero ahora empezaba a preocuparse.

Tori no sólo le había prometido llamarla en cuanto estuviera en suelo estadounidense -debía estar de vuelta hoy temprano-, sino que su amiga le había estado enviando mensajes de texto todos los días desde que se fue, enviándole fotos en bikini y con margaritas.

Diciendo que la echaba de menos.

Alex hizo una nota mental para llamar a Ben, el novio de Tori, para ver si había tenido noticias de ella.

Con guardó un silencio inusual mientras se dirigían a su coche en el aparcamiento.

El sol se había puesto y soplaba una brisa fresca procedente del océano Pacífico. San Quintín estaba enclavado en la costa, en una desembocadura, tres de cuyos lados estaban a sólo unos diez metros de la orilla.

El director había visto lo que Con había hecho con los dibujos de Matthew. No solo no pareció importarle, sino que Alex pensó que habían intercambiado un pequeño guiño cómplice.

El hombre probablemente compartía su opinión de que la parafernalia de un asesino en serie, especialmente algo que el Hombre de Arena hubiera hecho él mismo, en lugar de haberlo llevado o usado, se vendería muy bien entre la gente adecuada.

Todos se alegraron de que esto ya no fuera una opción.

"Entonces, ¿qué quieres hacer?" preguntó Alex mientras subía al coche.

"Consigue ese libro y empieza a compararlo con el audio".

Alex puso el coche en marcha y poco a poco fue poniendo distancia entre ellos y San Quintín.

"No soy un experto, pero a juzgar por el hecho de que era sobre todo el diálogo creo que estaba leyendo de la novela gráfica. Pero lo que quería decir es qué quieres hacer esta noche". Sus ojos se desviaron hacia su teléfono. "Ya son casi las siete. Si conducimos recto, probablemente podamos volver a mi casa sobre la una de la madrugada".

"¿O?"

Alex se encogió de hombros.

"Podemos coger un hotel en la ciudad, y volver mañana."

Con sacudió la cabeza.

"No, deberíamos volver esta noche. Puedo conducir..."

Alex sonrió satisfecho.

"Ninguna posibilidad. Siéntate y relájate. No me importa conducir. Pararé en algún sitio de la ciudad, una librería o lo que sea, a ver si consigo un ejemplar de The Sandman".

Con gruñó afirmativamente y se hundió en su asiento.

Alex no se sorprendió en absoluto al descubrir que, al llegar a una librería situada a menos de ocho kilómetros de la prisión, la segunda que había visto, Con se había desmayado.

Tenía un aspecto brutal. Sudoroso, cansado, viejo.

Cada pocos segundos se retorcía. Probablemente estaba pasando por la abstinencia de alcohol.

Salió del coche en silencio y cruzó el aparcamiento. Gente triste se arremolinaba en la tienda, cogiendo libros al azar, pasando las páginas sin siquiera mirarlos, antes de volver a colocarlos en las

estanterías.

Cayó en la cuenta de que algunas de estas personas buscaban libros para amigos o familiares encerrados en San Quintín.

"¿Disculpe?" Alex dijo un hombre delgado que llevaba un chaleco verde.

"¿Sí?"

"Estoy buscando un libro... una novela gráfica llamada The Sandman".

La mejilla del hombre se crispó.

"Hmm. Deberíamos tener una copia o dos. En la parte de atrás".

Alex no pudo evitar percibir el carácter desagradable del hombre. Cualquier otro día lo habría ignorado.

Hoy no.

"¿No eres fan?", dijo.

"¿Después de lo que hizo? *No.* Neil Gaiman solía ser mi autor favorito. Leí todo de él, *Buenos Presagios, Neverwhere, El Libro del Cementerio.* También era un gran fan de sus series".

Se dirigieron hacia la parte de atrás de la tienda, apretujados entre dos filas marcadas con "Textos religiosos" y "Westerns".

El hombre no mentía; los libros de Neil Gaiman habían quedado realmente relegados al fondo de la tienda.

"¿Qué ha pasado?"

"SA. *Varias* mujeres se han presentado. ¿Eres un fan?"

"Uhh, no. En realidad, sólo estoy investigando".

El hombre no parecía impresionado.

"Ah, bueno, encontrarás todos *sus* libros al final".

Evidentemente, las acusaciones habían afectado personalmente al empleado hasta el punto de que ya no podía ni mirar uno de los libros de Neil Gaiman.

"Gracias".

Alex encontró los libros y luego encontró el que buscaba: The Sandman, Libro 1.

Alex no es un gran lector, especialmente de cómics o novelas gráficas, pero le sorprendió la calidad de las ilustraciones.

En una de las primeras páginas, encontró la dedicatoria de Neil Gaiman.

Era exactamente lo mismo que había oído decir a Matthew Nelson Neil en la cinta.

Pagó el libro y, cuando regresó, encontró a Con aún durmiendo en el coche. Colocó el libro en el asiento trasero y arrancó el motor.

Después de una hora conduciendo, volvió a intentarlo con Tori, enviándole primero algunos mensajes y luego marcando su número.

No hay respuesta.

Probablemente durmiendo, tratando de recuperarse de una semana de

beber.

Sin embargo, esta explicación razonable y racional no sirvió para calmar la sensación de inquietud que sentía en la boca del estómago.

Alex envió otro mensaje, éste más urgente que los otros.

Oye, zorra, por favor llámame o mándame un mensaje en cuanto oigas esto. Es una emergencia.

Le dio un minuto y luego llamó a Ben.

A diferencia de Tori, el hombre contestó al primer timbrazo.

"¿Yello?"

"Hola, Ben, soy Alex. ¿Sabes algo de Tori? He estado tratando de localizarla".

"No, en realidad."

El hombre sonaba dubitativo.

"¿No se suponía que volvería hoy?"

"Yo... creo que sí".

Alex negó con la cabeza.

"¿Qué quieres decir con *eso*?"

"No soy su guardián, Alex".

La respuesta la sorprendió.

"Lo sé, pero pensé..."

"Te avisaré si sé algo de ella".

No cuándo, sino *si*.

¿Qué demonios está pasando?

"Se fue con Emma, ¿verdad? ¿Emma Olson?"

"Creo que sí".

"¿Alguien más?"

"No, todos los demás se fueron."

Más desdén.

¿Está enfadado porque no fui con Tori?

Eso no tenía mucho sentido. No era como si Tori hubiera ido sola, había ido con Emma, y Emma era una de las mejores amigas de Tori, la única de ellas que no estaba en el FBI.

"De acuerdo, gracias. Avísame si sabes algo de ella. Por favor."

"Sí."

Ben colgó, dejando a Alex en un estado de confusión.

¿Tori y Ben habían roto?

No, Tori se lo habría dicho.

Sacudió la cabeza y buscó el número de Emma entre sus contactos.

"Por favor, contesta."

Emma no contestó.

Fue directo a la máquina, igual que con Tori.

Alex dejó un mensaje, intentando no sonar demasiado

desesperada. Luego volvió a dejar el teléfono en el soporte y se concentró en la carretera.

Iba a ser un viaje largo y sabía que no iba a ser fácil.

El viaje en sí estuvo bien: era poco probable que se encontrara con demasiado tráfico una vez que saliera de San Francisco.

¿Pero esa sensación?

¿Ese temor desgarrador, la intuición que su padre le había enseñado a confiar hacía tantos años?

Eso iba a crecer.

Metástasis.

Consúmela.

Al cabo de una hora de viaje, Alex pasó de estar ligeramente molesta porque su amiga no la llamaba a estar totalmente preocupada.

Capítulo 12

Con gruñó y se puso de lado. Las suaves sacudidas continuaron durante el tiempo suficiente para que se convenciera de que no se trataba de temblores delirantes.

Abrió lentamente los ojos.

Estaba de vuelta en su coche, durmiendo. No, desmayado. Debe haber olvidado cerrar la puerta.

"Suéltame, joder", refunfuñó. Intentó incorporarse, pero sentía el cuerpo encajonado en plomo.

"Con, soy yo. Soy Alex. Estamos aquí."

Con parpadeó para quitarse el sueño de los ojos.

"¿Alex?"

"Sí. Vamos, estamos aquí."

Miró fijamente a los ojos de su ex compañera. Era innegablemente guapa, pero eso no era lo que le atraía.

Era la mirada.

La mirada de la compasión.

Lo había tenido una vez... tal vez.

Beth ciertamente lo tenía.

Aunque Con había hecho todo lo posible por no involucrar nunca a su ex mujer en su trabajo, al principio de su carrera había vuelto a casa estresado y emocionalmente agotado. A pesar de guardarse los detalles, ella sabía que estaba dolido.

Y ella le miraba exactamente igual.

Con se dio cuenta de que su mirada era demasiado larga y apartó deliberadamente los ojos.

"¿Qué hora es?" Gimió y por fin consiguió incorporarse. Le dolía el cuerpo como siempre.

"Casi dos."

"Mierda, ¿yo dormí todo el tiempo?"

"Sí."

"Lo siento. Deberías haberme despertado. Me habría dividido la conducción ".

Frost le ayudó a salir del coche.

"Espera, ¿lo conseguiste? ¿El cómic o lo que sea?"

"Sí."

Frost metió la mano en el asiento trasero de su coche y sacó el tebeo. Con se lo cogió y estiró la espalda con otro gemido más visceral.

"Estoy agotado", dijo Frost.

"Apuesto a que sí".

El paso de Frost en el camino a su apartamento era aún más desordenado que el suyo. Y se sintió como si acabara de ser placado por un defensa libre.

"¿Quieres la cama esta noche?" Frost preguntó.

"No, cógelo tú".

"¿Seguro?"

Era demasiado simpática para ser agente del FBI.

"Sí, dormiré en el sofá", confirmó Con.

"Buenas noches".

"Espera, ¿me das tu teléfono?". Frost le miró de reojo. "¿Para el audio? Acabo de dormir como seis horas, no podré volver a dormir hasta dentro de unas cuantas".

Frost se lo entregó de mala gana.

"¿Prometes descansar?"

"Sí. Sólo quiero adelantarme".

"De acuerdo. El código de acceso es 890264".

Frost se retiró a su habitación cerrando la puerta tras de sí. Oyó cómo se cambiaba y se dejaba caer en la cama.

Ni siquiera se había sentado cuando el suave ronquido de Frost le llegó desde la otra habitación.

Con una sonrisa de satisfacción en la cara, se puso manos a la obra. O esa era su intención.

Con no pretendía husmear, pero mientras buscaba la grabación de audio en el teléfono de Frost, se topó con sus mensajes de texto.

Las dos de arriba, una para Tori y otra para Emma, eran prácticamente idénticas.

Oye, zorra, por favor llámame o mándame un mensaje en cuanto oigas esto. Es una emergencia.

Con frunció el ceño, pero siguió buscando la grabación de audio.

Lo encontró, abrió el libro y pulsó play.

Con escuchó durante tres segundos antes de darse cuenta de que necesitaba papel y bolígrafo. Alex era muy organizada. Incluso con él entrando y alterando su rutina, desordenando su sistema, encontró fácilmente un bloc de notas y varios bolígrafos.

Se puso manos a la obra, rechinando los dientes en respuesta a la voz de The Sandman.

En total, Con escuchó la grabación dos veces, parando y rebobinando de vez en cuando para asegurarse de que no se perdía nada.

Casi tres horas después, cuando el sol empezaba a salir, había terminado.

Y había tenido razón.

El mensaje del audiolibro "La quimera del oro" no era el único que The Sandman había ocultado.

Había hecho lo mismo con esta obra homónima.

A diferencia de la confusión del primer mensaje, Con no tenía ninguna duda de a quién iba dirigido.

Sin embargo, lo que significaba seguía siendo un misterio.

Capítulo 13

Las cuerdas vocales de Tori estaban destrozadas. Su garganta estaba completa y absolutamente en carne viva. Cada parte de ella se había acalambrado.

Llevaba una hora en el maletero. Quizá más. Era imposible saberlo, no había luz.

Tori estaba en la parte trasera de un coche de modelo antiguo, al menos, eso es lo que pensó basándose en la rudeza del viaje y el interior del maletero. No estaba alfombrado ni tapizado. Se había cortado bastante las manos con trozos de metal expuesto.

Sin embargo, de eso hacía mucho tiempo. La sangre de sus palmas y nudillos se había secado.

El agotamiento la venció en algún momento y Tori se había quedado dormida. La única razón por la que lo supo fue porque quien conducía chocó con algo en la carretera. Un badén, el bordillo, un zorro, un maldito humano.

Tori no tenía ni idea.

Su cabeza golpeó el interior del maletero y gritó.

Lo intenté, al menos.

Sólo consiguió emitir un graznido seco.

Su mente era un caos.

Pensó en Emma, se preguntó dónde demonios estaría su amiga.

Pensó en el promotor del club -aunque empezaba a dudar de su evaluación inicial de quién era en realidad-, pero sobre todo, Tori pensó en cómo demonios iba a salir viva de esta situación.

Conocía las probabilidades. Conocía las estadísticas.

Sabía que la había cagado.

Su mejor oportunidad de escapar era no permitir que la metieran en el maletero.

Tori tuvo que luchar.

Excepto que no lo había hecho porque había caído estúpidamente en el truco más viejo del libro.

Una damisela en apuros, suplicando ayuda, *por favor, ayúdame, oh, por favor, caballero de brillante armadura, sálvame.*

No fue exactamente así, hubo un pequeño intercambio de sexos, pero casi.

Y entonces la habían sorprendido.

¿Se había escapado Emma?

Esa era, Tori creía, su única esperanza.

Si Emma hubiera corrido, ido a la policía... no, eso probablemente no funcionaría en Cancún. Llevaría demasiado tiempo conseguir que se movilizaran basándose en las palabras de una joven turista borracha.

Pero podría haber llamado a Ben en Quantico. A Stitts, también.

Entonces se pondrían en contacto con la DEA y la CIA, e interceptarían este coche.

Excepto que Emma había sido una chica borracha - vomitando - y Tori aún no había oído helicópteros o sirenas.

Eso significaba que Emma estaba muerta o, como Tori, también estaba atrapada en el maletero de un coche.

El coche frenó de repente y luego se detuvo por completo.

Tori se preparó. No tuvo oportunidad de luchar en el callejón, pero lucharía ahora.

Puede que no tenga otra oportunidad.

A sus oídos llegaron voces apagadas. Dos o quizá tres hombres hablando español.

Tori se maldijo a sí misma por no haber hecho nada en el instituto.

No entendía nada.

Tori obligó a su tenso cuerpo a relajarse. Estaba dolorida y agotada, a pesar de haber dormido al menos un rato.

Pero tenía que estar preparada.

Las voces cesaron. Unos pasos se dirigieron hacia el maletero, luego se alejaron de él. Un baúl se abrió, no el de Tori, seguido de un pequeño forcejeo.

Un gemido femenino.

Tenía que ser Emma.

Tori intentó utilizar estas señales sonoras para familiarizarse con el mundo exterior.

Su corazón se aceleraba.

Más pasos.

Acercándonos.

Una llave se deslizó en la cerradura.

Ya era hora.

Tori giró un poco su cuerpo para que sus pies se situaran justo enfrente de donde se originaba el sonido.

Ella también entrecerró los ojos. Al estar atrapada en el maletero durante Dios sabe cuánto tiempo, Tori sabía que si hacía sol, la luz la cegaría al instante.

El maletero graznó y empezó a abrirse.

Tori pateó.

Pateó *fuerte*.

El tronco voló hacia arriba, chocó con algo -la mandíbula de un hombre, tal vez-, gritó y cayó hacia atrás.

Tori obligó a su cuerpo a reaccionar, por mucho que se resistiera.

La adrenalina inundó su organismo y salió disparada del tronco. Por suerte, estaba anocheciendo, amaneciendo o nublado, porque el sol no era especialmente fuerte.

El hombre que había abierto el maletero estaba a un metro del coche, encorvado, gimiendo mientras se apretaba la cara.

En el momento en que los pies de Tori tocaron el pavimento empezó a correr.

No miró a su alrededor, sólo corrió.

Sus brazos y piernas estaban entumecidos, pero obedecían.

Detrás de ella, alguien, o varios, gritaban.

Durante los primeros veinte o treinta segundos del sprint, Tori no prestó atención a su entorno.

Pero ahora se veía obligada a buscar, si no se encontraría con algo o con un callejón sin salida.

Delante de ella había un muro de ladrillos encalados, pero la puerta doble de hierro forjado por la que debían haber pasado estaba abierta. Más allá veía montañas.

Puso sus miras en ellas.

Si podía llegar a las montañas, tal vez podría esconderse allí hasta que llegara la ayuda.

"*¡Puta! ¡Para!*"

Tori no se giró, no aminoró la marcha.

Pero entonces oyó a Emma y vaciló.

"¿Tori?"

Se oyó una fuerte bofetada y Emma gimió.

"¿Tori?" Más alto ahora.

Sigue adelante. Sigue, Tori. Si quieres vivir, sigue corriendo.

"Por favor..."

Se detuvo y apretó los ojos con fuerza.

La sangre del lado derecho de su cara se había secado, pero sus lágrimas dejaban ahora huellas rosáceas en sus mejillas.

Joder.

Tori respiró y se giró.

Lo primero que le llamó la atención fue la mansión.

Era enorme, blanca y con un tejado de tejas rojas de terracota.

Dos historias.

En expansión.

Algo de una película.

El resto de la escena se mantuvo coherente con esta idea, pero no era algo del tipo de películas que a ella le gustaba ver.

Era una chica romántica hasta la médula.

Emma tenía un aspecto horrible; la cara embadurnada de maquillaje. El vestido de lentejuelas que había llevado al bar estaba roto, dejando al descubierto la mayor parte de su pecho izquierdo.

Tenía los ojos tan rojos e hinchados que parecía que le hubieran rociado la cara con spray de pimienta.

Un hombre estaba a su lado, uno de los matones que les habían atacado en el callejón, pensó Tori.

Llevaba abrochados los dos botones superiores de la camisa de cuadros, pero el resto estaba abierto, dejando ver una camisa blanca debajo. Tenía las manos cruzadas delante de él. Y en una de ellas sostenía una reluciente pistola plateada.

No era el único hombre de pie cerca de Emma.

Allí estaba el tipo que había abierto el maletero, escupiendo sangre sobre el hormigón de la entrada. También había otros dos mongrelos mexicanos de aspecto malvado.

También empuñaban pistolas, pero no de las de mano.

Llevaban fusiles de asalto atados al pecho.

El hombre que estaba junto a Emma sonrió, mostrando dos incisivos dorados. Levantó la pistola y la apretó contra la sien de Emma.

La chica probablemente no lo vio -sus ojos eran un desastre- pero definitivamente lo sintió.

gimoteó Emma.

"Puta, ¿a dónde vas?" Dijo el hombre, aún sonriendo.

Tori agachó la cabeza.

En ninguna parte.

Ella no iba a ninguna parte.

Capítulo 14

Con se masajeó la cara. A pesar de haber dormido en el coche de Tori más horas seguidas de las que había dormido desde que Marcus lo despidió, no había parecido servir de nada.

Estaba agotado.

Las palabras que había escrito en la página entraban y salían de foco.

Matthew Nelson Neil había añadido cuatro palabras y dos conjuntos de coordenadas a *La gran fiebre del oro de California: Desierto*

de Mojave. Afloramiento rocoso. 35.0110 N., 115.4734 W.

Con había seguido estas indicaciones y había encontrado el lugar en el desierto donde Matthew quería que fuera.

Sólo que allí no había nada.

Al menos, no cuando llegó.

Al principio, Con pensó que se había equivocado, que se le había escapado algo en el audio, pero ahora sabía que no era así.

Alguien se le había adelantado.

Y ese alguien era Val.

Tenía que ser ella.

Esta vez, Matthew había cambiado ciertas palabras que no afectaban al significado de la historia y que probablemente no habrían sido percibidas por nadie que no estuviera buscando específicamente las diferencias.

El nombre de uno de los personajes había sido sustituido por una "I".

Perdonar para *absolver*.

Tú por *ellos*.

El nombre de otro personaje también había sido sustituido por "yo".

Amor por *amor*. *I* will por *I'll*. *Never* por *Not*. *Tell* por *Notify*. *What* por *Pardon*. *You* por *They*. *Did* for *Perform*.

Juntos, estos cambios se leen: *Te perdono. Te quiero. Nunca contaré lo que hiciste.*

También hubo una última palabra.

María.

Fue la última palabra en el audiolibro antes de que se cortara abruptamente a pesar de que The Sandman no había llegado al final del libro.

Y... no encajaba.

En la novela gráfica, el personaje al que se dirigía se llamaba Ellie, no Mary.

Pero The Sandman dice claramente "Mary".

Y entonces termina la cinta.

"Con, ¿dónde has estado toda la noche?"

Con giró la cabeza para mirar a Alex. Tenía el pelo revuelto y sueño en los ojos.

Había algo hermoso en la inocencia que acompañaba al mero hecho de despertarse. Beth también solía verse así.

"Sí", admitió, no le veía sentido a mentir. "Oye, ¿este es el final de la cinta?"

"¿Qué quieres decir?" Frost bostezó, encendió la cafetera.

"Simplemente... termina. ¿Lo paraste demasiado pronto?"

"No. Grabé todo en esa cinta. ¿Cuál fue la última palabra?"

"María".
Frost asintió.
"Sí, esa fue la última palabra que dijo. *Mary*."
Frost encendió la cafetera y empezó a gotear.
"¿Encontraste un mensaje?"
En lugar de responder, Con cogió el trozo de papel con su gallina rascándose y se lo entregó.
Observó cómo los ojos nublados de Frost escudriñaban su escritura. La vio leer las palabras una segunda y una tercera vez.
Luego lo leyó en voz alta.
"Te perdono. Te quiero. Nunca contaré lo que hiciste". Hizo una pausa. "¿Mary... Mary?"
"Sí, no sé qué coño significa eso". Con resopló. Sintió que su frustración llegaba a un punto crítico, apenas logró mantenerla a raya. "No sé qué coño significa *nada de esto*".
Eso no era del todo cierto, y Frost se lo reprochó.
"Es un mensaje para tu hermana".
Con estuvo a punto de arremeter, pero se detuvo en el último segundo. Lo que le detuvo fue el tono de voz de Frost. Sabía lo que ella pensaba, sabía que ella no creía que él hubiera visto a Val aquel día en el desierto.
Ahora las cosas habían cambiado. Antes del incidente, estaba convencido, como todo el mundo, de que su hermana había muerto. Lo que buscaba era un cierre.
Por eso había ido a ver a Sandman en primer lugar. Para cerrar.
Quería saber dónde estaba enterrado Val. Estaba desesperado por saberlo.
Ahora, las cosas eran diferentes. La perspectiva de encontrar a Val vivo le había cambiado.
La verdad era que Con no sabía qué haría si encontraba a Val.
Sólo... sólo... sólo pide perdón, supuso.
Dile que la quiero, que lo que haya hecho, lo que su padre la obligó a hacer, no fue culpa suya.
Era sólo una niña.
Frost percibió el cambio en él.
"No sé si esto significa algo, Con".
"Prueba que aún está viva".
Frost sirvió el café aunque aún no había terminado de hacerse.
"Pero no es así".
"Pero él es..."
Frost le puso delante una taza humeante.
"Matthew Nelson Neil era un individuo trastornado. Un asesino en serie. Por alguna razón, probablemente porque usted era la cara pública del grupo de trabajo que le dio caza, se obsesionó con usted.

Su objetivo era manipularte, enfurecerte y destruirte".

"Pero..."

Frost suspiró largo y tendido.

"Puedes parar, ¿sabes?"

"I-"

Una vez más, su ex pareja se negó a permitirle terminar su condena.

"Empezar una empresa PI o algo así. Seguridad privada, tal vez, como hiciste antes. Hay gente ahí fuera que no dudaría en contratarte. Sé que la opinión pública no es lo que solía ser, no después del artículo de Dwight, pero hay gente ahí fuera que quiere a alguien exactamente como tú. Con tus antecedentes, tu tenacidad, tu empuje. Tus *habilidades*, Con. Podrías empezar de nuevo. Tal vez mudarte del Condado de Orange. Ve al este. Nueva York, Boston. A cualquier parte".

Normalmente, una sugerencia así, incluso de alguien en quien confiaba y a quien respetaba, le habría hecho estallar. Tal vez fuera la falta de sueño, o tal vez la fatiga de buscar -buscar y luchar- durante la última década, su objetivo singular por naturaleza, lo que le llevó a considerar las palabras de Frost.

Ya no tenía ninguna conexión con este lugar, esta falsa ciudad.

Marcus le había despedido, cumpliendo por fin su deseo. Su madre estaba en un centro de cuidados prolongados y ya ni siquiera sabía quién era.

Había vendido su casa familiar, vivía en su puto coche.

La única conexión que tenía con Orange County era su hermana.

Pero fue más que suficiente.

"Yo... no puedo", dijo en voz baja.

Frost le miró fijamente durante un tiempo incómodo.

"Vale, vale". Asintió para sí misma. "Entonces si te quedas, yo me quedo contigo".

Capítulo 15

Esto era lo *que* Con *no* quería.

Agradecía todo lo que Frost había hecho por él, los sacrificios y los riesgos que había corrido en su nombre. Alex Frost no le debía nada. En todo caso, era al revés.

Y por mucho que deseara desesperadamente encontrar a Val, no iba a llevar a Frost con él a esta espiral sin fin.

"Tú... no puedes".

"Oh, puedo. Y lo haré".

"Alex..."

"No, no puedes hacerme esto. No puedes engañarme así".

"Yo no..."

"Lo hiciste. Soy una mujer adulta, Con. Puedo tomar mis propias

decisiones. Y ya lo he decidido, estoy contigo hasta el final, sea cual sea ese final".

A Con no le importaba la nota ominosa en la voz de Frost. Pero conocía a gente como ella. *La conocía.*

Sabía que no podía decir ni hacer nada para hacerla cambiar de opinión.

Alex Frost era tan testarudo como decidido.

Como él en ese sentido.

Esperó a que protestara, cosa que claramente quería que hiciera, pero, por una vez, Con decidió hacer cualquier cosa menos complacerle.

"De acuerdo", dijo a regañadientes.

"De acuerdo", repitió Frost asintiendo. "¿Qué hacemos ahora?"

Con bebió un poco de café. Estaba demasiado caliente y le quemó el paladar.

No le importaba.

"Bueno, si esta 'María' no es sólo un error, entonces por ahí empezamos".

***

Era triste. Patético, incluso.

Pero Alex no pensó, ni por un segundo, que entendía por lo que estaba pasando Con. Era imposible.

Su verdadera preocupación ahora no era *si* encontraban a Val, por improbable que eso fuera.

Era lo que le pasaría a Con *si* la encontraban.

Ella le había dado a Con su portátil y sus credenciales, y él estaba encorvado sobre el ordenador, buscando a "Mary" en todas y cada una de las bases de datos a las que el FBI tenía acceso. Como era de esperar, los resultados eran demasiado numerosos para ser de utilidad.

Era como recorrer el país en busca de "Tim" o "Tom".

Había casi 8.000 Marys viviendo actualmente en el condado de Orange. Incluso cuando se reducen por edad aproximada, el número sigue siendo muy superior a 600.

Y eso *si* Val realmente se había cambiado el nombre a Mary. Y eso *si* el DNI de la persona que estaba utilizando era de su misma edad aproximada.

Y *si* vivía en Orange County.

Si... si... si...

Mientras Con seguía trabajando, Alex pensaba en otra cosa.

Todavía nada de Tori. Nada de Emma, nada de Ben.

El nudo de la preocupación seguía creciendo.

Alex volvió a llamar a Tori, por lo menos por décima vez. Cuando no hubo respuesta, colgó. Luego le envió un mensaje de texto.

Con había dejado de buscar y ahora la miraba fijamente.

"¿Todavía no has hablado con tu amigo?"

Alex entrecerró los ojos.

"¿Cómo...?"

"Lo siento, cuando me diste tu teléfono anoche y empecé a buscar la aplicación de la grabadora, vi tus mensajes de texto. No quería leerlos".

En lugar de sentirse invadido, Alex experimentó un pequeño temblor de alivio.

Sin embargo, no quería involucrar a Con en ninguno de sus problemas. Ya tenía suficientes. Sin embargo, el cambio que había visto en Con en los últimos dos días era sorprendente.

Todavía estaba destrozado, de eso no había duda. Gruesas ojeras, la sombra de las cinco en punto y, por supuesto, su delgado cuerpo.

Pero había una pequeña chispa en sus ojos oscuros. Algo que no había estado allí cuando había salido a trompicones del bar y había intentado buscar pelea con su cita de Spark.

Alex no pudo evitar reiterar el pensamiento que había pasado por su mente hacía unos instantes.

¿Se iría esto para siempre cuando encontrara a Val, vivo o muerto?

"Se fue a México con su amiga Emma hace una semana. Se suponía que volvería ayer".

Con asintió. Llevaba implícito que Alex esperaba tener ya noticias suyas y no las había tenido.

"¿Es una agente?"

"Sí. Hice el entrenamiento con ella. Destinado fuera de San Antonio. Empecé allí hace un par de meses".

Con se pasó una mano por el pelo, que tenía unos centímetros más largo de lo habitual.

"¿Nadie ha hablado con ella desde que volvió?"

Alex negó con la cabeza.

"No puedo contactar a su amiga con la que se fue. Contacté al novio de Tori, pero tampoco sabe nada de ella".

Los ojos oscuros de Con se entrecerraron.

"Llamaré a la oficina de San Antonio, a ver...", se interrumpió, haciendo una mueca.

No podía llamar a nadie.

Bueno, podría, pero Alex sabía que no le hablarían. Algunos miembros del público en general lo elogiarían por lo que hizo, a pesar de que Tracy Jones avergonzara sus acciones en la televisión nacional. Un hombre que anteponía la culpabilidad, o en este caso, la inocencia, de alguien a su propia posición en el FBI era digno de elogio.

Pero nadie excepto Alex en el FBI se sentiría así.

Recordó su primera semana en Orange County. Con, borracho y confuso, había intentado besarla a la salida del bar. El endeble barniz

de confianza que se había establecido basándose únicamente en la reputación se había hecho añicos.

Con había trabajado duro para recuperarlo.

Pero destituir a un colega agente, especialmente al agente especial a cargo de la oficina de campo de OC, no era un comienzo.

Ahora Con era un paria. Aparte de ella, Alex dudaba de que hubiera un solo agente en todo el territorio continental de Estados Unidos que volviera a darle la hora.

Aun así, esto le dio una idea.

"Yo haré la llamada", dijo. "Tú sigue investigando a Mary".

Con la miró un momento más antes de asentir y volver a centrar su atención en el portátil.

Aunque el desdén de Marcus por Alex no era tan grande como el que había sentido por Con, el hombre no intentó ocultar su antipatía por ella.

Y Marcus Allen había prohibido explícitamente a Con utilizar cualquier recurso del FBI para buscar a su hermana.

Lo mismo ocurrió con Alex.

Pero no estaban buscando a Val Striker. Buscaban a... Mary.

Si Marcus se enteraba, haría preguntas, pero como eran los únicos que conocían el mensaje secreto, Alex no creía que hubiera forma de relacionarlo con Val. Si se enfrentaba a ella al respecto, simplemente mentiría.

Que mienta.

Alex respiró hondo y buscó en el directorio del FBI el número de la delegación de San Antonio. Lo encontró y llamó.

Una mujer contestó con un saludo típico.

"Hola", dijo Alex, saliendo de la cocina. "Me llamo Alex Frost, soy agente de campo en Orange County. Esto va a sonar raro, pero una de mis colegas de Quantico acaba de empezar en tu oficina y me está costando localizarla."

"¿Cómo se llama?"

"Tori Bisson."

"Un momento, por favor."

Alex dio unos golpecitos con el pie mientras esperaba en espera. Menos de un minuto después, volvió la voz femenina.

"Agente Frost, lo comunico con el agente especial a cargo Harold Denten. Un momento por favor."

Alex oyó una serie de chasquidos antes de que el teléfono volviera a sonar. Un hombre descolgó a mitad de la primera llamada.

"Hola." Harold tenía acento sureño, su voz parecía grava. Era la forma exacta en que Alex esperaba que el jefe de Tori sonara basado en su descripción no tan favorable del hombre.

Adoptó su tono más profesional.

"Soy el agente Frost de la..."

"Sí, lo sé. ¿Qué puedo hacer por ti, Frost?"

Alex no estaba segura de si estaba interpretando demasiado la voz del hombre o si su opinión estaba influenciada por los comentarios de Tori. En cualquier caso, le sonaba sórdido.

"Estoy buscando a la agente Tori Bisson. Es una colega mía y me ha costado localizarla".

"Ah, sí, he oído hablar de ti. El agente Bisson se fue de vacaciones a México".

"Lo sé, pero se suponía que volvería ayer. Me preguntaba si sabías algo de ella".

¿"Era"? *Hmm.* Dame un segundo". Alex apartó el teléfono de su oreja para evitar ser ensordecida por el grito del hombre. Volvió un segundo después. "Sí, se suponía que iba a venir hoy".

"¿Y ella no?" Fuera la profesionalidad, dentro el miedo.

"No. Pero, oye, ya conoces a los niños. Probablemente bebieron demasiado". Harold soltó una carcajada. "Seguro que vendrá mañana".

Niños.

No, a Alex no le gustaba este hombre.

"Le pido disculpas por molestarle con esto, pero le agradecería mucho que me hiciera un favor profesional".

"¿Y qué podría ser?"

Alex imaginó la sonrisa del hombre en su cara, imaginó que si estuvieran teniendo esta conversación en persona, el hombre podría estar desabrochándose la parte delantera de los pantalones.

Si quieres algo de mí, chica, tendrás que hacer algo por mí.

Un escalofrío la recorrió.

"Cuando Tori aparezca por el trabajo, ¿puedes llamar a la oficina de OC? O puedo darte mi móvil..."

"Creo que puedo hacer eso por ti, cariño".

Cringe.

"Gracias.

"Que tengas un buen día".

Alex se sintió sucia cuando por fin colgó el teléfono.

"¿Ni una palabra?"

Alex se sobresaltó al ver a Con, que volvía a mirar hacia ella.

"No. Estoy... estoy preocupada, Con. Realmente preocupada."

Con asintió.

"¿Dónde se alojaba en México?"

"El Hotel de la Tentación".

Otro asentimiento.

"Déjame hacer una llamada esta vez."

Capítulo 16

Alex se dio cuenta de que había una persona que aún hablaría con

Con. Tal vez dos.

El agente Tate Abernathy, que había sido compañero de Con cuando derribaron a The Sandman, y Linus Bowen, Director de Formación de la División Cibernética y parte de la CVU, que trabajaba con Chase Adams y el mencionado Tate Abernathy.

Escuchó mientras Con hablaba con Linus.

Dijo unas palabras, mencionó el hotel y el nombre completo de Tori. Luego colgó.

"Linus lo está investigando".

Alex agradeció que el hombre no intentara aplacarla como había hecho Harold Denten.

"Me llamará cuando encuentre algo".

Con señaló al ordenador.

"Tengo una lista de nombres aquí. Hay... muchos. Los he reducido por edad aproximada. Trece de ellos tienen antecedentes penales, la mayoría por prostitución y delitos menores de drogas. Escaneé todas sus fichas policiales".

No necesitaba decir que ninguno de ellos se parecía a Val; si hubiera sido así, habría saltado de su silla y habría empezado con eso.

"Hay veintidós Marys que conducen coches verdes. Supongo que empezaremos por ellas".

"...¿coches ecológicos?"

"Sí, vi a Val conduciendo un coche verde en el desierto, ¿recuerdas?"

recordó Alex. También recordó que Con había conseguido el número de matrícula de ese vehículo -a pesar de que obviamente le había mentido y declarado lo contrario- y supuso que ya había descartado ese coche.

Si había sido Val, y el número de matrícula no coincidía, eso significaba que había cambiado la matrícula o había robado el coche.

Escúchate, Alex. Suenas como Con. Suenas como si le creyeras.

Suspiró. Se frotó las sienes.

"De acuerdo. Vamos entonces".

"¿Ir... a dónde?"

"Vamos a hablar con estas Mary".

***

Alex se daba cuenta de que Con era optimista. Pero después de que las tres primeras visitas resultaran poco fructíferas -una era una mujer negra de mediana edad, otra una rubia oxigenada a la que le gustaba fumar casi tanto como a Con, y la tercera Alex estaba bastante seguro de que estaba en plena transición-, empezó a perder fuelle.

Ella podía verlo en su cara, en la forma en que sus hombros se inclinaban hacia delante.

También sabía que él quería una copa.

Mal.

Las manos del hombre temblaban mientras sujetaba las hojas de papel que contenían los nombres.

Alex sintió la necesidad de animarle aunque no tenía ninguna esperanza de que aquella expedición de pesca diera sus frutos.

Si Val seguía viva, por improbable que eso fuera, nadie salvo Con-debía discutir- la había visto en más de una década.

No desapareciste y luego te descubrieron fácilmente con sólo un nombre de pila.

Nada menos que un nombre de pila tan común como "Mary".

"Tal vez estemos haciendo las cosas mal", dijo. La cara de Con se desencajó aún más. Era un triste cascarón de ser humano.

"Lo que quiero decir es que deberíamos ir a Internet. Ir a través de los medios de comunicación social, ver si podemos reducir esto aún más ".

"¿En línea?"

"Sí."

Volvieron al coche de Alex y ella empezó a conducir.

Con se quedó en silencio, sólo se animó cuando pasaron por delante de un bar que, por alguna razón, a pesar de lo temprano que era, parecía estar abierto.

Alex entró en el aparcamiento de una cafetería y se bajó.

Pedí un bagel y un café.

Con acaba de conseguir un café.

"¿No quieres algo de comer?"

"No he comido una comida no líquida en tanto tiempo que no sé si podría soportarlo".

Llegó la comida y Alex comió. Con paciencia bebió su café, esperó a que ella terminara.

Estaba impaciente por volver al trabajo, pero Alex había aprendido de él que dar un paso atrás tenía su valor.

Repensar las cosas.

Sin embargo, Alex no quería pensar demasiado, porque inevitablemente llegaría a la conclusión de que sólo estaban perdiendo el tiempo.

"Vale, ¿entonces nos conectamos?" Con continuó. "¿Miramos sus cuentas en las redes sociales? ¿Vemos si podemos encontrar a alguien que se parezca a Val?"

Alex estaba a punto de asentir, pero cambió de opinión.

"Dudo que tenga un perfil".

"Entonces..." Con ladeó la cabeza. "Entonces, no estamos buscando a alguien con un perfil". Su teléfono empezó a sonar y cogió el aparato de la mesa. "Sino a alguien *sin* perfil".

Alex sonrió. Incluso en ese estado, la mente de Con seguía siendo

aguda.

En todo caso, cuando se trataba de investigaciones.

Con le enseñó el teléfono y se le borró la sonrisa de la cara.

Era Linus.

Contestó por el altavoz y se lo dijo a Linus.

"Hola, Agente Frost."

"Hey."

Linus se aclaró la garganta.

"He investigado a Tori Bisson. Ella estaba en un vuelo el domingo pasado de John Wayne con escala en Houston. Aterrizó en Cancún el lunes por la mañana. Se registró en el Hotel Temptation sobre las 11:30. Tiene múltiples recibos de tarjetas de crédito de clubes en Cancún a lo largo de la semana".

Tiene sentido.

"¿Y Emma?"

"¿Emma?"

"Sí, ¿su amiga que fue con ella? ¿Emma Oswald?"

Con se encogió de hombros.

"Es la primera vez que oigo hablar de ella, pero puedo echarle un vistazo", dijo Linus. "Sin embargo, aún no había terminado. Tori salió de su hotel el lunes por la mañana, pero nunca cogió su vuelo de vuelta".

Alex sintió un cosquilleo en la cara mientras la sangre le llenaba las mejillas.

"¿Qué?", jadeó.

"Ella no estaba en el vuelo", reiteró Linus. "Por lo que sé -y aún no he escarbado en todos los registros-, sigue en México".

"¿Pero se fue?" Alex susurró entrecortadamente.

"Sí. Se fue del hotel".

"¿Qué coño, Con? ¿Qué estará haciendo?"

"¿Podría haber prolongado su estancia? ¿Haberse registrado en otro hotel?"

"Bueno, si lo hizo", dijo Linus, "no usó ninguna de sus tarjetas de crédito o bancarias. Déjame investigar a Emma".

Alex se dirigió directamente a Con.

"No creo que Tori hiciera algo así. Tori es... puede ser un poco extra, pero es una buena agente y una buena trabajadora. Si ella dijera que no iba a estar en el trabajo hoy, haría todo lo posible para estar allí."

Con pareció considerar esto.

Alex sintió que se le oprimía el pecho y sacó su propio teléfono por costumbre. Comprobó sus mensajes.

Todavía nada de Emma, Ben o Tori.

"Bueno", dijo Linus, "Tengo la misma información de Emma.

Tomó el mismo vuelo que Tori, se registró y se fue del hotel. No voló a casa".

"¿Qué demonios, Con?" Dijo Alex desesperadamente. "¿Qué demonios les ha pasado?"

Capítulo 17

Con quería un trago.

Realmente quería un trago.

Lo que había comenzado como Alex preguntándose por qué sus amigos no le habían enviado mensajes de texto se había convertido rápidamente en algo más insidioso.

La gente no acaba de perder su vuelo a casa desde Cancún. Agentes del FBI no lo hicieron, eso es seguro. Especialmente no sin usar sus tarjetas bancarias o de crédito.

Había algo extrañamente familiar en este escenario.

"Creo que debería hablar con Marcus. Creo... creo que les ha pasado algo malo", dijo Alex.

Alguien que no pertenezca a las fuerzas del orden, alguien que no haya hecho lo que ellos hacían -lo que Con solía hacer- podría pensar de forma diferente sobre esta situación.

Podría pensar que todo fue un malentendido, que Tori se quedó dormida, perdió su vuelo.

Pero no Con.

Alex tenía razón en estar preocupado y el sentimiento se le había contagiado como la gripe.

"Puedo ponerme en contacto con Stitts, a ver qué opina", ofreció Linus, aún en la línea.

"Espera un poco", dijo Con. Aunque tenía un mal presentimiento, sabía que él también estaba excitado.

Toda esta mierda con Val lo tenía retorcido.

"Hazme saber cuándo o si quieres que involucre a Stitts".

"Will do". ¿Y sus células? ¿Puedes pinchar sus células?"

Linus dudó.

"Linus, Tori es mi amiga", dijo Alex. "Mi mejor amiga. Normalmente hablamos una vez a la semana, pero nos mandamos mensajes todo el tiempo. Ella me envió mensajes todos los días en México hasta hace dos días. Algo va mal. Y... y se suponía que yo iba a estar en el viaje a Cancún con ella".

Ahora todo encajaba mejor. Con también estaba un poco sorprendido. Sorprendido de que un agente del FBI pudiera tener una vida casi normal.

Esto le recordó que su vida había sido normal en algún momento, dos.

Diablos, había estado enamorado.

Se casó.

Y entonces todo se fue a la mierda.

"*Puedo*", Linus subrayó la palabra "puedo". Y lo dejó así.

Con sabía lo que esto significaba.

Se había puesto en contacto con Linus cuando el director técnico del CO estaba de vacaciones y necesitaban a alguien que investigara a fondo uno de sus casos.

Linus estaba muy unido a Tate, lo había dejado bien claro. Y aunque la relación entre Tate y Con no se había deteriorado tanto como evaporado desde "El hombre de arena", seguían respetándose mutuamente.

Además, Con confiaba en Linus.

El hombre ya se había excedido antes en nombre de Con y la forma en que dijo "puede" ahora sugería que volvería a hacerlo.

Si Con acaba de decir la palabra.

En este contexto, "puede" era también una pregunta: ¿era tan importante como para que Linus arriesgara su puesto de trabajo?

Una mirada al miedo que se reflejaba en el rostro de Alex y supo la respuesta.

"Hazlo, mira si puedes rastrear sus móviles".

"Hecho. Te volveré a llamar".

"Gracias, Linus."

"Gracias", dijo Alex.

"No hay problema".

Con colgó.

"La encontraremos, Alex. Encontraremos a Tori".

***

Alex dejó a Con en su casa, le dijo que la llamara inmediatamente si tenía noticias de Linus sobre los móviles de Emma y Tori.

Estuvo de acuerdo, dijo que iba a buscar en los perfiles de las redes sociales, tomando nota de las "Marías" que no tenían presencia en línea.

Se encontraba en un estado de fuga mientras conducía hacia la oficina.

¿Dónde coño estás, Emma?

Llamó a Ben de camino.

"Ben..."

"¿Hola?" Responde una voz femenina.

"¿Yuri?"

"¿Quién es?"

De fondo, oyó a Ben decir: "Eh, dame el teléfono".

"Soy Alex. Pon a Ben al teléfono".

"Oh, hola, Alex. Estaba... estábamos... estudiando".

Alex conocía a Yuri. Era una maldita mentirosa terrible.

"Pon a Ben", espetó.

Yuri colgó el teléfono.
"¿Ben? ¿Sabes algo de Tori?"
"No." El hombre sonaba molesto. "Te dije que te llamaría..."
"Ha desaparecido".
"¿Qué quieres decir con que ha *desaparecido*?"
"¿Has estado escuchando algo de lo que te he dicho? ¿La última vez que te hablé? ¿O estabas tan ocupado follándote a Yuri mientras tu novia está fuera de la ciudad?"
"Joder... No puedes hablarme así".
Alex entró en el aparcamiento y aparcó el coche.
"Puedo hablar contigo como quiera".
"No me estoy follando a Yuri, estoy..."
"¡Me importa una mierda!" Alex gritó.
Ben se quedó callado.
"Escucha, Tori ha desaparecido. Quiero que vayas a su casa, a ver si ha estado allí. Entonces quiero..."
"I-"
"Sólo escucha. Quiero que llames a sus amigos, a su familia. Averigua si alguien ha hablado con ella. ¿Puedes hacerlo?"
"I-"
"¿Puedes hacerlo de una puta vez, Ben?" Se le llenaron los ojos de lágrimas.
"Sí, claro. Puedo hacerlo".
"Bien".
Alex se guardó el teléfono en el bolsillo y subió al despacho.
Su compañero Chris Hale estaba en su mesa, con la mano metida en una bolsa de patatas fritas. La vio acercarse, sacó la mano y se la limpió en los pantalones.
¿"Agente Frost"? Pensé que estaba enfermo. ¿Va todo bien?"
"N-necesito ver a Marcus."
"Pero yo... yo... ¿está todo bien?"
"Chris, no puedo hacer esto ahora. ¿Está Marcus?"
Alex se dirigía hacia la puerta del hombre mientras hablaba.
"S-sí. Pero está en una reunión y..."
Alex aporreó la puerta.
Chris abrió mucho los ojos.
Realmente parecía un búho.
"Agente Frost, el Director Allen no quiere ser molestado."
Cuando Alex le había dicho a Con quién era su nuevo compañero, se había reído. Dijo algunas palabras. Alex sabía quién era Chris Hale, aunque sólo llevaban unos meses trabajando juntos.
Hablaba mucho. *Mucho*.
Pero era un buen hombre.
Con y AA habían dicho que Chris no era un agente de verdad, que

no estaba hecho para la industria, pero Alex pensó que se equivocaban. Quizá no estaba hecho para dirigir, pero Chris Hale podía ser un agente valioso si alguna vez aprendía a callarse.

La puerta se abrió y Marcus Allen la miró fijamente. Llevaba el pelo recogido en su típico moño de hombre.

"¿Agente Frost? Creí que estaba enfermo".

"Necesito hablar contigo".

Marcus frunció el ceño y miró a Chris por encima del hombro. Alex no siguió su mirada, pero sabía que su compañero se encogía de hombros.

"Estoy en una reunión."

"Necesito hablar. Ahora."

La cara de Marcus empezó a ponerse roja, y Alex estaba segura de que el hombre iba a echarle la bronca.

No lo hizo.

"JP, lo siento pero tengo que coger esto. ¿Te importaría reunirte conmigo después de comer?"

"No hay problema".

Alex retrocedió cuando un hombre se acercó a la puerta. Era corpulento, con mechones de pelo gris cubriendo un cuero cabelludo manchado por el sol.

"Lo siento mucho", dijo Marcus.

"Comprendo".

Marcus se apartó y el hombre salió del despacho.

"Pase", dijo secamente el agente especial a cargo, "y cierre la puerta".

Capítulo 18

Con encontró siete candidatas, todas residentes en el condado de Orange, todas con Mary como nombre de pila. Ninguno de ellos tenía presencia en las redes sociales. Otros dos tenían perfiles X genéricos con un huevo como foto de perfil, sin publicaciones ni seguidores.

Las añadió a la lista, con lo que el total ascendió a nueve.

Luego pasó media hora trazando el mapa de sus casas. Pensó que podría acabar con todas en unas horas si no había mucho tráfico.

Excepto que no tenía coche.

"Joder".

Con se tomó un descanso. Buscó en la cocina de Alex. No había mentido cuando dijo que no creía poder comer. La tostada con mantequilla que ella y AA habían intentado darle no le había sentado bien.

Encontró una botella de vino blanco en la nevera. No era su favorito, pero serviría. Casi había quitado el tapón cuando empezó a sonar su teléfono.

"¿Linus?"

"Hey."
"¿Qué tienes?"
"¿Está... está el Agente Frost contigo?"
"No. ¿Qué pasa?"
"Yo... no quería decir esto delante de ella, pero creo que tenemos un verdadero problema".
"¿Qué quieres decir?" Con sintió que se le fruncía el ceño.
"Yo... bueno, primero, los móviles. El último ping fue el sábado por la noche, técnicamente el domingo por la mañana temprano, fuera de un club llamado 'Paradise Pulse'. Luego se apagaron. No se han vuelto a conectar desde entonces".
" ¿Qué más tienes?"
"Voy a enviarte algo. Hace unos meses, un par de estudiantes de la Universidad McGill de Montreal fueron a Cancún de vacaciones de primavera. Ellos también desaparecieron. Nadie ha sabido de ellos desde entonces. Las similitudes son asombrosas. Volaron a Cancún, facturaron y se fueron. Nunca cogieron el vuelo de vuelta a casa".
Con no podía creer lo que oía.
"Linus, ¿de qué estás hablando?"
"Siguen desaparecidos, agente Striker".
"Bueno, ¿se ha involucrado la RCMP? ¿Interpol?"
"Sí, a ambos. Se pusieron en contacto con la Policía Federal Mexicana. Como dije, no consiguieron nada. Yo... investigué un poco en algunos... archivos".
Código para "He hackeado ilegalmente las bases de datos de la RCMP", sin duda.
"¿Y?"
"Parece que han tenido problemas en el sur. Alguien de la Policía Federal Mexicana filtró información, al menos eso es lo que leo entre líneas. La RCMP es asquerosamente educada con este tipo de cosas. Los empleados sabían que la RPMC iba a entrar en todos los sitios: el club, el hotel, los bares. Fue una verdadera lucha para conseguir algo de ellos. Ahora, sólo estoy bromeando, pero supongo que un *federal* filtró la información e informó a los cárteles. Los cárteles entonces advirtieron a todos que mantuvieran la boca cerrada".
Con hizo una pausa y volvió a tapar la botella de vino blanco.
"¿Qué está pasando aquí Linus?"
"Ella no está allí, ¿verdad?"
"No. Frost está hablando con el agente especial a cargo de la oficina de OC".
"Si le soy franco, creo... creo, Agente Striker, que Tori y su amiga fueron secuestradas".
***
Durante varios segundos después de que Alex le contara a Marcus

lo de Tori y Emma, el hombre se quedó mirándola.

Luego parpadeó.

"Agente Frost, quiere decirme que ha faltado un día y medio al trabajo no porque esté enferma, como dijo, sino porque su amiga se fue de vacaciones y no sabe nada de ella. No sólo eso, sino que interrumpes mi reunión y..."

"No volaron de vuelta. Se fueron pero no volvieron a casa".

"Y ahora me interrumpes otra vez".

Alex estaba a punto de estallar. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no estallar sobre el gilipollas que tenía delante.

Marcus esperó un tiempo impío antes de volver a hablar, tentándola para siempre.

"¿Has pensado alguna vez que a tu amigo simplemente... no le apetece hablar contigo?".

Era como si Marcus no estuviera oyendo lo que ella decía.

No volvió a casa.

Se acordó de cómo Con se sentaba allí y se tragaba toda la mierda de Marcus. Lo enfurecía aún más.

Decidió hacer lo mismo.

Marcus no iba a ayudar. Ella podría mostrar pruebas de vídeo de Tori siendo asesinada en la calle y él simplemente se encogería de hombros.

Después de que Marcus y el fiscal tuvieran que tragarse su orgullo y comer mierda por la cagada real con su último caso, él también estaba en la cuerda floja con los jefazos.

De hecho, Alex estaba más que sorprendida de que Marcus hubiera conseguido conservar su trabajo después de aquella debacle.

"A pesar de lo que su ex-compañero le haya dicho de mí, no soy un completo gilipollas, Agente Frost".

Sí, lo eres. Y eres un narcisista.

"Y para probarlo, me pondré en contacto con... ¿dónde estaba destinado tu amigo?"

Amiga... ni Tori, ni la agente Bisson, aunque Alex había mencionado su nombre deliberadamente tres veces.

"San Antonio".

"Me pondré en contacto con la oficina de San Antonio. Pregunta un poco, ¿vale?"

Ya lo hice. Y fueron tan útiles como tú.

"De acuerdo".

"Mientras tanto, tómate el resto del día libre".

Alex se levantó y se fue.

Así, sin más.

En su estado de angustia, había esperado un resultado muy diferente al venir aquí. Debería haber hecho caso a las advertencias de

Con de que era una pérdida de tiempo.

¿Qué dijo Einstein?

¿Que la definición de locura era hacer lo mismo una y otra vez y esperar un resultado diferente?

Eso es lo que sentí.

Bueno, a la mierda con eso.

Al diablo con todo eso.

"¿Agente Frost?"

"Ahora no, Hale."

"Pero sólo miras..."

Miró fijamente al hombre, con la rabia que le producía su encuentro con Marcus.

"He dicho que ahora no".

"Lo sé, lo sé, es sólo que puedo decir que tú..."

"Jesucristo, hombre, toma una maldita indirecta. Y por una vez, por *una vez,* ¡deja de hablar!"

Alex se sintió mal en cuanto las palabras salieron de su boca, se sintió peor al ver la expresión de la cara pastosa del hombre.

Pero estaba demasiado lejos para disculparse.

Salió furiosa del edificio y llegó hasta su coche.

Ha entrado una llamada.

¿"Con"? Por favor, dime que tienes buenas noticias". Estaba desesperada. "*Por favor*."

Pero Con nunca endulzaría las cosas para salvar los sentimientos de alguien, ni siquiera los suyos. Le tenía demasiado respeto como para hacer eso.

"No hay buenas noticias. Ninguna de las chicas ha usado su móvil en dos días. ¿Cómo te fue con Marcus?"

"Brutal. No va a ayudar". Se secó las lágrimas de las mejillas. "¿Qué hacemos? ¿Qué demonios hacemos?"

"Vamos a México, eso es lo que hacemos", dijo Con rotundamente. "Pero primero, necesitamos encontrar ayuda. Tenemos que pasar por encima de Marcus con esto, Alex".

Capítulo 19

Primero vinieron por Emma.

Tori sabía que iba a suceder; sólo era cuestión de cuándo.

Después de rendirse fuera de la mansión, había sido esposada y amordazada. A Emma también. El hombre del tatuaje en el cuello, que parecía estar al mando por la forma en que mandaba a los demás, ladrando órdenes en un español apretado y lacónico, las llevó por la parte trasera de la mansión.

Allí, Tori vio un enorme campo de fútbol de césped. Tenía porterías y líneas recién pintadas.

A la izquierda, a unos treinta metros del edificio principal, estaba

lo que parecía una suite de invitados. Tori, sabiendo que su oportunidad de escapar probablemente ya se había perdido, trató de captar todo lo que podía de su entorno, por si acaso.

La suite, al igual que la mansión, estaba bien cuidada, pero había varias diferencias obvias. La primera era que las ventanas estaban completamente oscurecidas. La siguiente, eran las rejas de las ventanas. Eran de metal grueso y ondulado.

Imposible de romper.

La única puerta estaba cerrada con una enorme cerradura metálica.

El hombre a cargo los empujó contra la pared y les ordenó, en un inglés entrecortado, que no se movieran. Sacó una llave de su cinturón y abrió la puerta.

"Adentro".

Superfluo, dado que los agarró a ambos por el cuello y los arrojó a la casa de huéspedes.

En lugar de suelos de madera, toda la superficie del suelo estaba cubierta de tierra.

Eso fue todo lo que notó antes de que la puerta se cerrara de golpe y la cerradura volviera a colocarse.

La oscuridad se cernía sobre nosotros.

Tori respiraba fuerte, pero no lo suficiente como para no oír a Emma gemir.

"Tienes que mantener la calma", intentó decir Tori, pero la mordaza atada en su boca borró sus consonantes y convirtió sus palabras en una cadena de vocales ininteligibles.

Comprendiendo o no, Emma se calló.

Tori se revolvió en la tierra y se arrastró junto a su amiga. Cuando hizo contacto, Emma emitió un sonido estrangulado.

Si Tori estaba aterrorizada, no podía imaginar lo que Emma, que era secretaria legal de profesión, estaba sintiendo.

Con sus brazos esposados detrás de ellas, no había mucho que pudieran hacer para consolarse mutuamente. Finalmente, Emma presionó su cabeza contra el pecho de Tori.

Momentos después, Tori sintió una cálida humedad en sus piernas.

Emma se había meado encima.

A Tori no le importaba.

La oscuridad absoluta le hizo algo al tiempo. Lo estiró, lo comprimió, jugó con él como con masilla húmeda.

La cerradura sonó y la puerta se abrió.

El cholo de los incisivos de oro había vuelto. Tori, entrecerrando mucho los ojos contra la luz brillante del exterior, arrastró el culo delante de Emma.

Emma se retiró.

"Tú", dijo el hombre, señalando a Emma.

Tori negó con la cabeza.

"Llévame". No había forma de saber si el hombre la había entendido, pero ella repitió la afirmación, esta vez con más firmeza. "*Tómame*".

Se puso en pie y el hombre se acercó.

"Tómame".

El hombre parecía que iba a agarrar a Tori, pero en el último segundo, la empujó en el pecho en su lugar. Sin estar preparada para esto, Tori cayó al suelo.

"Tú", volvió a decir, y puso en pie a una Emma que ahora sollozaba.

"¡No!" Tori intentó levantarse de nuevo, pero el hombre la empujó con el pie. Esta vez cayó de bruces.

"¡No! ¡No, no, *no!*"

La puerta se cerró.

Se ha vuelto a cerrar.

Ahora le tocaba a Tori sollozar en la oscuridad.

Y espera.

Parte II - México

Capítulo 20

"A ver si lo he entendido, ¿después de que le contaras al agente especial al mando Marcus Allen lo de la desaparición de la agente Tori Bisson, dijo que se pondría en contacto con la oficina de campo de San Antonio?".

Alex se quedó mirando la cara del director Jeremy Stitts en la pantalla del ordenador. Había sido Con quien había organizado la conferencia telefónica, poniéndose primero en contacto con Tate, que inmediatamente transmitió la información al director. También se pidió a Linus que se uniera, aunque Alex no estaba segura de cuánto de lo que ya había hecho por ellos había compartido ya el hombre.

Se había decidido, por ella misma, Con y Tate, que Con debía permanecer fuera de la vista a menos que fuera completamente necesario.

No estaban seguros de cuál era la opinión de Stitts sobre él ni de hasta qué punto debía implicarse, dado que ya no estaba en el FBI.

"Sí", dijo Alex.

"¿Y eso fue hace cuánto tiempo?"

"Unas seis horas".

Stitts frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo castaño. Volvió a su sitio exactamente igual que antes.

"Llamé a San Antonio", dijo rotundamente. Bueno, parecía que Linus ya lo había dicho. "Dijo que tenía noticias suyas, agente Frost,

pero no de Marcus Allen".

Alex enseñó los dientes.

Ese maldito imbécil.

Sintió que Con se tensaba detrás de ella, justo fuera de la pantalla.

"Linus, voy a suponer que ya has investigado esto."

Y aquí viene el resto.

"Lo hice. Como mencioné antes, las dos chicas salieron de sus hoteles, pero ninguna estaba en sus vuelos de vuelta a casa. No hay constancia de que regresaran a suelo estadounidense".

"¿El móvil del agente Bisson?"

Linus se retorció un poco.

"Tori es agente del FBI; podemos rastrear su móvil sin orden judicial".

Lo que Stitts no dijo fue que no podían hacer lo mismo por Emma, una civil. Lo cual era probablemente la razón por la que deliberadamente no había preguntado por ella.

"Se apagó el domingo por la mañana. No se ha conectado desde entonces".

"¿Alguna idea de dónde estuvo el sábado por la noche?"

"Un club en Cancún. Paradise Pulse".

Stitts lo contempló por un momento.

"Tori va a un club con su amiga y utiliza allí su tarjeta de crédito. Luego, por la mañana, sale del hotel pero no coge su vuelo", dijo el director, reflexionando en voz alta. "Agente Frost, imaginemos que sale y se le estropea el teléfono, ¿qué es lo primero que hace al volver al hotel?".

"Carga mi teléfono", dijo Alex sin dudarlo.

"Cierto. Esto probablemente significa que algo pasó en el club".

Había otra opción: El teléfono de Tori había sido robado o lo había perdido. Pero la probabilidad de que esto le pasara a ella y a Emma al mismo tiempo era extremadamente baja. El hecho de que Stitts no mencionara esto afirmó las sospechas de Alex de que sabía que Linus también había mirado en el teléfono de Emma.

"Normalmente, no me preocuparía demasiado por esto", empezó Stitts, y Alex volvió a sentir ese calor en las mejillas, pensando que el director podría seguir el mismo camino que Marcus; es decir, no hacer nada. "Pero con lo que les pasó a esas dos chicas canadienses, creo que...".

"Espera, ¿qué?" Alex interrumpió. "¿Qué dos chicas canadienses?"

La llamada se silenció y la cara de Linus sufrió una serie de convulsiones.

"¿Qué chicas canadienses?" volvió a preguntar Alex, esta vez un poco más enérgicamente.

Linus se aclaró la garganta y les habló de dos universitarios que habían desaparecido tras visitar el mismo club.

Alex lanzó una mirada fulminante a Con por encima del hombro. Se miró los pies.

"La RCMP se coordinó con la Policía Federal Mexicana", continuó Linus. "No consiguieron nada. Alguien de los federales filtró la información y nadie estaba dispuesto a hablar".

Alex vuelve a mirar la pantalla.

"Tenemos dos agentes actualmente en Cancún, el Agente Gleeson y el Agente Santiago. La DEA también está..."

"Quiero irme", volvió a interrumpir Alex, sabiendo a dónde iba esto.

"Agente Frost, no creo que sea una buena idea."

"Tengo que irme. Se suponía que debía estar en ese viaje con Emma y Tori. Es culpa mía que les pasara algo".

Stitts parecía a punto de decir algo, que Alex sospechó que podría ser algo parecido a "*Esto no es culpa tuya"*, pero se abstuvo.

Lo cual era bueno, porque Alex no estaba segura de cuánto tiempo podría mantener a raya su creciente frustración e ira.

"¿Tate?"

Tate asintió. Había algo en aquel intercambio que sugería que todo estaba planeado de antemano. Aunque Alex odiaba que la dejaran al margen, esta vez no le importaba tanto.

Estaba claro que Stitts tenía experiencia en tratar con agentes testarudos, y Alex sospechaba que sabía exactamente cuál en concreto.

"He despejado mi agenda. Agente Frost, puedo reunirme con usted en Cancún mañana".

Todo estaba sucediendo mucho más rápido de lo que Alex esperaba y, una vez más, se sintió agradecida. Ya se había imaginado toda la reunión. Si Stitts hubiera negado haber enviado a alguien a México, o específicamente a ella, los habría mandado a todos a la mierda y se habría subido al siguiente avión.

"Bien. Quiero que te reúnas con los Agentes Gleeson y Santiago. Revisen el hotel, el bar donde las mujeres fueron vistas por última vez".

"¿Y los Federales?" preguntó Tate.

"Por ahora, mantengamos esto interno. Veré si la DEA puede ayudar".

La reunión parecía estar llegando a su fin, pero aún quedaba una cosa más de la que ocuparse.

"Agente especial Marcus..." Alex empezó, pero Stitts le cortó la frase.

"Yo me ocuparé de él", dijo bruscamente, intuyendo hacia dónde se dirigía. "Abernathy, Frost, mantenedme informado. Como dije,

investiguen el hotel y el club. Es una visita informal. Sin armas. Usen identificación sólo si es absolutamente necesario. ¿Entendido?"

Tanto Alex como Tate estuvieron de acuerdo.

"Bien. Linus, juega al punto en esto. Cualquier cosa que necesiten, dásela mientras están en el extranjero. Cuídense, ustedes dos. Cuídense".

La pantalla de Stitts se oscureció, luego la de Linus.

Sólo quedaba Tate.

"¿Está ahí?" No hizo falta que Tate especificara a quién se refería.

"Él..." Con entró en la vista. "...es."

"Tate", dijo Con rotundamente.

"Con, me enteré de lo que pasó. Lo siento."

"Hice lo que tenía que hacer".

Dados sus antecedentes y su historia, estos comentarios podrían verse desde múltiples puntos de vista.

"¿Cómo estás?"

"Bien."

Alex puso los ojos en blanco. Con no estaba nada bien y, por mucho que odiara los estereotipos, no podía evitar pensar que era la típica jerga de hermano.

¿Estás bien?

Claro, de acuerdo.

Bien.

Muévete.

"¿Qué haces con tu tiempo?"

Con ni siquiera se molestó en responder a esta pregunta.

"Voy con ustedes."

"No hay posibilidad, Con."

Alex giró el cuello y miró a su ex compañero.

"Con..."

"No te dejaré ir solo, Frost".

"Ella no está sola. Yo estaré con ella. Y tendremos a Gleeson y Santiago. Los conozco a ambos. Buenos hombres".

"Hombres corruptos, probablemente", replicó Con.

"No todos en México son corruptos".

"Sólo la gente importante. Ya voy".

"Estoy con Tate en esto", dijo Alex en voz baja. Por mucho que quisiera que Con volviera a estar a su lado, el hombre era una bala perdida. Lo era antes, y más ahora.

"¿Qué quieres decir?" Con parecía dolido.

"Tienes cosas que hacer aquí. Te mantendré al tanto. Si te necesitamos, te llamaremos".

Con hizo una mueca.

"Es así, ¿eh?"

"No es nada, Con", dijo Tate. "No estás con el FBI, por mucho que piense que deberías estarlo. No puedes estar en México. Ya sabes cómo es esto, si algo pasa y has interferido, los Federales y todos los demás en ese lado de la frontera van a culparte de alguna manera."

Con cerró las manos en puños, abrió la boca y volvió a cerrarla.

Luego se marchó enfadado.

Alex empezó a levantarse.

"¿Con?"

Salió dando un portazo.

"Mierda".

"Déjalo ir", sugirió Tate.

Alex suspiró.

"¿Cómo está, de verdad?"

"Nada bien, Tate. Nada bien".

Tate se mordió el labio inferior.

"Te diré algo, después de que encontremos a tus amigos, me tomaré un tiempo libre. Ven a California. A ver si puedo ayudar".

"Bien. Lo necesita, Tate. Ayuda, quiero decir. La necesita mucho".

Tate asintió solemnemente.

"Te enviaré los detalles de mi vuelo. Nos vemos en México".

Capítulo 21

Con se metió las manos en los bolsillos, palpó la hoja de papel doblada con los nombres de las Marías.

Luego simplemente caminó.

Cabeza abajo.

Sin destino.

El apartamento de Alex estaba en una zona decente de la ciudad, y pasó por delante de varias tiendas abiertas al público.

Pasó por delante de dos bares, no entró.

Con vagaba por la ciudad, fumando un cigarrillo tras otro, sin parar nunca.

Alex tenía razón en una cosa: tenía algo que hacer.

Encuentra a su hermana.

Pero se equivocó al decir que no vendría a México.

Tenía que irse. Ya la había cagado antes con Alex y sabía que a ella aún le costaba confiar en él.

Y con razón.

Pero esa era una razón más para estar con ella.

Lo que le molestaba más que su falta de confianza era el hecho de que eso le molestara tanto como a él.

Con sabía de sus problemas de fijación, tendría que estar delirando para no hacerlo.

La desaparición de Val había ocupado más de una década de su vida, costándole su mujer, su casa, su trabajo.

Su salud.

Se preocupaba por Alex. Quizás más de lo que debería.

Era guapa, lista e intuitiva. Una buena agente con potencial para llegar a ser grande.

Y Alex era muy diferente de su ex mujer, Beth.

Si hubiera sido diez años más joven y sólo la mitad de jodido que él, podrían haber tenido una oportunidad juntos.

Jesús, escúchate, Con. Suenas como un adolescente cachondo.

Suspiró y encendió otro cigarrillo.

El sol bajaba en el cielo.

Era hora de volver.

***

Alex llenó una bolsa con algo de ropa, sobre todo de trabajo, ligera por el tiempo que hacía en Cancún. Con todo casi listo -Linus ya le había enviado un billete de avión, que despegaría pasadas las siete-, Alex le dio un anillo a su padre.

"Hola, papá."

"Hola, Alex. ¿Cómo van las cosas en el OC?"

Como congresista estadounidense por el Estado de Nueva York, Brandon Frost llevaba una vida agitada y frenética.

No me parecía bien añadir más cosas a lo que ya tenía.

Excepto que era su padre. El hombre que la había criado tras la muerte de su madre cuando era pequeña, que la había llevado a todas sus fiestas, que le había enseñado a observar realmente a los demás.

Aprende de ellos.

Crece.

Esto no había sido completamente altruista -ella ofrecía una visión que sólo un niño al que todo el mundo miraba simplemente como mono e inocente-, pero ¿qué aspecto de la paternidad lo era?

"No muy bien, papá", respondió sinceramente tras una pausa significativa.

"¿Sigues teniendo problemas con tu pareja?"

Después de lo que había pasado con Con, se había puesto en contacto con su padre. Le contó toda la historia. Se había ofrecido a intervenir, a hablar con alguien en Washington, a ver si conseguían que Con fuera readmitido y reasignado.

Ella se había negado, sobre todo porque sabía que eso no era lo que Con quería. El hombre había dejado claro que quería estar libre del FBI para poder dedicar más tiempo a encontrar a Val.

Obviamente, eso no le había funcionado. Y, si era sincera consigo misma, Alex nunca pensó que lo haría.

"Algo así, pero no es por eso que estoy llamando. Tori ha desaparecido."

Ahora le tocaba a Brandon hacer una pausa.

"¿Qué quieres decir con... desaparecido?"
"¿Recuerdas que te dije que tenía que ir a México?"
"Sí, dijiste que no podías ir porque tenías una nueva pareja".
"Yo no, pero Tori fue con su amiga Emma. Ellas... algo les pasó en Cancún. No volvieron".
"¿Hablas en serio?"
Alex no contestó a esto. Ella y su padre tenían una gran relación, pero no eran del tipo "bromista".
"¿Seguro que no se quedaron más tiempo?"
"Estoy seguro, papá. Hablé con el director de Quantico, Stitts, nos enviará a mí y a un agente Abernathy a Cancún para enlazar con los agentes de allí."
"Woah, espera un segundo. Alex, no creo que sea una gran idea. Los cárteles se han vuelto más agresivos últimamente, especialmente con el nuevo régimen hablando una vez más de construir este muro. Por lo general, se mantienen alejados de los centros turísticos, pero ahora han..."
"Es exactamente por eso que voy, papá. Creo que algo malo le pasó a Tori. Y yo debería haber estado allí para protegerla".
"Alex, Tori es una agente del FBI. El hecho de que no estuvieras allí..."
"No te he llamado para darte un sermón". Su voz subió dos octavas.
Brandon Frost hizo una pausa.
"¿Por qué me llamaste, entonces?"
No era malo, sólo directo. Todo lo contrario que en su vida política cotidiana, en la que cada palabra tenía un doble o triple significado, lo que hacía que lo que decía careciera de sentido.
"¡Porque no tengo a nadie más!"
Ahogó un sollozo.
"Te equivocas, Alex. Me tienes a mí", dijo su padre con rotundidad. "Siempre me tendrás. Si crees que necesitas ir a México, te apoyaré. Puedo hablar con gente que conozco en seguridad privada, ellos pueden..."
"No. Sólo voy allí a curiosear un poco".
"Alex..."
"No quiero decir no para siempre. Te llamaré si necesito tu ayuda, ¿vale? Ahora mismo, sólo necesito que estés ahí para mí".
"Lo estoy haciendo. Todo lo que tienes que hacer es llamar".
"De acuerdo, papá. Eso es lo que quería oír".
"Cuídate. Perdí a tu mamá..."
"Lo sé.
Brandon suspiró.
El hombre rara vez mostraba mucha emoción, consecuencia de su

profesión que requería un afecto casi apático, pero ahora lo hacía.

"¿Por qué no pudiste dedicarte al mundo del espectáculo como mamá?"

Alex sonrió.

¿Cuántas veces había dicho su padre algo parecido?

Al menos una vez al trimestre.

"¿Has visto la película "La Sustancia"?"

"No tengo mucho tiempo para películas estos días."

"Bueno, deberías verlo. Es super exagerado y super asqueroso, pero creo que tal vez estar en el mundo del espectáculo no es tan seguro como solía ser."

"Bien. Bueno, veré si puedo encajarlo en mi agenda. Cuídate, Alex. Y si pasa algo, lo que sea, llámame".

"Lo haré. Te quiero, papá".

"Yo también te quiero."

Alex colgó, fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Mientras lo hacía, se abrió la puerta principal.

"¿Con?"

"Sí, soy yo."

Alex se secó la cara y se reunió con él en la entrada.

Esperaba oler el alcohol en su aliento, rezumando por sus poros, e intentó no juzgar.

Sólo que no lo hizo.

"¿Vas a estar bien?", preguntó. Era extraño que fuera ella la que preguntara en vez de él, pero también era apropiado.

Con asintió mientras sacaba un papel.

"Tengo mis nombres, tal como sugeriste".

Había una tristeza tan increíble en la voz de Con que Alex se sintió inclinado a abrazarlo.

Lo hizo.

Alex rodeó su increíblemente delgado cuerpo con los brazos y lo apretó con fuerza.

"Te llamaré si encontramos algo", dijo.

Lo soltó y buscó en su bolsillo las llaves del coche del hombre.

"Toma. Puedes coger tu coche. También quiero que te quedes aquí mientras estoy fuera. Ya pensaremos en un acuerdo más permanente cuando vuelva".

"¿Seguro?"

Alex sonrió.

"Sí, necesito a alguien que alimente a mi gato y riegue mis plantas".

Las oscuras cejas de Con se fruncieron.

"¿Tienes un gato?"

"No", dijo Alex riendo. "Tampoco plantas. Quédate aquí, Con. Además...", cogió su teléfono y añadió un nuevo contacto. "No lo vas a necesitar. Pero por si acaso, he añadido el número de mi padre".

Con lo entendió, cogió su teléfono y las llaves.

Por un momento, Alex tuvo la extraña idea de que Con iba a inclinarse para darle un beso.

Alex no se apartó.

Nunca ocurrió.

"Yo... tengo que irme. Tengo que coger un avión".

Capítulo 22

La cerradura sonó y la puerta se abrió.

Tori pensó que había estado durmiendo, aunque no estaba segura. La completa oscuridad hacía difícil saberlo.

Si había estado dormida, ahora estaba bien despierta.

Le dolían tanto las piernas de estar sentada que, por mucho que quisiera, a Tori le resultaba imposible ponerse de pie.

Al menos esta vez no tuvo que entrecerrar los ojos; sólo la pálida luz de la luna se filtraba por la abertura.

Todavía había demasiada luz. Tori consiguió ver bien a Emma antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Tori había pensado que todas sus lágrimas se habían secado, pero no era el caso.

Sus conductos lagrimales trabajaron horas extras para exprimir unas gotas más.

Emma fue empujada al interior de la casa de huéspedes.

Estaba completamente desnuda y la sangre corría por el interior de ambos muslos.

No... ¿qué te hicieron?

Tenía moratones en brazos y piernas.

Pero fueron los ojos de Emma los que perseguirían a Tori por el resto de su vida. La cual, sospechaba, no iba a ser tan larga.

Emma cayó al suelo, sin hacer ningún movimiento para levantarse de nuevo.

"Eres la siguiente, *puta*", dijo con una sonrisa el hombre de los incisivos de oro y camisa abotonada.

Tori intentó escupirle pero sólo consiguió pringar la ya empapada mordaza.

El hombre extendió un dedo hacia ella, con una sonrisa creciente.

"Tú eres el siguiente."

Capítulo 23

Tras un vuelo de nueve horas, con una breve escala en Dallas Fort Worth, Alex aterrizó en Cancún poco después de las diez de la noche.

Tate, cuyo vuelo desde Virginia fue considerablemente más corto, se reunió con ella en el aeropuerto.

Tendría unos cuarenta o cincuenta años y el pelo castaño no era tan abundante como el de Stitts, que era cinco años más joven que él. También tenía un bigote bien cuidado.

Estos aspectos eran relativamente similares a la última vez que se habían visto en la boda de él y Chase. "Agente Frost", dijo Tate, tendiéndole la mano. Ella la estrechó.

"Llámame-" ella casi Frost pero por alguna razón, esto se sentía como algo que sólo Con debe hacer. "Alex."

"De acuerdo, Alex. Sólo Tate por mí". Observó su bolsa de viaje colgada de un hombro. "¿Tienes equipaje facturado?"

"No, sólo esto".

"Bien."

Alex ya había pasado el control de aduanas y, como se le aconsejó, no dijo nada sobre sus credenciales del FBI y declaró que sólo estaba aquí de vacaciones.

Empezaron por la terminal.

"Ya hablé con los Agentes Gleeson y Santiago. Empezaron a investigar a Emma y Tori, nada oficial".

"¿Vamos a reunirnos con ellos esta noche?"

Alex quería empezar de inmediato. Cuanto más esperaran, peor les iría a sus amigos.

En Estados Unidos, la frase común era que las primeras 48 horas de una investigación eran las más críticas.

Sospechaba que el plazo que tenían para encontrar a Emma y Tori era considerablemente menor.

Tate la decepcionó negando con la cabeza.

"Esta noche no. Cuando lleguemos al hotel, será medianoche. Quieren reunirse por la mañana".

"¿No crees que es demasiado tarde?"

Con le había hablado un poco de Tate, pero sospechaba que, al igual que su ex compañero, Tate había sido un hombre diferente hacía más de diez años, cuando habían seguido la pista de El Hombre de Arena.

Necesitaba sentirlo por sí mismo.

"No lo creo. Mira, yo también quiero empezar con esto, pero tenemos que ir con cuidado. Esto no es Estados Unidos. Nos movemos demasiado rápido, metemos las narices donde no nos llaman y las cosas pueden torcerse rápidamente. No es un juego de palabras".

Alex se permitió respirar hondo.

"De acuerdo".

Salieron a la calle, ignoraron a la docena de personas que se ofrecían a llevarles al hotel y se abrieron paso entre los turistas que se amontonaban en los autobuses.

Más allá de las dársenas de carga de autobuses, vieron un

Mercedes negro con los cristales muy tintados. Un hombre vestido de caqui y con una camisa de cachemira con los dos primeros botones desabrochados se apoyaba en él.

Los vio acercarse y les hizo una señal.

"Ese es nuestro transporte... parece que Gleeson arregló que alguien nos recogiera."

***

Además del conductor, los dos agentes del FBI de este lado de la frontera también les habían conseguido alojamiento en un hotel.

Nada lujoso, ni tampoco demasiado turístico. Un hotel sencillo de seis plantas en las afueras de la ciudad. El portero saludó al conductor y le entregó dos llaves.

El conductor se los pasó a Alex y Tate.

"Si necesitas que te lleve, llámame". El hombre tenía acento sureño. Luisiana o Alabama, tal vez. Les ofreció a ambos tarjetas de visita en las que se leía, simplemente: Wade Colton, seguido de un número de teléfono.

"Gracias".

"Hey, no hay problema."

Wade era un hombre apuesto. Ojos azules brillantes sobre una piel bronceada. De complexión decente, lo que Alex pudo ver por su camisa parcialmente desabrochada.

El hombre se retiró a su Mercedes y se marchó.

Alex examinó la llave de su habitación. Una simple etiqueta de plástico, más o menos del mismo tamaño que la tarjeta de visita que Wade les había entregado y que ella se había guardado en el bolsillo, y una llave metálica.

En la etiqueta estaba escrito el número 308.

Miró a Tate y le vio mirando su propia llave.

"307", dijo, fijándose en su número.

No había conserje ni botones. El hotel parecía más un apartamento que un hotel.

A Alex le gustó.

No hay universitarios ruidosos vomitando en el pasillo.

Después de tanto tiempo sentados en un avión, optaron por subir al tercer piso por las escaleras.

No vi a nadie por el camino.

Alex introdujo la llave en la cerradura de su puerta y se volvió para mirar a Tate.

Su habitación estaba al otro lado del pasillo.

"Oye, tengo un poco de hambre. ¿Quieres comer algo?"

Tate asintió.

"Claro".

"Dame diez y nos vemos aquí fuera".

"Suena bien."

Alex entró en su habitación.

Era pequeño pero limpio.

Simple, también. Tuvo más de esas vibraciones de apartamento. La cama estaba hecha a la manera típica de un hotel, bien apretada por todos lados. Almohadas mullidas. Esas estúpidas almohadas encima.

Pero, a diferencia de la mayoría de las habitaciones de hotel, había una cocina compacta pero aceptable, con fregadero, fogones y lavavajillas.

Más atrás estaba el cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta. Alex vio una auténtica ducha de cristal, no una bañera modificada.

No está mal, pensó.

Era la primera vez que viajaba por cuenta del FBI, pero había oído historias horribles sobre los lugares en los que otros agentes se veían obligados a alojarse.

Glorificados albergues, sólo que no compartías la habitación con otros huéspedes.

Los compartiste con chinches y cucarachas.

Alex dejó el bolso sobre la cama, se desnudó rápidamente y se metió en la ducha. El agua, fría como estaba, le sentaba de maravilla.

Cerró los ojos, apoyó las palmas de las manos contra la pared de azulejos, dejó que el agua cayera en cascada por su pelo, sobre su pecho.

Menudo torbellino de día.

Dos días.

Encontrar a Con, escucharle hablar maníacamente de su hermana y de su padre, que era más que probablemente, un asesino en serie.

Luego Tori y Emma.

Le sobrevino un temblor y cerró el grifo.

Odiaba tener que esperar hasta mañana para hacer algo.

Pero Tate tenía razón.

No podían precipitarse.

Si alguien se hubiera llevado a Tori y Emma y supieran que han venido agentes de EE.UU. a buscarlas, podrían entrar en pánico. Hacer algo que no pudieran deshacer.

Con esto en mente, Alex optó por ponerse algo menos que profesional: un bonito vestido de sol, azul pálido con un tulipán en la cadera.

Se recogió el pelo en una coleta tras un rápido cepillado y se calzó unas bailarinas. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, Alex vio una caja negra sobre la cama. Debía de haber estado allí antes, pero con las prisas no se había dado cuenta.

Alex abrió la tapa y sonrió.

Gleeson y Santiago no sólo les habían conseguido un coche y una habitación, también les habían dado armas.

Alex cerró la tapa, metió el teléfono y la tarjeta de visita de Wade en el bolso y salió al pasillo.

Tate la estaba esperando. Cuando vio lo que llevaba puesto, sus ojos se abrieron de par en par, solo un poco.

Este no era Harold Denten espeluznante. Sólo estaba... observando.

Alex se permitió una pequeña sonrisa.

"¿Quieres... llamar a Wade?" Tate preguntó.

Alex se lo pensó.

"No. Hace una noche preciosa. Caminemos y busquemos un lugar agradable al aire libre para comer algo".

"¿Y beber?" dijo Tate, enarcando una ceja.

La mueca de Alex se convirtió en una sonrisa.

"Oh, sí, una copa."

Capítulo 24

Cuando Frost se fue, Con tiró las llaves sobre la mesa de la cocina.

No los necesitaba.

No se iba a quedar aquí.

Su hermana llevaba muerta o desaparecida una década; Con podría pasar otros días sin encontrarla.

Frost había hecho la mayor parte de la colada, pero aún estaba en la lavadora. Buscó entre las prendas y tiró algunas de las más pesadas al suelo.

Era patético cómo su vida se había reducido a dos cargas de lavadora.

Tenía un bolso, lo cual, supuso, era algo. Sólo un trabajo por encima del hombro que Beth le había regalado años atrás para un cumpleaños o aniversario o alguna mierda.

Metió en ella ropa interior, un par de pares de vaqueros y camisetas.

Luego volvió al ordenador de Frost y empezó a buscar vuelos.

Sólo había un vuelo de John Wayne a Cancún esta noche. Con la escala, no aterrizaría en Cancún hasta primeras horas de la mañana.

No era lo ideal, pero no tenía otra opción.

Lo único que Con tenía, a pesar de su situación, era dinero. La mayor parte del dinero de la venta de la casa de su madre estaba en una cuenta reservada para pagar los gastos de su residencia asistida. El resto estaba en una cuenta cobrando intereses. Y dado que había vivido en su coche durante los últimos meses y que los únicos gastos que tenía eran alcohol y cigarrillos, tenía suficiente para volar en primera clase.

Con pidió el billete.

Tras ser despedido por el FBI, se había visto obligado a entregar su pistola y su placa. Marcus Allen había hecho toda una producción de esto, saboreando cada momento.

Con estaba tan enfadado que tuvo la tentación de coger la pistola y usarla contra su ex jefe.

En realidad no, pero...

Con confiaba en que, una vez llegara a suelo mexicano, conseguir un arma nueva sería tan fácil como agitar algunos de los muchos billetes que había sacado del cajero automático.

Aún le quedaban un par de horas antes de su vuelo, pero Con no perdió tiempo en coger un taxi que le llevara al aeropuerto.

Una vez allí, se encontró en el bar, porque eso era lo que hacía ahora.

Bebió.

Sólo para ayudarme a dormir en el avión, se dijo a sí mismo.

Tras ser despedido, Con se había convertido en un vagabundo, introvertido, solitario y recluso.

Evidentemente, también se había convertido en otra cosa.

Un mentiroso.

Le había prometido a Alex que se quedaría aquí y buscaría a "Mary".

Eso nunca estuvo en las cartas.

Con se iba a México.

Hasta la quinta cerveza, Con no se dio cuenta de que no había comprado el billete de vuelta.

Capítulo 25

Alex y Tate encontraron un bonito lugar al aire libre a menos de tres manzanas de su hotel: *La Cocina de la Familia.*

Alex, que acababa de mudarse al condado de Orange y se había criado en Nueva York, no sabía nada de español.

Tate, en cambio, tenía un conocimiento rudimentario del idioma.

Se sentaron frente a frente en una mesa para dos personas.

Una mujer guapa, de no más de veinte años, se acercó en cuanto se hubieron sentado.

"Ola". Les entregó menús impresos. *"¿Algo de beber?"*

La mujer debió de ver la confusión en la cara de Alex porque, antes incluso de que Tate pudiera contestar, dijo, en un inglés entrecortado: "¿Algo... para beber?".

Tate hizo un gesto con la mano, indicándole que fuera ella primero.

"Margarita, por favor."

"Corona, por fa vore", dijo Tate.

La camarera se fue y Alex volvió su atención al menú.

Todo estaba en español.

"¿Te apetecen tacos?" Tate preguntó.

"Claro".

"¿Carne o pollo?"

"Pollo".

"¿Picante?"

"No."

"Entendido."

Tate dejó su menú. La noche era cálida, pero no sofocante. A lo lejos, Alex oía música de discoteca.

Sus bebidas llegaron unos minutos más tarde y mientras Tate pedía su comida -tacos*, pollo, sin picante- Alex* atacó su bebida.

El margarita estaba fantástico, más salado que dulce. Se relamió los labios.

"Gracias por acompañarme", dijo cuando su copa llevaba más de una cuarta parte.

"Hola, falta un Agente. Estoy encantado de ayudar."

Alex asintió y bebió un poco más.

"Lo entiendo, pero podrían haber enviado a un agente más joven".

Tate permaneció callada. Aunque no hubiera sabido previamente que aquel hombre había sido compañero de Con, se habría dado cuenta en cuestión de minutos.

Tate no sentía la necesidad de llenar el aire vacío con charlas triviales. Alex tampoco; ella también había sido compañera de Con, pero el alcohol se le había subido a la cabeza.

Al igual que el estrés.

"Tengo la sensación de que si no fuera por Con, no estarías aquí ahora".

Tate se encogió de hombros, lo tomó como una invitación a abrirse un poco.

"¿Cómo está, de verdad?"

Alex suspiró y miró los escasos restos que quedaban en su vaso.

¿"Honestamente"? No muy bien. No", se corrigió. "No le va nada bien. ¿Sabes lo que pasó con Hugo Orman?"

"Sí. Una situación jodida".

"Tenía que hacerlo. Tuvo que poner su nombre en ese artículo para que Marcus Allen y el fiscal hicieran algo al respecto. Estaban todos con Hugo Orman. Después de eso... mierda, está durmiendo en su coche, Tate".

Tate hizo un gesto de dolor.

"¿Tan mal?"

"Peor. Está obsesionado".

Tate volvió a hacer una mueca, esta vez aún más dramática.

"Cuando perseguíamos a The Sandman, Con no durmió. Ni una sola vez, creo. Y cazamos a ese loco durante meses. Solía pensar que

era porque estaba muy decidido a capturar a Matthew Nelson Neil. Ahora, creo que era porque quería encontrar dónde estaba enterrada su hermana".

"Esa es la cosa, Tate, Con no cree que esté muerta."

Esto pilló a Tate desprevenido y a medio trago de cerveza. Balbuceó y se limpió la barbilla.

"*¿Qué?*"

"Es una larga historia". Tate esperó a que se explayara y Alex resistió el impulso. No es que no confiara en Tate, lo hacía o al menos eso creía, pero su lealtad estaba firmemente arraigada en su ex compañero. Dudaba mucho que Con quisiera que ella compartiera nada más con nadie, ni siquiera con Tate.

Cambió de tema.

"Tu boda fue bonita; siento no haber podido quedarme mucho tiempo".

"Fue un buen momento. ¿Luna de miel? No tanto".

Su comida llegó y Alex pidió otra margarita antes de empezar. Los tacos estaban increíbles. El Condado de Orange tenía excelente comida mexicana, pero esto era el siguiente nivel. Simple, pero auténtico.

El ambiente contribuyó a la experiencia.

"¿Cómo es estar casado con la Agente Adams? He oído hablar mucho de ella. Es una leyenda en Quántico".

Una media sonrisa cruzó los labios de Tate.

"¿Cómo es? Es... una experiencia". Se puso serio. "Ella es increíble. Sé que la gente, especialmente los agentes, tienen una idea de quién es Chase, pero ella es mucho más. Sin embargo, como todo el mundo, tiene sus demonios. No se pasa por lo que ella ha pasado, por lo que le pasó de niña, y se sale ileso".

Alex conocía la historia. Sabía que Chase había sido secuestrada con su hermana en una feria del condado. Chase escapó. Su hermana no había tenido tanta suerte. También se rumoreaba que Chase había sido drogadicto, pero Alex no lo creía.

"Y ahora trabajáis juntos, ¿verdad?"

"Sí. Formamos la Unidad de Víctimas Infantiles, centrada en delitos que afectan a niños o adolescentes". Tate ladeó la cabeza. "En realidad, sólo nos da rienda suelta para investigar los crímenes que queramos".

"La conocí en la boda, muy brevemente. Me encantaría colaborar con ella en un caso algún día".

"¿Qué? ¿No soy lo suficientemente bueno para ti?"

"No, yo..." Alex se dio cuenta de que Tate estaba bromeando. Esto era nuevo. Con no bromeaba. "Lo harás en un apuro."

"Gracias".

Terminaron de comer y caminaron juntos de vuelta al

apartamento.
"Gleeson y Santiago se reunirán fuera a las ocho", dijo Tate, muy serio ahora.
"Estaré listo."
Tate se detuvo fuera de su habitación.
"Y tienes mi número, ¿verdad?"
Él sabía que sí. Sólo se lo decía para recordarle que si necesitaba algo, él estaba ahí para ella.
"Sí, gracias".
Capítulo 26
Alex estaba lista para irse a las siete, pero esperó en su habitación sorbiendo café hasta que oyó abrirse la puerta del otro lado del pasillo.
Vestida con un atuendo informal, y con la pistola que le habían dejado en la cama metida en la parte trasera de los pantalones y la blusa puesta por encima, salió.
"Buenos días".
"Buenos días".
Hoy no había jovialidad en el tono de Tate. Llevaba caquis y un polo azul marino. El bulto en la espalda sugería que él también llevaba equipaje.
"¿Qué sabes de Gleeson y Santiago?". preguntó Alex mientras empezaban a bajar las escaleras, recordando lo que Tate le había dicho a Con sobre los agentes destinados en México.
"Yeahhh... En realidad no los conozco muy bien. Pregunté por ahí cuando me enteré de lo de Tori, los informes dieron positivo".
Alex se sorprendió al principio por la respuesta, pero comprendió por qué Tate había sentido la necesidad de mentir o estirar la verdad de la forma en que lo había hecho.
Para apaciguar a Con.
A pesar de lo temprano que era, el sol brillaba y Alex se arrepintió al instante de no llevar gafas de sol.
"¿Frost? ¿Abernathy?"
A Alex le costaba ver casi nada, así que se quedó cerca de Tate mientras caminaban hacia las voces.
Protegiendo sus ojos del sol, Alex acabó distinguiendo dos figuras claramente masculinas. Una era baja y rechoncha, la otra un poco más alta y, aunque no precisamente delgada, mucho más delgada que la suya.
"Soy Gleeson, este es Santiago", dijo el más alto de los dos.
"Tate Abernathy", dijo Tate, extendiendo su mano. "Y esta es Alex Frost".
Alex, aún cegada, le tendió la mano, sintió una palma callosa sobre la suya.

Sus ojos empezaron a ajustarse.

Ambos estaban bronceados, pero Santiago tenía la piel del color típico de alguien de ascendencia mexicana. También lucía un espeso bigote negro. Gleeson llevaba la cabeza afeitada, con barba incipiente a los lados y en la espalda.

Ambos iban vestidos de manera informal.

"Sube, conozco una cafetería cerca donde podemos hablar".

***

Tardaron quince minutos en llegar a la puerta de una cafetería de mala muerte. Dentro no había asientos, solo un mostrador para pedir de pie.

Gleeson les consiguió a todos cafés expresos en pequeñas tazas de cerámica.

"Llevamos aquí cuatro años, el mejor café del país", les hizo saber Gleeson con un aire de significativo orgullo.

Era demasiado amargo para el gusto de Alex, pero sonrió y asintió.

Se colocaron fuera de la tienda formando un círculo.

Gleeson sorbió de su taza y luego miró a Tate.

"Conseguí toda la información de tu hombre Linus en Quantico. ¿Tengo entendido que tú y el agente Bisson estabais unidos?"

Dado que estaba hablando con Tate, Alex tardó un momento en darse cuenta de que le correspondía a ella responder.

"Tori y yo pasamos juntos por la academia".

Retuvo el hecho de que se suponía que debía estar aquí con Tori en Cancún.

"Bien, tengo que sacar algo del camino. No tengo pelos en la lengua. Yo no soy así. Soy directo, al grano. ¿Esa otra mierda? ¿Mierda despierta? Eso funciona en los EE.UU.. No funciona aquí. *¿No es* así, Santi?"

Santiago asintió pero no dijo nada.

"¿Te parece bien?"

Alex no sabía qué otra respuesta podía dar que no fuera asentir, así que lo hizo.

"Bien. Bueno, el hecho de que las dos mujeres lleven desaparecidas más de dos días sin transacciones bancarias, sin comunicación por móvil, no es bueno."

A pesar de lo que Gleeson acababa de decir, Alex tuvo la sensación de que se esforzaba por ser educado.

Conocía las probabilidades. Por otra parte, también conocía las probabilidades con respecto a Val, y su opinión sobre si la hermana de Con estaba viva o no había cambiado considerablemente en los últimos días.

"Déjame preguntarte algo, Frost: Tengo entendido que Tori estuvo

aquí de vacaciones, ¿es así?"

"Sí."

"¿Cómo es su personalidad?"

Alex se encogió de hombros, de nuevo sin saber qué contestar.

"¿Es extrovertida? ¿Orgullosa de su trabajo?"

"Sí, a ambos".

"¿Le diría a la gente, a otros invitados, a los hombres que pudiera ligar, que era del FBI?"

Esto, Alex tenía que pensarlo. Tori era una mujer segura de sí misma y le encantaba ser agente del FBI. Su primera inclinación fue responder afirmativamente, lo habría hecho, también, si no fuera por lo que Tori le había dicho acerca de cómo iban las cosas en San Antonio. Cómo la habían relegado a "tareas de zorra".

"No lo creo. Creo que necesitaba un descanso de la política de oficina".

Gleeson frunció el ceño. El hombre tenía unos labios finos que desaparecían cuando ponía esa cara.

"De acuerdo. Terminen sus cafés, tengo un informante con el que podemos hablar".

Gleeson no esperó, cogió su taza ya vacía, se metió dentro y la puso sobre el mostrador. Le dijo algo en español al propietario.

Santiago siguió su ejemplo y Tate le devolvió a Alex su taza aún medio llena -apenas había tocado la suya, tampoco- e hizo lo mismo. Todos se amontonaron en el coche de Gleeson, una caja de mierda verde oliva genérica.

Condujeron lentamente por las calles, con los ojos de Gleeson fijos en la ventanilla.

"¿Por qué has preguntado si la agente Bisson habría mencionado que era del FBI?". dijo Tate tras unos minutos de silencio.

Los ojos de Gleeson nunca se apartaron del parabrisas.

"Los cárteles no joden con el FBI o la DEA. Demasiado peligroso. Saben que si pasa algo, gente como tú vendría al sur a buscarlos".

Gente como tú... Querrás decir gente como nosotros.

"¿Y si ella no lo mencionó?"

"Entonces ella es juego limpio."

A Alex le gustó esta respuesta aún menos que la primera.

Gleeson frenó de golpe.

"Quédate aquí", dijo mientras saltaba.

Alex fue empujado en el asiento delantero, se empujó a sí misma recta.

Tate hizo lo mismo, frunciendo el ceño todo el tiempo. Abrió un poco la puerta y puso el pie en el suelo.

¿Qué demonios está pasando?

Se habían detenido frente a una *Farmacia* encajonada entre una

Tacquería y lo que parecía ser una joyería que hacía tiempo que había cerrado sus puertas.

Gleeson corrió hacia el hombre que estaba fuera de *la Farmacia*.

Era unos centímetros más alto que Santiago y tenía el pelo corto y oscuro. Tatuajes descoloridos le cubrían los brazos y el cuello.

Cuando el hombre vio a Gleeson se preparó para correr, pero esta idea se desvaneció cuando el agente deslizó una mano por su espalda.

No sacó su arma, no tuvo que hacerlo.

La amenaza bastó para congelar al hombre en su sitio.

Siguió una breve discusión en la que Gleeson fue el que más habló. De espaldas al coche, Alex no pudo entender lo que decía.

Sin embargo, cuanto más hablaba, más incómodo se sentía el otro hombre, el CI.

Cambió el peso de un pie a otro, jugueteó con el cuello de la camisa.

Gleeson dejó de gesticular, esperando claramente una respuesta. Cuando no pareció obtener ninguna, alargó la mano, agarró al hombre por la camisa y lo empujó hacia el interior de la farmacia.

La vista de Alex estaba ahora parcialmente bloqueada por la calcomanía verde que cubría las puertas correderas que daban acceso a la tienda.

El confidente dijo algo y Gleeson le soltó. Intercambiaron algunas palabras más y Gleeson hizo algo que Alex tuvo que repetir para asegurarse de que lo había visto correctamente.

El agente Gleeson metió la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros y sacó lo que le pareció una pequeña bolsa.

El informante lo agarró y lo hizo desaparecer.

Mientras Gleeson cruzaba la calle de vuelta a su coche, Alex miró a Tate.

La expresión del hombre sugería que tampoco se había perdido el traspaso.

Tate negó con la cabeza mientras Gleeson volvía al coche.

Gleeson agarró el volante con ambas manos. Luego murmuró en voz baja: "Maldita liendre".

Tras un suspiro, Gleeson se volvió, y esta vez miró a Alex en lugar de a Tate.

"No es bueno, Frost. Nada bueno".

Capítulo 27

Esta vez, cuando sonó la cerradura, Emma no reaccionó.

Tori lo hizo, sin embargo. Su ritmo cardíaco aumentó, su respiración se hizo más rápida.

La puerta se abrió y apareció el mismo hombre de antes.

Sin ceremonia esta vez, sin intimidación.

Se limitó a señalar y Tori se puso de pie.

Volvió a mirar a Emma, que seguía desnuda, sentada con las piernas cruzadas en el suelo, como había estado desde que la metieron en la casa de invitados.

Los moratones habían empeorado a lo largo de la noche. En la cara interna de sus muslos se veía una colección de manchas moradas.

Parecían huellas dactilares.

Tori intentó mantener la compostura por el bien de su amiga.

Imposible.

Con las piernas temblorosas, se dirigió lentamente hacia la puerta.

Molesto por su falta de rapidez, el hombre la agarró por el cuello y tiró de ella hacia delante.

"Muévete, *puta*."

Tori estuvo a punto de caerse, pero consiguió mantenerse en pie por pura voluntad. Caer le valdría una patada en las costillas o algo peor.

Ahora sabía que era inútil. Que tanto ella como Emma estaban muertas.

Sin embargo, algunas partes de su cerebro se negaban a apagarse y rendirse. Mientras caminaba, tan despacio como se atrevía, Tori escudriñaba a izquierda y derecha.

El recinto no era tan grande como había pensado al salir del maletero. La fachada era impresionante, tal vez treinta metros de ancho, pero la propiedad probablemente sólo tenía la mitad de profundidad. Más allá estaba el campo de fútbol.

El hombre la dirigió bruscamente hacia una entrada lateral custodiada por dos hombres corpulentos con fusiles de asalto sujetos al pecho. La miraron con desprecio mientras uno de ellos abría las puertas y se hacía a un lado.

El interior de la mansión era fresco, casi frígido. Los suelos eran de baldosas y el interior estaba pintado de un blanco médico. Pinturas de paisajes dorados salpicaban las paredes. Aunque había entrado por un lateral, Tori vio que la entrada era grandiosa, con dos escaleras serpenteantes con gruesas barandillas de madera que conducían a un amplio rellano.

En algún momento, Tori dejó de caminar y el hombre la empujó por la espalda.

Hizo un gesto de dolor y volvió a moverse.

"Detente", le ordenó cuando llegó al centro del vestíbulo.

Entonces el hombre silbó.

"¡El Cuervo!"

Tori estaba temblando ahora.

Estaba en pleno temblor cuando un hombre salió de una de las habitaciones de arriba y se dirigió hacia el centro del rellano.

Sus manos, adornadas con varios anillos de oro, se apretaron contra la parte superior de la barandilla.
El hombre era joven, de unos treinta años, y bien parecido. Sin barba ni bigote, pelo corto y oscuro peinado hacia un lado.
Llevaba un traje de color carbón claro y una camisa blanca, sin corbata.
El hombre que estaba a su lado inclinó la cabeza.
"*Gracias*, Emiliano", dijo el hombre. Su voz era extrañamente tranquilizadora.
Los ojos de El Cuervo se posaron en Tori y se quedaron allí. Escaneó su cuerpo.
Empezó a sonreír.
Tori pensó entonces en Emma, en lo que este hombre, o estos hombres, le habían hecho. También consideró que su amiga probablemente había pasado por exactamente lo mismo que ella estaba pasando ahora.
Ser puesto en exhibición.
¿Qué había hecho Emma?
¿Conocerla? Probablemente nada.
Tori decidió entonces que si iba a ser violada y asesinada, no iba a caer sin luchar.
El cholo que la había sacado a rastras de la pensión seguía a su lado, con la cabeza inclinada en señal de referencia.
Tori cambió de peso.
Luego ladró.
No estaba segura de por qué hizo eso en lugar de gritar, pero lo hizo.
En cuanto Emiliano miró en su dirección, Tori empujó su frente en su dirección.
Tomado completamente por sorpresa, el golpe fue directo. Su cráneo aplastó la nariz del hombre y el crujido resonó en los techos de la catedral.
Gimió y El Cuervo gritó algo.
Tori corrió.
Estaba en plena forma. Sabía que en circunstancias normales sería capaz de dejar atrás a Emiliano y probablemente a la mayoría de los guardias. No sus balas, pero eso no importaba.
Pero las circunstancias distaban mucho de ser normales. Estaba deshidratada, hambrienta y le dolían los músculos de tanto tiempo sentada.
Y sus manos seguían esposadas detrás de ella.
Casi llega a la puerta principal cuando algo la golpea en la espalda y la hace caer.
Sin sus manos para frenar la caída, la barbilla de Tori se estrelló

contra las baldosas, abriéndose instantáneamente la piel y disparando estrellas a través de su visión.

Gimió y trató de darse la vuelta.

Emiliano estaba de pie junto a ella, con la nariz ensangrentada y la boca llena de sangre. Le apuntó a la cabeza con una pistola plateada cómicamente grande.

Hazlo, Tori instó. *Hazlo, joder*.

El brazo de Emiliano se tensó.

"¡Emil!"

El hombre no pareció oírlo. Entrecerró un ojo y ajustó la puntería.

"¡Emil!"

El hombre se relajó, bajó el arma.

"Muéstrale", dijo El Cuervo.

Tori no tenía ni idea de lo que eso significaba.

Emiliano se pasó un antebrazo peludo por debajo de la nariz, manchando la sangre.

"Muéstrale", repitió El Cuervo.

Emiliano la alcanzó con una mueca de desprecio.

Tori intentó zafarse, pero su energía estaba agotada.

Enredó una mano en su pelo y tiró. Tori sintió que su cuello se estiraba y gritó.

Para ser tan pequeño, Emiliano era fuerte. La hizo girar sin esfuerzo y la arrastró por el vestíbulo.

Se empujó con las plantas de los pies para evitar que le arrancaran todo el pelo del cuero cabelludo.

Emiliano empujó una puerta y la arrastró fuera.

Tori suspiró cuando por fin le soltó el pelo.

"Arriba", ordenó.

Tori no se movió.

"Arriba".

Esta vez, hizo un gesto con la pistola.

Empezó a moverse, pero sus esfuerzos eran demasiado lentos para el gusto de Emiliano.

El hombre volvió a agarrarla por el pelo y Tori, temiendo el dolor, prácticamente se puso en pie levitando.

"Mira". Señaló el campo de fútbol con la pistola y Tori giró la cabeza.

Un solo hombre estaba de pie en el campo. Iba sin camiseta y tenía todo el cuerpo cubierto de tatuajes. Cada centímetro cuadrado de su piel estaba manchado de tinta oscura, desde la cintura hasta el nacimiento del pelo.

Fumaba un cigarrillo y regateaba un balón de fútbol.

"Mira", rebuznó Emiliano.

Estoy buscando, estoy buscando...

El hombre que estaba en el campo debió de oírlo, porque dejó de regatear y echó un vistazo. Puso un pie sobre el balón y los miró fijamente.

A unos cuarenta metros de distancia, Tori tenía dificultades para distinguir alguno de sus rasgos faciales aparte de la mancha de tatuajes.

"Mira", dijo Emiliano por tercera vez, esta vez directamente a su lado.

"¿Qué coño se supone que tengo que mirar?"

Incluso Tori no podía entender sus propias palabras con la mordaza.

Emiliano utilizó la pistola para apuntar de nuevo al hombre tatuado y luego la bajó hasta el balón de fútbol que tenía bajo un pie.

Y entonces Tori vio.

Inmediatamente se le subió la garganta y tuvo arcadas.

El hombre no estaba jugando con un balón de fútbol.

Había estado pateando una cabeza humana.

Capítulo 28

"Los llaman regalos", dijo Gleeson.

"¿Qué?" Alex no le seguía, y aunque sabía que lo mejor era callarse y dejar hablar a Gleeson, no pudo evitarlo.

Gleeson arrancó el coche y le dijo a Santiago: "Llama a Tatum. Vamos a necesitar su ayuda en esto".

"¿Qué quieres decir con regalos?" preguntó Alex.

Tate se tensó a su lado.

"¿Has oído hablar de las Mujeres Desaparecidas de Juárez?"

Alex rechinó los dientes, deseando que el hombre fuera al grano.

"No."

"Bueno, desde hace unos diez años, quizá incluso más, han desaparecido mujeres jóvenes que trabajan en Juárez. Trabajan en fábricas estadounidenses, Maytag, LG, ese tipo de mierdas. Mano de obra barata, y debido al TLCAN, no hay tasas de importación. Hasta que el nuevo régimen cambie todo eso.

De todos modos, estas mujeres, chicas en realidad, trabajan muchas horas, toman autobuses para ir y volver de sus casas al trabajo. A menudo salen de madrugada tras un largo turno. Los miembros de bajo nivel de los cárteles que quieren impresionar a sus jefes merodean por la zona y, si encuentran a alguna sola, la agarran. Los regalan a los miembros que están más arriba en la cadena alimentaria. Les recompensan con mayor estatus o droga. Dinero en efectivo".

"¿Esto ha estado ocurriendo durante diez años?" preguntó Tate, sonando dudoso.

Alex dejó que las palabras de Gleeson dieran vueltas en su cabeza.

"Más largo, probablemente".

"¿Y nadie ha hecho nada al respecto?"

"Los Federales lo han intentado. Pero estas mujeres no le importan a nadie. Son pobres, viven al margen de la sociedad. Nadie habla, preocupados por la reacción del cártel".

"Jesús".

"Ya te lo dije, Abernathy, las cosas son diferentes aquí".

"¿Qué tiene esto que ver con Tori y Emma?" Alex interrumpió.

"Bueno, por lo visto, hace tan sólo un año, los locales ya no servían. Ya sabes cómo es, cuando algo es fácil, todo el mundo lo hace. Rápidamente pierde su encanto".

Una vez más, Alex fue incapaz de contenerse.

"Estamos hablando de personas, ¿verdad?"

"Ya te lo he dicho, Frost, lo digo como es. Y así son las cosas. Los cárteles se aburrieron de sus regalos".

Ahora, Alex lo entendía.

"Empezaron a secuestrar turistas", dijo en voz baja. Un sollozo se le atascó en la garganta y lo ahogó.

"Sí. Eso es lo que me dijo el informante. Dijo que algunos de los cárteles querían ir más allá, y estos cabrones emprendedores lo llevaron al siguiente nivel. Secuestraron a algunos turistas".

¿Escoria emprendedora?

Alex creía que apreciaría la franqueza de Gleeson, pero ahora le parecía deplorable.

Sus sentimientos se reflejaban claramente en su rostro, que Gleeson observó por el retrovisor.

"¿No te gusta cómo hablo, Frost? Si tienes un problema conmigo, siempre puedes volver-"

"Tómatelo con calma", dijo Tate. Esto provocó una mirada mordaz de Gleeson. "Estamos en el mismo bando y agradecemos tu ayuda, pero no estamos hablando de un colega cualquiera".

Gleeson flexionó la mandíbula y Santiago le sustituyó.

Alex estaba segura de que era la primera vez que oía hablar a aquel hombre. Tenía un acento mexicano muy suave.

"Mi hermana es una de las Mujeres Desaparecidas de Juárez".

Alex se sorprendió.

continuó Santiago.

"Me trasladé a Estados Unidos con mi padre hace años, pero mi madre y mi hermana se quedaron. Hace cuatro años, mi hermana desapareció. No trabajaba en las fábricas, pero Sofía vivía con mi madre en la zona. Quedó con una de sus amigas después del trabajo, quería ir a una discoteca. *Mi madre* no volvió a verla".

"Lo siento", susurró Alex.

Santiago no era tan apático como Gleeson, pero compartía la

actitud inusualmente tranquila de este hombre.

"Como dijo Gleeson, las cosas han cambiado en México", continuó Santiago. "Antes, los cárteles se mantenían alejados de los lugares turísticos. Bueno, se mantenían fuera de la vista, al menos; seguían sacando su tajada. El turismo es una industria de 30.000 millones de dólares en México. Pero ahora... no les importa. La semana pasada, un hombre de Nueva York fue secuestrado en un centro turístico. Lo encontraron atado y con los ojos vendados en la selva. Afortunadamente, estaba vivo. Unas semanas antes de eso, estalló una pelea entre el Sinaloa y Los Cuervos Negros. Dispararon armas automáticas contra un popular centro turístico. Una mujer de California murió en el fuego cruzado".

Por mucho que Alex sintiera la pérdida de Santiago y apreciara la breve lección de historia, ella estaba aquí por una sola razón.

"¿Crees que Tori y Emma fueron recogidas? ¿Que son... regalos para un cártel? ¿Es eso lo que tu informante te dijo?"

"No. Mi informante no está tan bien conectado como solía estarlo. Sólo mencionó que escuchó rumores sobre turistas como objetivo para "regalos". Y esta charla ha aumentado en los últimos días ".

"¿Crees que eso es lo que les pasó a esas chicas de Canadá?"

"No lo sé. La RCMP se puso en contacto con nosotros, pero luego nos pidió que nos retiráramos. Por lo que sé, nunca los encontraron", respondió Gleeson.

Estaba claro que al hombre no le gustaba que le desafiaran.

Alex no creía nada de esto-creía lo de las Mujeres Desaparecidas de Juárez, pero no que Tori y Emma fueran 'regalos'.

Eso era... imposible.

Gleeson siguió conduciendo por Cancún, alejándose cada vez más del centro de la ciudad. Las luminosas tiendas características de las zonas turísticas empezaron a atenuarse y parecían tener una relación inversa con el número de personas que paseaban por las calles.

Redujo la velocidad en lo que a Alex le pareció una zona aleatoria, y luego se detuvo inesperadamente junto a un coche aparcado. Al igual que la caja de mierda de Gleeson, este coche tenía los cristales muy tintados, lo que impedía ver el interior.

A diferencia de su coche, este no era un batidor de diez años.

Era un elegante Mercedes negro.

"Este es él, ese es Tatum."

Alex esperó a que Gleeson saliera para hacer lo mismo. Tate y Santiago le siguieron.

En cuanto estuvieron al descubierto, se abrió la puerta del otro coche.

El hombre que salió era más alto que Gleeson y Tate. Un metro ochenta. Barba espesa y oscura, gorra de béisbol calada, protegiéndole la cara del sol. Llevaba una camiseta ajustada a los anchos hombros.

"Agente de la DEA Kai Tatum, estos son los agentes Frost y Abernathy", dijo Gleeson.

No extendió la mano; en su lugar, el hombre cruzó los brazos sobre el pecho.

"Me alegro de verte, Gleeson", dijo Tatum, ignorando a todos los demás.

Gleeson asintió.

"Ojalá fuera en otras circunstancias. Hablé con mi informante, cree que las dos mujeres desaparecidas podrían ser regalos".

Tatum gruñó con desaprobación.

"Eso no lo sabemos", dijo Alex instintivamente. No estaba dispuesta a aceptar la idea de que Emma y Tori fueran "regalos".

Fue una locura.

Insondable.

Tatum inclinó la cabeza hacia atrás.

"¿Llevan dos días fuera?"

"Serán tres esta noche", corrigió Tate.

"Eso no es bueno."

No me digas, Tatum.

"Hablé con mi informante", dijo Gleeson, ignorando las palabras de Alex. "Dijo que algunos *cholos* han estado parloteando sobre cómo Sinaloa o Los Cuervos Negros pagan buen dinero por regalos gringos".

Ahora, Alex se estaba enfadando.

Pero si alguien se dio cuenta, no pareció importarle.

"Sinaloa", dijo simplemente Tatum.

"¿Has oído algo?" Preguntó Gleeson.

"Oí que Los Cuervos planeaban interceptar un gran cargamento de Sinaloa que se dirigía al norte. Se están volviendo más agresivos".

Gleeson asintió como si aquello tuviera sentido para él.

Nada de aquello tenía sentido para Alex. Hablaban en inglés, estaba segura, pero por lo que ella entendía, bien podrían haber estado hablando en español.

No, español no.

Maldito árabe.

"¿Y los clubes?" preguntó Gleeson.

"Tras el tiroteo, los federales han aumentado su presencia. Aunque no pueden hacer mucho".

"Bueno, al parecer, ya han hecho bastante", soltó Alex.

Tatum la ignoró.

"Gleeson, si se llevaron a estas mujeres, apuesto por Sinaloa".

Alex había terminado con esta conversación privada.

Era hora de implicarse.

"Bien. Si creen que el cártel de Sinaloa tiene a Tori y a Emma, deberíamos ir allí. Ir a ellos".

Tatum y Gleeson intercambiaron miradas, y una sonrisa de satisfacción apareció en los labios del primero.

"¿Qué?" Alex estalló. "¿Qué coño tiene esto de gracioso?"

"No tiene nada de gracioso. Pero no sólo vas al cártel de Sinaloa".

"¿Por qué no?"

"En primer lugar, su principal bastión está en Oaxaca. A casi tres horas de vuelo", dijo Tatum, con voz condescendiente. "En segundo lugar, la gente que va allí, no vuelve".

"¿Qué quieres decir?"

Santiago intervino, intentó aliviar la tensión.

"Agente Frost, los cárteles no se meten con el FBI", miró a Tatum, "ni con la DEA. Pero los bastiones están fuertemente vigilados. Ni siquiera podremos acercarnos".

"Entonces llamamos a los federales y al ejército", dijo Alex, redoblando la apuesta.

Sabía que se le notaban los galones de novata, pero ¿qué coño?

Hablaban de un agente del FBI. Y un ciudadano estadounidense.

"Si lo hacemos, habrá un tiroteo, con el FBI o la DEA o sin ellos. Estos cárteles tienen sus propios ejércitos. Ejércitos con más soldados y más armas que todo el gobierno mexicano. Pero incluso si no tuvieran esta potencia de fuego, en el momento en que descubran quiénes somos, matarán a tus amigos y quemarán sus cuerpos".

Joder.

"Tiene razón", dijo Gleeson.

No necesito tu confirmación, imbécil santurrón.

"Tengan en cuenta que el FBI no tiene jurisdicción oficial aquí. Facilitamos la cooperación entre el FBI y las fuerzas del orden mexicanas. Nuestro trabajo es apoyar la delincuencia internacional y compartir información. Estamos aquí en calidad de asesores y diplomáticos. Eso es todo", continuó el hombre.

Alex detestaba al agente Gleeson.

Todo en aquel hombre le resultaba desagradable. Estaba el trato con los pacientes y estaba el ser franco.

Gleeson estaba fuera del puto espectro.

En el lado *equivocado*.

"Bueno, ¿qué coño hacemos entonces?"

"Tratamos esto como cualquier otra investigación", dijo Gleeson.

Alex abrió la boca para increparle, pero Tate la silenció con un gesto de la mano.

"Vamos al último lugar donde fueron vistos".

Capítulo 29

Con aterrizó hacia las diez de la mañana. Ya había estado dos veces en México, una cuando tenía siete años con su familia y otra, años después, con unos amigos de su anterior trabajo en la empresa de seguridad privada.

Mucho había cambiado, aunque, para ser justos, sus recuerdos de ambos viajes eran borrosos; el primero se vio empañado por su falta de recuerdos de la infancia, el segundo por el alcohol.

Con evitó a los buitres del aeropuerto y tomó un taxi hasta los límites de la ciudad. Cancún no era del todo un destino turístico; aún quedaban algunas zonas de la ciudad que no habían sido invadidas por la industria, pero la mayoría de la gente tenía *cierto* dominio del inglés. Con los años, Con también había aprendido un poco de español en OC.

Sospechaba que esto también le sería útil.

En muchos aspectos, Cancún era diferente de OC o de cualquiera de las otras ciudades estadounidenses al norte de la frontera.

En muchos aspectos, era similar.

Si querías algo ilícito, sólo tenías que saber dónde buscar.

Con encontró el lugar que buscaba. Un bar de mala muerte llamado El Agujero. Fuera, varios mexicanos estaban de pie fumando cigarrillos liados a mano. Cuando se llevaron los cigarrillos a los labios, dos de los tres hombres, que podían tener entre 45 y 65 años, tenían tatuajes en los nudillos.

Con pagó al taxista y se bajó.

Aún no eran las once, pero el sol calentaba. El sudor se formó de inmediato en la parte baja de su espalda.

Con estaba acostumbrado al calor, y esto no le molestaba.

Sin mirar a los hombres, Con entró.

Le recibió una luz tenue y música suave.

No AC.

Sólo había otros cuatro clientes, todos menos uno eran ancianos, y todos estaban ya borrachos.

Todos se le quedaron mirando, pero era de esperar. Los gringos no solían entrar en lugares como éste, y mucho menos como si fueran de la casa.

Con se acercó a la barra pero no se sentó.

El camarero, un hombre tacaño con gruesas bolsas bajo los ojos y

manchas de hígado en su cuero cabelludo curtido y calvo, dejó de limpiar un vaso con un trapo mugriento y se acercó.

"Esto... no son turistas", dijo en un inglés entrecortado, utilizando el trapo para indicar el interior del bar.

"No soy turista". Como la expresión del hombre no cambió, dijo: *"No turista*".

El hombre gruñó.

"Cerveza". Con señaló el vaso. "Limpia".

Todavía con cara de disgusto, el camarero le sirvió un vaso de Tecate de un pitorro en el mismo vaso que había estado "limpiando".

Estaba asqueroso, pero Con bebió de todos modos. No estaba aquí para hacer amigos, pero tampoco para hacer enemigos.

Maldita sea, la cerveza sabía bien, vaso sucio o no.

Con tragó saliva y suspiró.

Tópico, pero qué demonios. Los vuelos siempre le dejaban reseco y necesitaba la bebida.

Los demás clientes, incluidos los que habían terminado de fumar fuera, habían vuelto a sus bancos. Todos le miraban, pero tras terminar su primera cerveza y pedir otra, pronto perdieron el interés.

Estaba a punto de terminarse la bebida cuando por fin decidió llegar a la razón por la que había venido a este agujero de mierda.

"*Señor, busco protección*", dijo en voz baja.

El hombre le miró, entrecerró los ojos todo lo posible dadas las gruesas bolsas que tenía debajo.

"Sin protección", dijo rotundamente.

Bien.

Con repitió la pregunta, esta vez más alto.

"Pecado".

Con engulló la bazofia que quedaba en su vaso. Luego pagó, asegurándose de enseñar algo de dinero al hacerlo.

Dejó una propina decente.

Fuera, Con encendió un cigarrillo. Le había dado dos caladas antes de que uno de los clientes más jóvenes se le uniera.

"*¿Cigarrillo?*"

Con le dio un cigarrillo.

El hombre dio una calada. Con vio un cuervo negro tatuado en la cincha entre el pulgar y el índice.

Sin decir nada, el hombre levantó la barbilla hacia el callejón que había junto al bar.

Él se movió primero, Con le siguió.

Hacía unos diez grados menos a la sombra.

"¿Buscas protección?" A Con le sorprendió lo bien que hablaba inglés. Tenía unos ojos extrañamente pálidos que no hacían juego con su pelo negro azabache, recogido en una coleta corta.

"Sí."

El hombre miró a su alrededor, confirmó que estaban solos y se levantó la parte delantera de la camisa, mostrando una pistola negra metida en la parte delantera del pantalón.

Con asintió y el hombre lo sacó.

"$500."

Con hizo un gesto de "dámelo" y el hombre se lo entregó. Pesaba mucho, buena señal.

La giró en su mano y comprobó la corredera y el cañón.

"Sin rastro".

Con deslizó la mano sobre la culata.

Apretó el agarre.

"500 dólares", repitió el hombre, y Con levantó lentamente la pistola.

El hombre no se amilanó.

Ni siquiera se inmutó cuando Con apuntó directamente al centro del pecho del hombre.

Capítulo 30

Metidos en la parte trasera de la caja de mierda de Gleeson -si el hombre hubiera gastado la mitad de lo que gastaba en asegurarse de que el aire acondicionado funcionaba en lugar de tintar sus ventanas, estarían mucho mejor-, la pierna de Alex rebotó arriba y abajo.

"Deberíamos haber pedido a Wade que nos llevara", murmuró en voz baja.

"¿Qué es eso?" preguntó Gleeson.

"Nada."

Con el agente de la DEA Tatum tras ellos, condujeron hacia el centro de la ciudad. Cuanto más se acercaban, más lujosas se volvían las cosas.

Según los recibos de las tarjetas de crédito de Tori y Emma, habían pasado la noche del lunes en Paradise Pulse. Allí era donde Alex esperaba que se dirigieran, aunque a esas horas, poco antes del mediodía, no creía que el local estuviera abierto.

Pero nunca se sabe, después de todo, esto era Cancún.

Excepto que pasaron junto al club y no se detuvieron. Alex giró el cuello y lo vio pasar.

"Oye, ¿no vamos al club?"

"El hotel", dijo Gleeson. "Empezamos allí."

El hombre se había hecho cargo del caso. Se había apoderado de todo.

Por ahora.

El hotel Temptation no era un complejo turístico, lo que habría complicado las cosas. Todos los complejos turísticos de Cancún tenían casetas de vigilancia, a veces varios puestos de control, para mantener

alejada a la gentuza. Ellos no eran gentuza, pero querían mantener su presencia en México lo más clandestina posible.

Si se corría la voz, si llegaba a oídos de los Negros de Sinaloa o de Los Cuerv... quienes coño fueran, podrían verse incitados a cometer alguna imprudencia.

Si no hubiera ocurrido ya algo de esa naturaleza.

Alex no se permitió pensar en esto.

Tori estaba enferma, tal vez, o se había quedado dormida.

Siempre he tenido el sueño pesado, sobre todo después de unas copas.

Alex negó con la cabeza.

Sí, ¿durante casi tres días?

De vuelta en suelo estadounidense, había esgrimido exactamente el argumento contrario para conseguir que el Director Stitts se moviera en esto.

Pero ahora que estaba aquí, ahora que se había enterado de lo que estaban haciendo los cárteles, su mente se dirigió a un lugar más seguro.

Los paralelismos entre lo que estaba considerando ahora -cercano a creer una improbabilidad estadística- eran similares a la actitud de Con hacia su hermana desaparecida.

Alex sintió por su ex pareja e instintivamente sacó su teléfono.

Había prometido enviarle un mensaje de texto todas las noches y ayer se había olvidado de hacerlo. El hecho de que Con no le hubiera enviado un mensaje preguntándole dónde estaba, si estaba bien, era una mala señal.

O estaba tan absorto rastreando a esas Marys o estaba bebiendo otra vez.

Tal vez ambas cosas.

Con ya había demostrado que no eran tareas mutuamente excluyentes.

Estoy a salvo. Sigo buscando a Tori. Los agentes locales creen que podrían haber sido secuestrados por el cártel de Sinaloa o los Curvos Negros (sp).

Esperó una respuesta mientras entraban en la calzada redonda y aparcaban bajo el saliente del Hotel Temptation.

Un botones se puso inmediatamente en marcha, con una sonrisa en la cara, pero cuando vio salir a Gleeson desapareció y retrocedió.

Gleeson se recostó en el coche y dijo: "Conozco a esta gente. Es mejor que te quedes aquí". Hizo un gesto hacia Santiago, que se unió a él.

Cuando se abrieron las puertas correderas automáticas, Tate se secó el sudor de la cara.

"No me quedaré aquí."

"Yo tampoco".

Ella no confiaba en Gleeson.

Cuando salieron del coche, Alex miró detrás de ellos. El coche de Tatum estaba aparcado junto a la acera, pero no podía ver su interior.

Tampoco estaba segura de confiar en el agente Tatum de la DEA.

Ahora que lo pienso, no se fiaba de nadie en México.

Uno al lado del otro, Alex y Tate entraron en el vestíbulo.

Sonaba música alegre y corría aire fresco por todo el edificio. En el centro había una fuente de agua, una gran piscina rectangular con un elemento central cuadrado elevado. El agua salía por unas rendijas horizontales en el lateral y los sonidos tranquilos del agua se mezclaban con la música.

Puede que tenga el efecto deseado en algunos, pero no funcionó con Alex.

A la derecha había una gran zona de facturación, a la izquierda una serie de puestos que anunciaban viajes de buceo y submarinismo.

Todo estaba abierto, lo que permitía ver una gran piscina.

Un puñado de chicos en edad universitaria reían y chapoteaban.

Tate la guió suavemente hacia una sección de asientos semicirculares con vistas a la piscina.

Se sentaron y observaron.

Gleeson y Santiago estaban situados en la recepción, hablando con una de las recepcionistas. La mujer tenía una expresión agradable en el rostro, pero ésta parecía forzada.

Alex observó cómo la recepcionista tecleaba en su ordenador antes de sacar un gran libro de debajo del mostrador.

Sus ojos se desviaron hacia el grupo de la piscina. Dos hombres musculosos cogieron a una chica en bikini de tirantes. Ella chilló cuando la tiraron al agua.

Esto le hizo pensar en Tori y, por doloroso que fuera, forzó su atención de nuevo al interior del Hotel Tentación.

Un hombre le llamó la atención al instante. Como los chicos de la piscina, era universitario. Quizá un poco mayor. Bien parecido, pelo desgreñado. Hablaba con uno de los botones. Dijo algo y el botones, un poco mayor que él, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

A Alex le pareció extraña esta interacción. Parecía un huésped del hotel, pero no actuaba como tal.

Claro, los universitarios podían, ocasionalmente, ser amables -no todos eran como Jake Lawson y Ethan Kim en la UCLA-, pero esto parecía más que amable.

Esto me resultaba familiar.

Alex se inclinaba a ir a hablar con el hombre, sólo preguntarle por la rara posibilidad de que hubiera visto a Tori o Emma, pero su vista fue bloqueada de repente por Gleeson y Santiago.

A Gleeson no le hizo ninguna gracia que ella y Tate no hubieran obedecido sus instrucciones de permanecer en el coche.

"Emma y Tori se fueron el lunes por la mañana", dijo Santiago.

Sí, ya lo sabemos.

"¿Los recuerda el empleado?"

"No. No estaba trabajando esa mañana."

"¿Y las cámaras?" preguntó Tate.

Al decir esto, Alex levantó la vista. Vio dos de las cámaras circulares sujetas a las vigas del techo.

"Los hay", confirmó Gleeson. "Pero están estropeados desde hace una semana".

"Joder", refunfuñó Tate.

"Dijeron que podemos revisar las cintas de su llegada, sin embargo. Las cámaras estaban en línea entonces".

"No", dijo Alex. No necesitaban ver *llegar a* Tori y Emma, necesitaban verlas irse, maldita sea.

Necesitaban saber cuándo y con quién.

"¿Y sus habitaciones de hotel? Si les pasó algo en el club, sus cosas podrían estar aún en sus habitaciones".

Gleeson negó con la cabeza.

"He preguntado. Las habitaciones estaban vacías y ya han sido atendidas".

"¿Vacío?" preguntó Alex.

"Sí. La recepcionista me ha dicho que tienen una lista de los objetos que se olvidan en las habitaciones. A veces, los huéspedes vuelven a casa y descubren que se han dejado su rizador de pelo favorito o un altavoz portátil. El hotel se los devuelve por correo, previo pago, claro". No había nada en la habitación de Emma y Tori".

"¿Nada?" Alex estaba desesperado ahora.

Gleeson no lo justificó con una respuesta.

"Podemos ir a mirar si quieres", se ofreció Santiago.

"Si está vacío, está vacío", dijo Tate, sonando tan abatido como se sentía Alex. "Yo digo que vayamos al club".

"De acuerdo".

Cuando Gleeson y Santiago se dieron la vuelta, Alex trató de encontrar de nuevo al apuesto hombre hablando con el botones.

Ambos habían desaparecido.

Capítulo 31

Tori apenas podía caminar. Le dolía todo. Dolía *mucho*.

Su barbilla partida era ahora la menor de sus preocupaciones.

La habían violado al menos tres veces. Perdió la cuenta después de la tercera.

Las dos primeras veces, una de El Cuervo en persona, habían sido brutales. Invasivas, dolorosas, atormentadoras.

Tori había intentado luchar al principio, pero rápidamente se quedó sin fuerzas. Emiliano mirando, lascivo, su arma cruzada delante de él, tendía a tener ese efecto en una persona.

Incluso en alguien con tanta fuerza de voluntad como la agente Tori Bisson.

Durante su formación, había analizado docenas de estudios de casos de mujeres que habían sido mantenidas cautivas y obligadas a realizar actos atroces a su captor. Como mecanismo de autoconservación, casi todas las víctimas se habían disociado. Decían sentirse "fuera de su cuerpo", observadoras pasivas en lugar de participantes activas. Se fueron a otro lugar, recordaron una época más feliz.

Mariposas y piruletas y todo eso.

Incluso conociendo estos hechos, no hizo nada para evitar que Tori promulgara un proceso similar.

Salvo que lo único que inundaba su mente eran imágenes de la cabeza deformada de una mujer que Corvus -había oído a Emiliano referirse así al hombre tatuado- había utilizado para jugar al fútbol.

Sin embargo, ni siquiera esto fue suficiente para distraerla de lo que hizo Emiliano.

El hombre de los incisivos de oro había esperado a que El Cuervo y el otro guardaespaldas se marcharan antes de tomar su turno.

Tori, apenas consciente en ese momento, yacía desnuda en el frío y duro suelo cuando él se bajó los pantalones.

No pudo oponer resistencia cuando la agarró por los tobillos y la volteó. El hombre la violó analmente durante lo que parecieron horas.

Cuando por fin terminó, tiró de Tori por el pelo y arrastró su cuerpo inerte por el vestíbulo y salió por la puerta lateral.

Varios guardias se rieron de ella al pasar.

Magullado y destrozado, Emiliano abrió la casa de invitados.

"Volveré", prometió.

La arrojó dentro y Tori se desplomó en el suelo.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, sintió que Emma apoyaba una fría mejilla en su espalda desnuda.

Capítulo 32

El pandillero que había entregado el arma a Con no se inmutó al ver que el cañón le apuntaba directamente a él.

Esto era revelador: sólo se le ocurría a Con una razón para que esto no provocara una reacción.

Con le dio la vuelta al arma y, sujetándola ahora por el cañón, se la devolvió.

"Ahora dame uno que funcione".

El hombre se burló.

"Ven conmigo."

Tras volver a enfundarse la pistola en el cinturón, el hombre de pelo negro azabache y ojos pálidos le condujo callejón abajo.

Tenía un paso agitado, un pavoneo.

El extremo opuesto del callejón se abría a un aparcamiento repleto de coches. El hombre se detuvo detrás de un utilitario gris que parecía más viejo que el propio bar.

Antiguo, oxidado. Uno de los neumáticos era de repuesto.

Con el cigarrillo atascado en la comisura de los labios, el hombre utilizó una llave para abrir el maletero y levantó la tapa.

Con se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos en el oscuro interior.

Dentro vio dos pistolas, una plateada y otra negra. En la parte trasera había un AR-15. El cargador parecía ligeramente doblado y tenía algún tipo de mira óptica posventa. La culata, el cargador y la óptica eran de distintos colores: marrón, verde oscuro y negro, respectivamente.

Con había oído hablar de estos AR "Frankenstein" que los cárteles mexicanos utilizaban a menudo. Unían varias secciones de diferentes armas para adaptarlas a su propósito. Basándose en lo que veía ahora, Con sospechaba que este AR había sido modificado para la distancia y el volumen.

Empezó a meter la mano en el camión, pero el hombre le bloqueó el paso.

"No", dijo. Sus ojos claros entrecerraron los de Con. "No tocar".

Con detestaba la idea de comprar un arma sin haberla manejado antes, pero el hecho de que el hombre le hubiera detenido esta vez era un buen indicio de que éstas, a diferencia de la que llevaba en los pantalones, eran operativas.

"Me lo llevo", dijo Con.

El hombre volvió a sonreír. Tenía unos dientes inusualmente pequeños: parecían de leche.

Esto fue increíblemente desagradable.

"*¿Cuál?*", dijo el hombre. "¿Cuál?"

Con se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Contó ocho billetes de cien dólares. Cuando vio que los ojos pálidos del hombre se abrían de par en par, añadió doce más, con lo que el total ascendía a dos mil dólares.

"Todas", dijo Con, entregándole el dinero.

El hombre se rió.

"*Protección, ¿eh?*"

Cogió el dinero.

Con no tomó inmediatamente las armas.

En su lugar, sacó otros cinco de cien.

"Y me llevaré el coche, también."

El hombre volvió a reírse, pero cambió las llaves por el dinero. El coche no valía cien pavos, no parecía que fuera a durar más de unos meses antes de venirse abajo.

Pero a Con le pareció bien.

No pensaba quedarse en México más que unos días.

Capítulo 33

"He oído hablar del cártel de Sinaloa", dijo Alex mientras Gleeson los conducía al club con el agente de la DEA Paul Tatum siguiéndolos de cerca en su Mercedes. "Pero nunca he oído hablar de Curvo Negros".

"Los *Cuervos* Negros", corrigió Santiago. "Significa Los Cuervos Negros. Son relativamente nuevos. Dirigidos por un ex futbolista profesional, Salvador 'El Cuervo' Montemayor. Ganó millones en el campo, pero se metió en negocios turbios. Fue secuestrado por el cártel de Sinaloa después de su último partido. Hay un rumor de que uno de los principales sicarios de Sinaloa era un gran fan de El Cuervo. Un verdadero cabrón llamado Héctor "*Corvus el Caníbal*" Vargus. El hombre ha matado al menos a treinta personas que sepamos".

"Lo que probablemente significa que el número real es dos o tres veces mayor", añadió Gleeson.

continuó Santiago.

"Empezaron su propia facción, reclutando a miembros de Los Zetas, también recién llegados a la escena, formados por ex miembros de las Fuerzas Especiales del Ejército Mexicano, y a algunos de la Nueva Generación de Jalisco. Estos pandilleros no estaban contentos con las plazas que existían bajo el gobierno de Adrián Aguilar y que se disolvieron tras su arresto, sólo para ser reinstauradas por el nuevo régimen con el fin de maximizar los beneficios y limitar las luchas internas. La reciente violencia de la que te hemos hablado antes en lugares turísticos es sobre todo obra de *los Cuervos*".

"Todo eso está muy bien, pero la DEA cree que el cártel de Sinaloa está detrás de estos secuestros de turistas y no los Cuervos Negros", comentó Tate.

"Eso no es lo que piensa la DEA, es lo que piensa el agente *Tatum*", corrigió Gleeson.

A Alex le pareció un comentario curiosamente específico, pero no dijo nada.

Secuestros... agradeció que Tate no volviera a decir la palabra regalos. Qué término tan brutal y repugnante para las mujeres secuestradas y...

Alex se mordió la lengua con fuerza para detener sus pensamientos desbocados.

Me dolió.

"¿Qué vamos a hacer? Si los cárteles de Sinaloa o Cuervo tienen a Tori y Emma, ¿qué vamos a hacer? Dijiste..."

Tate la calmó -o al menos lo intentó- poniéndole una mano en el hombro.

Se le cortó la respiración.

"En primer lugar, averiguamos quién las tiene -*si* es que alguien las tiene- y partimos de ahí", explica Tate.

"Ese es el plan", confirmó Gleeson.

Llegaron a Paradise Pulse. Parecía estar abierto, lo cual era una buena señal, pero no había más que un puñado de personas dentro.

"¿Has estado aquí antes?" preguntó Tate a Gleeson.

"Agente Abernathy, llevo cuatro años en México. He estado en todas partes".

¿Y qué has conseguido? ¿Dos canadienses y dos americanas desaparecidas? ¿Secuestradas por los cárteles?

"Te pediría que te quedaras en el coche, pero está claro que no sigues bien las instrucciones".

"Oh, fu..." -Jódete.

Tate la interrumpió.

"Nos mantendremos fuera de su camino."

Tate se aseguró de que lo hicieran. Esperó a que Santiago y Gleeson entraran en el club, que era típico de Cancún -extenso, bien iluminado, con múltiples bares y pistas de baile- antes de dirigirse a la entrada.

"No me gusta ese tipo", murmuró Alex en voz baja.

Era una afirmación retórica, pero Tate añadió su opinión.

"Yo tampoco, pero tenemos que mantener la calma. Le necesitamos. Gleeson puede ser un gilipollas, pero conoce el terreno".

Era extraño oír esas palabras dirigidas a ella. Normalmente era Alex quien le decía algo parecido a Con. Se preguntó brevemente si Tate habría hecho lo mismo cuando él y Con estaban cazando al Hombre de Arena: gastar energía tratando de mantener a raya a su compañero.

Probablemente.

No, no *probablemente, definitivamente*.

Al igual que en el Hotel Tentación, Gleeson se dirigió inmediatamente a la persona de recepción. Paradise Pulse no era tan elaborado ni tan grande como el hotel, pero la persona con la que hablaba, un hombre esta vez, parecía seria y al mando.

Varios camareros se preparan para la noche, cargando cajas de botellas de licor. Los camareros limpiaban las mesas y otros fregaban el suelo. Había algunos universitarios tomando copas y riendo a carcajadas en la barra, pero, por lo demás, el local estaba bastante vacío.

Todo el mundo miraba fijamente a Gleeson y Santiago.

A todos.

Incluso los turistas borrachos.

Tate miró a Alex, asintió y entraron en el club sin ser vistos.

Se movieron rápidamente, con la cabeza gacha, y se encontraron en un estrecho pasillo que conducía a los aseos. Desde allí, podían asomarse desde las sombras y tener una visión clara del interior del club sin llamar demasiado la atención.

Alex observó un momento a los dos agentes y se fijó en sus modales. Gleeson podía ser, como dijo Tate, un "gilipollas", pero al menos parecía saber lo que hacía.

Sutilmente por encima de la persona que trabaja en la recepción, inclinándose hacia ella. Hablando en ráfagas cortas.

Afirmar el dominio, a falta de un término mejor.

Era una maniobra clásica, pero requería tacto. Si presionas demasiado, tu interlocutor se da cuenta de lo que estás haciendo y se echa atrás.

Demasiado suave, y no obtuvo las respuestas que deseaba.

Alex dejó trabajar a los hombres y en su lugar se concentró en el personal, recordando la extraña interacción entre el hombre apuesto y la empleada del hotel.

Los empleados de Paradise Pulse empezaban a volver al trabajo: el encanto del gringo calvo y su compinche de aspecto profesional que entraban con aire de autoridad estaba desapareciendo.

Las botellas tintineaban y los grifos silbaban al tirar de la cadena.

Los suelos estaban fregados... ¿o no?

El hombre que fregaba la pista de baile principal, bajo, joven, mexicano y con una barba de chivo raída, movió la mugrienta fregona durante unos segundos y luego le dijo algo al camarero en español antes de apoyar el mango de madera contra la barra.

Alex dio un codazo a Tate e indicó al hombre con la barbilla.

El conserje salió corriendo, pero no sin antes lanzar una mirada sospechosa en dirección a Gleeson y Santiago.

Luego se metió la mano en el bolsillo.

Espero que eso que sacas sea un cigarrillo, pensó Alex.

Corrió tras él con Tate en la cadera.

No era humo, era un teléfono. El hombre se alejaba a toda prisa del club, marcando mientras avanzaba.

"Tenemos que detenerlo", dijo Alex, preocupado por si estaba a punto de descubrir su tapadera, por endeble que fuera.

Tate no necesitó que se lo dijeran dos veces; ya estaba echando a correr.

El conserje acababa de llevarse el móvil a la oreja cuando Tate llegó hasta él.

Cogió el teléfono por detrás y pulsó el botón END antes de que el hombre le llamara.

"Pero qué..." el conserje vio sus caras y se le bajó la voz. "...*joder*."

Capítulo 34

Tori hizo lo que pudo para proteger a Emma cuando Emiliano abrió la pesada puerta de la suite de invitados.

Una parte de ella lo hizo por lealtad a su amiga y otra porque sabía que Emma no sobreviviría a otra sesión.

También había una tercera razón: todo esto era culpa suya. Aunque el viaje de las chicas había sido idea de Tori, esta no era la fuente de su culpa.

Era una *jodida* agente del FBI. Se suponía que podía protegerse a sí misma y a los que amaba.

Los inocentes.

Y Emma definitivamente calificaba como inocente.

Pero por mucho que intentara desesperadamente salvar a su amiga, Tori estaba debilitada por la falta de comida y agua y las múltiples violaciones.

Emiliano desechó fácilmente sus esfuerzos y Emma se fue con él de buena gana.

Tras cerrarse la puerta, Tori sollozó.

Nunca volvió a ver a su amiga.

Capítulo 35

"No hable inglés", dijo el conserje, levantando las manos a la defensiva.

"Sí, buen intento", respondió Tate frunciendo el ceño. Agitó el teléfono del hombre. "¿A quién estabas llamando?"

El hombre hizo una mueca exagerada, con los ojos entrecerrados y el cuello torcido hacia delante. Movió los labios como si repitiera la pregunta.

"No hable inglés".

"¿Trabajas en un club para turistas en Cancún y no hablas ni una pizca de inglés?".

Alex oyó pasos por detrás y se dio la vuelta, llevándose la mano a la pistola que llevaba guardada bajo la camisa.

Era el agente de la DEA Paul Tatum. El hombre levantó el ala de su sombrero con dos dedos.

"¿Qué está pasando?"

"¿Hablas español?" preguntó Tate.

"Sí."

"Bueno, tal vez podrías..."

Además de Tatum, la huida de Alex y Tate del club había atraído a Gleeson y Santiago. El primero echó un vistazo al portero mexicano y gruñó.

"¿Por qué corriste?"

"No hable…"

Gleeson ni siquiera dejó que el hombre terminara su frase.

"*¿Por qué corriste?*"

¿Qué va a decir ahora? pensó Alex. *¿Que no hablo español?*

"Uhh… *mi madre-*"

Tatum alargó la mano, se la puso en la nuca y tiró de él.

"¿Por qué no dejas de joder, eh? Todo el mundo en este club habla inglés. Empieza a responder a sus preguntas o enviaré a la DEA a hacer una redada en tu casa. Si encontramos un gramo de hierba, irás a la cárcel. Quizá empiece a correr el rumor entre los cárteles de que eres un confidente".

Los ojos del conserje se abrieron de par en par y Tatum le soltó.

Oh, él entendía inglés, muy bien.

"Ahora, vamos a intentarlo de nuevo", dijo Tate. "¿Por qué corriste?"

"Yo no corrí". Su acento era tan grueso como la masilla. "Necesitaba hacer una llamada."

Indicó el móvil que Tate aún tenía en la mano.

"¿A quién llamabas?"

"*Mi madre*".

"Que se joda tu madre", ladró DEA Tatum.

Esto provocó una fuerte reacción del conserje. Tal vez había más similitudes entre Estados Unidos y México de lo que Alex había pensado en un principio.

No se insulta a la madre de un hombre.

Tatum sonrió.

"Ahora que tengo su atención, díganos quién…" Tatum se detuvo. "Sabes qué, Abernathy, pásame ese teléfono".

Tate se lo entregó y Tatum se desplazó por las llamadas recientes.

Alex observó atentamente al conserje mientras el agente de la DEA hacía esto, buscando indicios.

Había muchos.

El conserje pareció sentirse cada vez más incómodo, como si de repente tuviera unas ganas inmediatas de ir al baño.

Y no orinar.

"¿Quién es *Gringo*?" preguntó Tatum, leyendo el nombre del contacto en la pantalla.

"Es… un amigo."

"¿Cómo se llama?"

"Gringo".

DEA Tatum frunció el ceño.

"Esto", el agente indicó el espacio entre ellos con el dedo, "no me sirve. Será mejor que empieces a hablar y quiero decir ahora,

porque..."

"Oye", intervino Gleeson. "Déjame encargarme de esto". Luego, dirigiéndose al conserje, añadió: "Ven conmigo. Quiero enseñarte algo".

Gleeson hizo un gesto hacia el club. El conserje parecía indeciso, pero cuando Tatum volvió a tenderle la mano, le obedeció.

Gleeson y Santiago iban primero, mientras que Tate y Alex flanqueaban al conserje. Tatum se colocó en la retaguardia por si el hombre tenía ideas de volver a correr.

Gleeson hizo una señal al hombre de detrás del mostrador con el que había hablado antes.

"Vuelve a subir las imágenes".

Alex sintió una oleada de adrenalina.

El hombre asintió y tecleó mientras los seis se reunían a su alrededor. Había tanta gente detrás del pequeño monitor que Alex podía oler el sudor de alguien. Probablemente del conserje, o quizá del agente Tatum.

Demonios, también podría ser ella.

Todos estaban sudando.

En la pantalla, Alex observaba el club durante sus horas de mayor afluencia. El código de tiempo de la esquina superior izquierda indicaba que el vídeo era del domingo por la mañana, hacia la una. Tomado desde detrás de la barra principal y mirando hacia fuera, el local no sólo estaba concurrido, sino abarrotado. Los turistas borrachos bailaban, sostenían bebidas sobre sus cabezas, reían.

Alex tardó unos segundos en encontrarlos. Y cuando lo hizo, tragó saliva.

Tori y Emma estaban arregladas, la segunda llevaba un vestido plateado *muy* escotado, mientras que la primera lucía un atuendo ligeramente más modesto.

Estaban charlando, bromeando. Tori sacudió la cabeza ante algo que dijo Emma, puso los ojos en blanco.

Alex se lamió los labios y ahogó otra reacción visceral ante las imágenes de sus amigas.

Al cabo de un minuto, Tori se separó de Emma y bajó a la barra, abriéndose paso entre la multitud de borrachos que intentaban llamar la atención del único camarero.

Se acercó a un hombre que estaba solo. Cuando Alex enfocó el rostro de aquel desconocido, no pudo hacer nada para evitar que se le escapara un sonido estrangulado.

Los ojos de Tate se dispararon inmediatamente en su dirección.

"Ese es... ese es el tipo del hotel", dijo ella, apenas capaz de sacar las palabras. "Lo vimos en el hotel esta mañana".

Tate se inclinó hacia delante.

"¿Seguro?" preguntó Santiago.

"Sí, es él".

Gleeson volvió a tomar el mando.

"Oye, ¿es *Gringo* desde tu teléfono?"

El conserje balbuceó algo incoherente en español.

"¿Crees que estamos jodiendo?" DEA Tatum estalló.

"No. Yo-yo-"

"Ya está, ya he tenido suficiente de esta mierda", declaró Tatum, agarrando al conserje por la nuca de nuevo. "Me lo llevo".

"Espera", dijo Tate. "Espera un segundo."

"No va a..."

"¿Es *Gringo*?" preguntó Tate al conserje, ignorando al agente de la DEA.

La mirada de Alex se desvió hacia el monitor.

Tori parecía estar coqueteando con el hombre, y ella no pudo evitar pensar en su llamada telefónica a Ben. Cómo Yuri había respondido.

Cómo sospechaba que Ben se acostaba con Yuri, aunque Alex no tenía pruebas de ello, sólo un presentimiento.

¿Lo sabía Tori?

Si Alex sólo tenía en cuenta lo que veía ahora en el monitor, se inclinaba a pensar que sí.

Pero Tori siempre había sido un poco ingenua.

"No empieces a hablar..."

"Sí. Es *Gringo*", confirmó finalmente el conserje.

En la pantalla, Emma se unió a Tori y ahora ella coqueteaba *duramente* con el hombre del pelo desgreñado, a pesar de que su lenguaje corporal sugería fuertemente que no estaba interesado. Siguió mirando a Tori, tratando de atraerla. Pero Emma no era nada si no persistente.

Desesperado, incluso.

Alex siguió observando a los tres interactuar antes de que Emma arrastrara, o al menos intentara arrastrar, al apuesto hombre a la pista de baile. Les pidió bebidas, pero no tomó nada para él. Le vino a la mente la idea de que el hombre les deslizara un roofie, pero el camarero les sirvió las bebidas directamente de una botella y del grifo.

"¿Quién es?" preguntó Gleeson.

"Sólo un gringo".

"¿Cómo se llama?" Tatum exigió con enojo.

Esto empezaba a parecer un déjà vu.

"No lo sé."

"¿Está en tu teléfono y tratabas de llamarlo, pero no sabes su nombre?"

"Es Gringo".

"Sé que es un puto gringo". Gleeson pinchó la pantalla, bloqueando momentáneamente la visión del vídeo por parte de Alex. "Ya lo veo. ¿Quién coño es?"

Gleeson se retiró, Alex miró la grabación de seguridad.

"No lo sé."

"Voy a llevar a este gilipollas a la subestación de la DEA, allí hablará", amenazó Tatum.

"Te digo que *no* sé quién es. Vino un día y me dijo si podía llamarlo si encontraba chicas de su gusto".

"¿Su... *sabor*?" Tate preguntó.

El hombre se encogió de hombros en la periferia de Alex.

"Eso es lo que dijo. Blanco, en forma. Le gusta beber y bailar. No es de por aquí".

Otro encogimiento de hombros.

En el monitor, Alex vio al hombre salir del cuadro. Emma parecía particularmente molesta por esto y terminó no sólo su bebida, sino también la de Tori. Luego las dos bailaron, con los movimientos de Emma cada vez más erráticos y menos coordinados a medida que avanzaba la noche.

Estaba agotada.

"Eso describe más o menos a todos los turistas universitarios que vienen a este lugar", comenta Gleeson.

Un tercer encogimiento de hombros del conserje.

"¿Qué hizo con estas chicas?" Preguntó Gleeson.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Qué coño crees que quiero decir? Encuentras a las chicas, llamas a *Gringo*. ¿Qué hace él con ellas?"

"¿Hablas en serio, *tío*?"

Gleeson estaba que echaba humo.

"¿Parece que estoy bromeando?"

El conserje retrocedió.

"Se las folla... no sé. Son *chicitas*, tío. ¿Qué demonios haces con *chicitas* borrachas?"

Tori y Emma finalmente salieron del club poco después de las 2:30 de la mañana. Emma estaba tan borracha que necesitaba apoyarse en su amiga.

"Hola", dijo Alex en voz baja al conserje. "¿Tienes alguna grabación de la cámara fuera del club?"

El hombre estaba tan intrigado por el interrogatorio del conserje, y tal vez intimidado por todos esos hombres furiosos infiltrados en su espacio, que no la oyó.

Le tiró del brazo y repitió la pregunta.

"Sólo delante". Parecía molesto por la interrupción. "Salen por el lateral".

Estupendo.

"¿Eso es todo?" Gleeson presionó.

"Mira, *tío, no* lo sé. Me da cien pavos si le llamo cuando vienen chicas de su tipo. Eso es todo."

"Oye, Gleeson, ¿tienes fotos de esas dos canadienses?" preguntó Tate.

A Gleeson se le iluminaron los ojos.

"¿Santiago?"

"Sí, quiero". Santiago sacó su teléfono y se desplazó por sus álbumes. Encontró lo que buscaba y le enseñó el teléfono al conserje. "¿Has visto a estas chicas antes?"

"S-sí. Le hablé *a Gringo* de ellos". Una mezcla de confusión y miedo se extendió por la cara del conserje. Recién ahora se estaba dando cuenta de que estaba metido en un buen lío. "¿Qué coño está pasando? ¿Qué pasó con esas chicas?"

"Creo que lo sabes", dijo Gleeson escuetamente.

"No sé *nada*".

"¿Entonces por qué intentaste llamarle? Nos viste entrar, hablar con el conserje, e inmediatamente intentaste llamar *a Gringo*. Si no tenías ni idea de lo que les estaba haciendo a esas chicas, ¿por qué te apresuraste a llamarle?".

El agente tenía razón.

"No lo sé", se retorció el conserje.

"¿No lo sabes?" repitió Gleeson con ira.

"No, no lo sé."

"¿Qué coño quieres decir con que no lo sabes?" DEA Tatum exigió.

"I-"

Tatum agarró al hombre por los hombros y le hizo girar.

"¿Qué demonios, *tío*? Yo no he hecho nada".

"Cierra la puta boca."

Alex quería presionar un poco más al conserje y averiguar lo que realmente sabía. Pero parecía que el agente de la DEA quería continuar la conversación en un lugar más privado.

Probablemente sea lo mejor. Había demasiados ojos y oídos en este lugar.

Gleeson pareció satisfecho y se volvió hacia el conserje.

"¿Reconoces al hombre del vídeo?"

"Sí. Viene casi todas las noches".

"¿Sabes su nombre?"

"No."

Alex apretó la mandíbula. Justo cuando creía que estaban progresando, chocaban contra un muro.

Recordó lo que Linus les había contado sobre las chicas canadienses desaparecidas, sobre cómo los federales habían filtrado

información y todos los empleados del club se habían negado a hablar.

¿Había vuelto a ocurrir?

¿Sabían los federales que estaban aquí?

Alex hizo todo lo posible por mantener la cabeza despejada. Ver a Emma y Tori en las imágenes de seguridad la había afectado y sabía que una emoción intensa era la forma más rápida de arruinar una investigación.

"¿Y el camarero?", preguntó, recordando que no había visto a *Gringo* pagar realmente la bebida que había conseguido para sus amigos. "Tal vez él sabe su nombre."

"Tal vez", reconoció Gleeson. Casi parecía decepcionado por no haber tenido la idea él mismo.

"Voy a llevar a este gilipollas a la subestación de la DEA, a que sude un poco", dijo Tatum. "Te mantendré al tanto".

Ahora todos pensaban lo mismo, que ya habían sobrepasado su estancia en Pulso Paraíso. Si su objetivo era no alertar a los cárteles, Sinaloa o Cuervo o quien fuera, de que estaban investigando activamente las desapariciones, tenían que sumergirse pronto.

DEA Tatum salió del club y todos menos Santiago, que se quedó con el conserje, se dirigieron al bar.

Por una vez, la suerte estaba de su lado.

El hombre que alineaba las botellas de vodka en un estante era el mismo que había estado trabajando el domingo por la mañana temprano.

Y en unos segundos, tenían el nombre del gringo.

"Brent", les informó el camarero. Sin apellido.

Continuó explicando que durante los últimos meses, Brent entraba en el club casi todas las noches. Se saltaba la cola engrasando las palmas. No pagaba las bebidas porque siempre daba grandes propinas.

En efectivo.

Cuando le preguntaron por Emma y Tori y las chicas canadienses, el camarero afirmó no conocerlas.

A diferencia del conserje, Alex se inclinaba a creer a este hombre. Se había mostrado comunicativo hasta el momento y, a menos que estuviera directamente implicado en los supuestos secuestros, no había razón para que mintiera ahora.

Y si estaba implicado, no era como si hacerle las mismas preguntas una y otra vez fuera a producir resultados.

"Tomaré una foto de la cara de Brent de la grabación de seguridad. Se la enviaré a mi colega del FBI para que la pase por un programa de reconocimiento facial", dijo Tate mientras dejaban que el camarero volviera a su trabajo.

Gleeson gruñó en señal de aprobación.

"Dile al personal que no mencionen nuestra pequeña visita".

La forma en que lo dijo sugería que era simplemente por diligencia debida; se correría la voz independientemente de lo que Tate dijera a los empleados.

Alex, Gleeson y Santiago salieron.

"Santiago, quiero que te quedes por aquí. Si ese tal Brent aparece, llámame".

"Yo también me quedo", ofreció Alex.

Aún no estaba segura de confiar en esos hombres. Si Santiago estaba en nómina de los Cuervos Negros o de Sinaloa, no podían arriesgarse a que delatara a Brent. Él era su único vínculo con el caso, por tenue que fuera su implicación.

"Santiago puede encargarse", dijo Gleeson rotundamente.

"I-"

Tate se unió a ellos.

"Muy bien, Linus está en ello. Si alguien puede averiguar quién es este tipo, será él". Tate notó la tensión entre los tres. "¿Qué está pasando?"

"Santiago se va a quedar aquí, vigila a Brent".

"Y quiero quedarme con él", dijo Alex.

Tate ladeó la cabeza y ella se preparó para una pelea. Sabía lo que diría Con si hubiera estado aquí.

De ninguna manera te quedarás aquí sin mí.

Pero Tate no era Con.

"Creo que es una buena idea".

Alex sospechaba que el hombre compartía su desconfianza hacia los agentes del FBI destinados en México.

"Bueno, yo..."

Hasta ahora, ni Tate ni Alex habían intentado ejercer ninguna autoridad sobre Gleeson, permitiendo que el hombre creyera que estaba al mando.

Tate eligió este momento para reventar la burbuja del hombre.

"Ella se queda y yo voy contigo".

Capítulo 36

Con llegó a Paradise Pulse y aparcó enfrente del club. Su plan era entrar y hacer algunas preguntas, pero lo echó por la borda cuando vio al hombre de la gorra desteñida sacando del local a un individuo esposado.

El hombre esposado vestía un uniforme completamente negro con el nombre del club estampado en el pecho derecho.

Con observó atentamente cómo obligaban al empleado a cruzar la calle y meterse en la parte trasera de un Mercedes, mientras el hombre de la gorra de béisbol se metía en la parte delantera.

Pero no antes de que el agente le dijera unas cuantas palabrotas.

Más actividad fuera del club atrajo su atención.

Sorprendido inhalando su cigarrillo, Con tosió al verla.

Frost parecía cansada, agotada. Con supuso, basándose en su aspecto, que uno de los hombres que la acompañaban era el agente Santiago.

El otro podría ser Gleeson o podría haber sido el hombre del Mercedes.

Con no tenía forma de saberlo.

No es que importara mucho. Mientras estuvieran juntos, pensó que Alex estaría bien.

Los tres estaban discutiendo sobre algo, lo que le sugirió a Con que el hombre esposado era sólo un engranaje en la rueda de su investigación sobre la desaparición de Emma y Tori, no la rueda en sí.

De lo contrario, sospechaba que habría presenciado una de estas dos emociones: depresión o euforia.

Esto no era ni lo uno ni lo otro.

Tate apareció momentos después.

El hombre tenía buen aspecto. Mejor, incluso, que en su boda.

Oh, cómo sus vidas habían divergido desde los días de Sandman.

El coche con el delincuente en la parte trasera empezó a rodar y Con tuvo que tomar una decisión.

Quédate con el Mercedes o quédate con Frost.

Si Frost hubiera estado sola, o sólo con Tate, la decisión habría sido fácil. Por mucho que Con estuviera en México para encontrar a Tori y Emma, también había volado para asegurarse de que Frost estuviera a salvo.

Con miró el mensaje que le había enviado hacía horas.

Consideré escribirle de vuelta.

Al final, optó por no hacerlo.

Y decidió seguir al perpetrador en el coche.

Con la cabeza gacha, Con puso el coche en marcha y siguió al Mercedes, queriendo no volver la vista hacia Frost y los demás.

El Mercedes avanzaba lentamente por las calles, alejándose de los lugares turísticos. Con se mantuvo siempre a unos veinte metros de distancia.

Las malditas ventanillas estaban tan tintadas que no podía ver el interior. Aun así, cuando el coche se balanceó sobre sus ejes y se desvió del carril, tuvo una idea bastante clara de lo que ocurría dentro.

Sus sospechas se confirmaron cuando salió el hombre de la gorra. Abrió la puerta trasera y empujó al empleado de Paradise Pulse a la calle.

La cara del hombre esposado tenía una roncha roja y nudosa que abarcaba casi todo el lado izquierdo.

No había otros coches en esta carretera, lo que significaba que

Con no podía detenerse sin hacer evidente que les seguía.

Siguió de largo, giró hacia el aparcamiento más cercano e inclinó el vehículo para tener una visión clara de los dos hombres.

El hombre de la gorra de béisbol estaba furioso, gritando y señalando, mientras el mexicano se acobardaba.

Lo que ocurrió a continuación fue una sorpresa total.

Le dieron la vuelta y le quitaron las esposas. En lugar de parecer satisfecho por haber sido liberado, el hombre siguió negando con la cabeza.

Hicieron falta unos cuantos ladridos de rabia y más de esos agresivos señalamientos con el dedo antes de que el hombre, ahora liberado, saliera disparado como un tiro.

¿Qué coño está pasando aquí?

El hombre de la gorra de béisbol sonrió y se retiró a su Mercedes.

Con estaba distraído con el hombre que corría y no se dio cuenta de que el Mercedes se le acercaba antes de que fuera demasiado tarde.

Con las ventanas cerradas, le era imposible saber si el hombre de la gorra de béisbol le había visto.

Pero Con tuvo que asumir que el hombre lo había hecho.

Mierda.

¿Pensaría que Con era sólo un turista?

Probablemente no. No en esta zona de la ciudad, no en esta caja de mierda de coche.

Decepcionado consigo mismo, pero sabiendo que ya no podía hacer nada al respecto, Con salió del aparcamiento y se dirigió en dirección contraria.

Localizó al hombre de uniforme a dos manzanas de distancia, todavía corriendo.

El callejón por el que se precipitó ahora era demasiado estrecho para el coche de Con y se vio obligado a detenerse al otro lado de la calle.

"¿A dónde coño vas?" dijo Con en voz alta. Encendió otro cigarrillo.

Sabiendo que perdería al hombre en cuanto saliera por el otro extremo del callejón, Con estaba pensando en dar la vuelta cuando aparecieron dos individuos que le cerraron el paso al empleado de Paradise Pulse.

Pandilleros, sin duda.

El tipo del club se paró en seco.

Intenté retroceder.

Los pandilleros no dijeron ni una palabra. Simplemente sacaron pistolas y empezaron a disparar.

"*¡Jesús!*"

El cigarrillo cayó de los labios de Con, que se agachó y cogió su

propia pistola del asiento del copiloto.

Contó ocho disparos y luego nada.

El humo encendido empezó a hacerle un agujero en los pantalones, maldijo de nuevo y lo tiró al suelo.

Cuando Con miró hacia el callejón, los tiradores habían desaparecido y el empleado de Paradise Pulse yacía muerto en un charco de su propia sangre.

Capítulo 37

Alex y el agente Santiago se instalaron en una cafetería -esta vez con asientos- al otro lado de la calle. Tomaron una mesa en el exterior desde la que no se veía el club.

Santiago era un hombre difícil de entender. No parecía importarle ceder el control a Gleeson, pero Alex sabía que muchas asociaciones policiales funcionaban así. Demasiados alfas en un equipo solían causar problemas.

Acababan de pedir un café y se habían sentado cuando el teléfono de Santiago empezó a encenderse.

Alex observó al hombre mientras leía lo que parecía ser una serie de textos. Sus cejas oscuras bajaron hasta que apenas se le vieron los ojos.

Entonces el hombre suspiró y guardó su teléfono. Sin provocación, Santiago dijo: "Era uno de mis contactos en el cártel de Sinaloa".

"¿Ha visto a Tori?" Alex no pudo evitar preguntar.

"Ya le pregunté y me dijo que no. Aunque dudo que si lo hubiera hecho, hubiera dicho algo".

"Algún tipo de contacto".

Santiago se bebió su café. Un americano, observó Alex.

"Como dijo Gleeson, aquí las cosas son diferentes. Contacto y CI tienen otro significado".

Alex sintió que aumentaba su frustración.

"No paráis de decirlo, pero nadie quiere explicar qué significa nada de eso".

Santiago cruzó las manos sobre la mesa.

"México existe gracias a una tenue relación entre los cárteles y las fuerzas de seguridad. A veces los cárteles nos avisan cuando se mueve un gran cargamento. No para interceptarlo, sino para asegurarnos de que los otros cárteles no intentan nada. También para asegurarnos de que los autobuses turísticos o los turistas en general se mantienen alejados en caso de que algo ocurra".

se burló Alex.

"Parece que la ley y los cárteles se confabulan para mantener vivo el negocio de la droga".

"El negocio de la droga está vivo gracias a la guerra contra las

drogas de Estados Unidos. Existe porque hay demanda y donde hay demanda hay oferta", replicó Santiago. "Hay que entender que los cárteles de aquí tienen más dinero y más armas que todo el ejército mexicano. Piénsalo. Sería como si los Bloods o los Crips tuvieran más potencia de fuego que el gobierno de Estados Unidos. Y no están limitados por las mismas reglas de combate. ¿Quieres que el ejército o los SEAL o quien sea empiece una guerra con estas bandas? ¿Una guerra que no puedan ganar? ¿O quieres algún tipo de paz, por corrupta que parezca, para asegurarte de que no mueren miles de inocentes?".

A Alex no le gustó la explicación, pero pensó que al menos ahora lo entendía.

"Sólo quiero encontrar a mis amigos".

"Eso es lo que todos queremos. En cuanto a los mensajes", Santiago levantó el teléfono, "mi contacto dice que el cártel de Sinaloa va a transportar un gran cargamento hacia el norte esta noche. Van a pasar por Nogales, que es territorio de Los Cuervo. No tienen permiso para usar la plaza".

A Alex se le pusieron los ojos vidriosos.

"¿Entiendes lo que es una plaza?"

"La verdad es que no", admitió.

"Vale, bien, hace años los cárteles estaban en guerra constante entre ellos por el territorio. México es vasto, pero algunas regiones son infinitamente más importantes, y valiosas que otras."

"Como los lugares del norte, cerca de la frontera con EE.UU.".

Santiago asintió.

"Así es. Los cárteles estaban tan ocupados matándose unos a otros que su negocio -la droga- empezó a resentirse. Hace unos diez años, Adrián Aguilar, entonces jefe del cártel de Sinaloa, pidió una tregua. Los cabecillas se reunieron e idearon un sistema para la paz. Otros cárteles podían pasar a través de Juárez y Nogales, Loredo, Monterrey, prácticamente cualquier ciudad controlada por un cártel cerca de la frontera con EE.UU. a cambio de una tarifa, normalmente del 10%. Esto funcionó durante un tiempo. Los beneficios se dispararon y los asesinatos cayeron en picado. Pero entonces Aguilar fue arrestado, y las cosas se vinieron abajo. Como dijo Gleeson, se formaron cárteles más violentos, Los Zetas, Los Cuervos Negros, otros. No siguieron las reglas. Hacían lo que querían, iban donde les daba la gana".

Alex asimiló todo esto.

"Te agradezco que me pongas al corriente y no quiero parecer grosera, pero me cuesta entender qué tiene que ver esto con Tori y Emma".

Santiago tardó mucho en contestar y, cuando finalmente lo hizo, Alex sospechó que estaba siendo extremadamente exigente con la

elección de sus palabras.

"Si yo sé del cargamento entonces Los Cuervos Negros lo saben. Ambos cárteles enviarán hombres a Nogales. Hombres que suelen estar apostados en sus bastiones".

Alex leyó entre líneas.

Santiago estaba sugiriendo que si iban a asaltar una de las fortalezas en un intento de rescatar a Emma y Tori, esta noche sería su mejor oportunidad.

Alex se dio cuenta de que le gustaba Santiago. Probablemente por eso guardó esa información bajo llave y optó por cambiar de tema.

Estaba claro que a Santiago no le apetecía hablar tan abiertamente sin la presencia de Gleeson.

"¿Crees... crees que alguna vez encontrarás a tu hermana?"

El agente Santiago respiró larga y profundamente.

"Probablemente no. Me gustaría, por la venta de mi madre. Sé que Sofía está muerta. Pero *mi madre* aún cree que está viva. Quiero que ella tenga un lugar para visitar, una tumba, algún lugar para poner flores. Sabes, ella no quiere hablar conmigo, mi madre. Me culpa por lo que le pasó a Sofía. Dice que me fui y que si me hubiera quedado, podría haberla protegido. Cuando me convertí en agente del FBI, me ofrecí voluntario para venir a México. Le dije a *mi madre* que encontraría a quien se llevó a Sofía y lo llevaría ante la justicia. Tres años... tres años, agente Frost, y no tengo nada que mostrar".

Alex sintió el dolor del hombre, se encontró pensando en Con de todas las personas. Gleeson y Santiago le habían dicho en repetidas ocasiones que las cosas eran diferentes aquí en México, pero había algunas similitudes evidentes.

Claro que los delincuentes podían ser diferentes, cárteles frente a profesionales en solitario, pero la violencia y el resultado final eran innegablemente coherentes.

"Lo siento mucho."

Santiago desvió la mirada.

El silencio que siguió fue roto por un mensaje de texto entrante, esta vez al teléfono de Alex.

Era un mensaje de Ben.

Oye, ¿qué pasa? Me preocupé. Llamé a todos los amigos de Tori, a sus padres, incluso a los padres de Emma. Nadie ha sabido nada de ninguno de ellos. ¿Dónde están ustedes?

Alex tecleó cinco mensajes diferentes que iban desde *¿Por qué coño te importa? La estás engañando*, hasta contarle a Ben el significado de "regalos" en México.

Al final, optó por no responder.

Dejó el teléfono en el suelo y miró al otro lado de la calle, hacia el club.

Cuando había planeado venir con Tori a México, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que ocurriera algo así: un secuestro, un asesinato, unos "regalos".

Ahora, era lo único en lo que podía pensar.

¿Cuántos millones de estadounidenses acuden a México de vacaciones cada año, esperando diversión bajo el sol y demasiadas copas? ¿Cuántos de ellos piensan en la posibilidad de ser arrastrados por los cárteles y obligados a...

Alex temblaba a pesar del aire caliente del exterior.

"Sólo quiero encontrar a Tori", repitió.

"Lo sé", dijo Santiago con simpatía. "Y voy a ayudarte".

Capítulo 38

Tate se sentó en silencio en el asiento del copiloto del coche del agente Gleeson. El aire acondicionado no funcionaba, pero no era por falta de ganas; el aparato emitía un zumbido tan fuerte que resultaba difícil pensar, por no hablar de hablar.

"¿Hacia dónde vamos?" Tate tuvo que casi gritar para que le oyeran.

"Voy a reunirme con mi informante de nuevo. Poner un poco más de presión sobre él ".

"¿Crees que sabe más de lo que dice?". preguntó Tate, imaginándose al adicto fuera de *la Farmacia*.

"Luis no sabía una mierda hoy temprano, pero podría saber más ahora. Es un cabrón pero tiene un don para acumular información que podría cambiar por un chollo".

Condujeron por las calles, que estaban casi vacías. Al ser pleno día, Tate supuso que la mayoría de la gente estaba trabajando o durmiendo la siesta.

Doce minutos más tarde, llegaron a la *farmacia*.

El CI de Gleeson no estaba a la vista.

"Joder. Parece que ya ha encontrado algo de droga. Si Luis no está aquí, se está drogando".

El teléfono de Gleeson, encajado en un soporte fijado a una de las inútiles rejillas de ventilación, sonó. Lo miró y luego miró a Tate.

En el identificador de llamadas sólo aparecía *"F"*.

"Los Federales", dijo Gleeson a modo de explicación.

Respondió.

"¿Agente Gleeson?" Una voz ronca y acentuada dijo.

"Sí, adelante".

"Ha habido un tiroteo en Cancún".

Los ojos de Tate se abrieron de par en par.

"¿Carteles?"

"Eso creo. Definitivamente golpe objetivo".

"¿Puedes manejarlo?"

"Podemos, pero pensé que deberías saberlo".

Tate encontró intrigante esta interacción. Está claro que Gleeson no sólo daba órdenes a Santiago, sino que también parecía tener cierta autoridad sobre los Federales.

"¿Por qué?"

"Porque la víctima llevaba un uniforme de Paradise Pulse".

Gleeson, que sólo había mostrado emoción cuando Tate le había desafiado fuera del club, se animó de repente.

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

"Creo que es un empleado del club".

Gleeson dio un tirón tan fuerte al volante que el coche estuvo a punto de salir despedido por el camino de tierra.

"¿Dónde estás ahora?"

El hombre le dio la ubicación.

Gleeson se inclinó, localizó la señal de la calle más cercana.

"Estaré allí en cinco minutos. No toques el cuerpo."

***

"¿Cómo coño ha pasado esto?" Gleeson maldijo.

Estaban en un callejón que la policía local de Cancún y los federales habían bloqueado.

El conserje que habían sacado de Pulso Paraíso yacía boca abajo. Su cuerpo aún estaba caliente y la sangre que lo rodeaba aún no se había coagulado del todo.

"Recibí una llamada anónima hace diez minutos". Les informó el mismo federal que se había puesto en contacto con Gleeson por teléfono.

Tate sintió un escalofrío en la espalda.

"¿Dónde está DEA Tatum?"

"Lo encontraré".

Mientras Gleeson se ponía al teléfono, Tate se dirigió al federal, que parecía estar al mando.

"¿Alguna cámara por aquí?" Escaneó el callejón.

"¿Cámaras?" Los ojos oscuros del hombre se entrecerraron. *"Sin cámaras*".

La forma en que lo dijo daba a entender que la pregunta le parecía ridícula.

"¿Testigos?"

"Oh, sí, muchos de esos."

El hombre no se movió.

"¿Dónde están?"

"No lo sé."

Esto fue frustrante *a la enésima* potencia.

"¿Están sus hombres buscando testigos?" Tate sabía que no tenía autoridad aquí y, para el caso, tampoco la tenía el agente Gleeson, y

se estaba arriesgando a ser excluido de la investigación, pero no pudo evitarlo.

¿Qué investigación?

Nadie parecía estar haciendo otra cosa que estar de pie y fumando.

Suavizó un poco su tono.

"No... entiendo."

"Agente..."

"Abernathy".

"Agente Abernathy, puede haber diez o más testigos pero ninguno dirá nada".

Ahora, Tate lo tiene.

Todo el mundo temía a los cárteles.

Gleeson guardó el teléfono. Fruncía el ceño mientras se rascaba la calva.

"DEA Tatum dijo que interrogó al sospechoso y luego lo soltó."

"¿Qué? ¿Tú... confías en este tipo? ¿Tatum?"

El federal que estaba escuchando se subió los pantalones.

"Tanto como confío en cualquiera. Dijo algo más". Los ojos de Gleeson se entrecerraron sospechosamente. "¿Hay más agentes sobre el terreno? ¿Agentes que vinieron contigo desde Estados Unidos?".

Tatum frunció el ceño. Esta conversación no le habría gustado en privado, y menos con la federal escuchando.

"No. ¿Por qué..."

El teléfono de Tate sonó. Estaba a punto de rechazar la llamada, pero vio que era Linus.

"Espera un segundo". Tate le dio la espalda a Gleeson. "¿Sí? ¿Qué tienes para mí?"

"Encontré a tu hombre", le dijo Linus. "Su nombre es Brent Kopitar. Veinticuatro años. Se mudó a México desde Cali hace poco más de un año. Tuvo algunos problemas en Estados Unidos. Orden de arresto por fraude con tarjeta de crédito".

"¿Tienes una dirección en México?"

"Desafortunadamente, no. Sin dirección conocida".

"¿Familia en México?"

"No que yo pudiera encontrar. La hermana aún vive en California, Steph Kopitar. ¿Quieres que consiga a alguien en California para traerla?"

Tate lo pensó, pensó en Con... estaba en Cali. Y Tate podía confiar en Con.

¿O podría?

No, era mejor mantener a Con alejado de su investigación. Las cosas tendían a ponerse... turbias cuando el hombre estaba involucrado.

"Sí, llama a alguien local, a ver si pueden traerla".

"Hecho. Una cosa más."

"Adelante".

"Hablé con Chase esta mañana. Está... un poco inquieta. No es asunto mío, pero..." Linus dejó que su frase se interrumpiera.

"La llamaré. Gracias".

Gleeson apareció al lado de Tate, con una ceja enarcada inquisitivamente.

"¿Actualización?"

"Asunto personal", mintió Tate. Miró el cadáver del conserje. Le costaba creer que hacía unos minutos le había arrancado el teléfono de la mano.

Y ahora estaba muerto.

La perspectiva de que Tori y Emma siguieran vivas, mínima como había sido desde que aterrizaron en Cancún, se acercaba rápidamente a cero.

Capítulo 39

Alex se desconectó, la única forma que tenía de evitar que su mente se adentrara en lugares oscuros. Un rato después, Santiago, que también parecía sumido en sus pensamientos, contestó al teléfono.

Habló brevemente y luego colgó.

El hombre palideció de repente.

"Era Gleeson. Nuestro compañero conserje acaba de ser asesinado a tiros."

La realidad volvió de golpe.

"¿Qué? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Está bien el agente de la DEA Tatum?"

Santiago asintió.

"Así es. Le dijo a Gleeson que interrogó al conserje y luego lo soltó".

"¿Por qué demonios haría eso?"

Alex no sabía si estaba más enfadada o confusa.

"No lo sé. Tatum hace sus cosas". Santiago hizo una pausa, se corrigió. "La DEA hace lo suyo".

"Alguien debe haber hablado. Es imposible que el asesinato del conserje fuera una coincidencia. Podría ser alguien del club o..."

Alex cerró la boca de repente.

"Mira", dijo sin aliento.

Un hombre sale de un taxi y camina en dirección al club. Llevaba unas grandes gafas de sol y una camisa chillona.

Era su hombre.

Era Brent.

Alex tuvo que calmarse, preocupada por si se ponía en pie de un salto y volcaba la silla. Aún no había anochecido y, aunque

sospechaba que por la noche las calles estarían abarrotadas de turistas y gente de discoteca, en la cafetería y el club sólo había unos pocos clientes más que cuando llegaron después del mediodía.

Si asustaba a Brent, podría, como el conserje ya fallecido, salir corriendo.

Y cualquier perspectiva de encontrar a Tori y Emma desaparecería con él.

Santiago vio a Brent, la saludó con la cabeza. Sacó su pistola.

Alex guardó la suya.

Permanecieron cerca el uno del otro mientras cruzaban la calle, con los ojos clavados en Brent. El hombre era aún más guapo en la vida real, y Alex pensó en Emma y en lo desesperada que parecía en el club.

No la culpo.

Emma no tenía ni idea de que su impaciencia podría haber sido la razón por la que se la habían llevado.

No lo sabes, Alex. No sabes que se los llevaron.

Pero en el fondo, sí.

Brent saludó a un empleado y Alex le puso una mano en la pistola cuando metió la mano en el bolsillo.

Pero en lugar de un arma, el hombre sacó un billete y lo apretó contra la palma de la mano del empleado.

Aceptó el dinero y con la cara desencajada dijo algo que hizo que Brent se diera la vuelta inmediatamente.

Se estaban acercando, a unos veinte pasos de la entrada del club.

Brent se fijó en ellos y Alex se preparó.

"¡No lo pienses!" advirtió Santiago, levantando el arma mientras aceleraba el paso.

Brent lo pensó muy bien. Lo pensó mucho.

Pero cuando Alex se separó de Santiago y empezó a flanquearle, tomó la decisión correcta.

Brent se llevó las manos al pelo y Santiago se abalanzó sobre él.

No opuso resistencia.

"¿Dónde están?" preguntó Alex mientras Santiago les ponía las esposas.

"¿Dónde están...?"

"¿Dónde están Tori y Emma?"

Brent no la miró fijamente.

Alex agarró la parte delantera de su estúpida camisa, tiró tan fuerte que uno de los botones se soltó.

"¿Dónde *coño* están?"

"Yo... no lo sé".

"¿Qué quieres decir...?"

"Agente Frost, llevémoslo a la subestación".

Alex quería estrangular al hombre aquí mismo en la calle, pero Santiago tenía razón. Alguien le había dado un golpe al conserje, y no conocía más que el nombre de "Gringo".

Si Brent estaba trabajando con el cartel de Sinaloa y sabía algo sobre el paradero de Tori y Emma, no le sorprendería que hubiera gente vigilándolas ahora mismo.

Estaban al descubierto, expuestos.

Tanto Gleeson como Santiago habían mencionado que los cárteles no solían joder con el FBI o la DEA -hacerlo les acarrearía demasiada presión-, pero éste no era un riesgo que ninguno de los dos estuviera dispuesto a correr.

Santiago metió a Brent en la parte trasera del coche, mientras ellos subían al asiento delantero.

Alex sacó inmediatamente su teléfono y marcó el número de Tate.

"Lo tenemos, Tate." ¿Era alivio en su voz o miedo? "Atrapamos a Brent. Lo llevamos a la subestación del FBI ahora".

***

Aunque Alex estaba ansiosa por empezar a interrogar a Brent, Santiago la convenció de que esperara a que llegaran Gleeson y Tate.

No tuvieron que esperar mucho.

Diez minutos, máximo.

"¿Qué ha dicho?" Tate preguntó, saltándose la pequeña charla.

"Nada. No dijo nada en el trayecto. ¿Qué demonios le pasó al conserje?"

"Parece un éxito."

Esto era lo que Alex había sospechado. Habían venido a México sin avisar a los federales, sólo al FBI y a la DEA locales, porque pensaban que era lo más seguro para las mujeres desaparecidas.

No quería incitar al pánico.

Ahora, eso estaba fuera de la ventana.

Los cárteles sabían que estaban aquí, indagando.

Si antes no lo hacían, ahora sí. Detener al conserje era una cosa, que podía hacerse pasar por la detención de un lugareño que vendía drogas a los turistas.

¿Pero arrestar a un gringo? *¿Al gringo*?

Eso era diferente.

"Podemos retenerlo unas doce horas, luego tenemos que traer a los federales", les informó Gleeson antes de ponerse en marcha.

"¿Qué quieres decir? preguntó Alex, una vez más confuso sobre cómo funcionaban las cosas al sur de la frontera.

"Estamos aquí porque el gobierno mexicano nos permite estar aquí. Somos invitados en este país. Sólo funciones diplomáticas y de asesoramiento", le recordó Gleeson.

Alex la volvió a levantar.

La diplomacia se había ido por la ventana en el momento en que Emma y Tori dejaron de responder a sus mensajes de texto.

"Doce horas deberían ser suficientes", dijo Tate, notando su disgusto. "Voy a hablar con él".

"Yo también", añadió Alex.

"Creo que es mejor si sólo el Agente Abernathy y yo..."

"Oh, crees que es mejor, ¿verdad?" Alex interrumpió a Gleeson.

"Frost..." Tate advirtió.

"No, a la mierda con esto. Estoy harto de todas las reglas de mierda aquí. Llevamos aquí dos días y..."

"Agente Frost, creo que Gleeson tiene razón", dijo Tate bruscamente. "Déjanos hablar con él. Tú quédate en este lado con Santiago".

se quejó Alex.

Odiaba ser tratada como una niña. Novata o no, Tori y Emma eran sus amigas.

A pesar de su enfado, Alex se resignó a dejar que Tate y Gleeson llevaran la entrevista, pero a la hora de la verdad, buscaría a sus amigos.

No importa lo que digan los demás.

Cueste lo que cueste.

Capítulo 40

Cuando Emiliano vino a por Tori de nuevo, después de que Emma se hubiera ido durante horas y no hubiera vuelto, ella no... no pudo... resistirse.

Desnuda, con la vagina y el ano empapados de sangre, incluso caminar le resultaba doloroso.

Pero caminó.

Ni siquiera los moretones oscuros alrededor de los ojos de Emiliano y la forma en que su nariz estaba doblada en un ángulo extraño despertaron nada en ella.

Era un caparazón.

Tori se derrumbó hacia dentro.

Vio cómo la conducían a la casa principal, temblando al pie del rellano.

El Cuervo, vestido de nuevo con elegancia, la miró con desprecio.

Le dijo algo en español a Emiliano, que la agarró por las muñecas aún atadas y la llevó arriba.

El Cuervo se retiró a una silla de gran tamaño y Emiliano obligó a Tori a arrodillarse.

"Si intentas algo", le susurró al oído, "acabarás como tu amigo".

Le sacó la mordaza de la boca y Tori gimió. Flexionó la mandíbula y se humedeció los labios y la garganta.

Si las palabras de Emiliano le hubieran llegado a Tori, se habría

dado cuenta de que estaba destinada a acabar como Emma hiciera lo que hiciera.

Pero la mente de Tori estaba en otra parte.

Pensó en Ben, en los buenos momentos que pasaron juntos.

También pensé en Alex.

Por un momento, su mente volvió al presente y Tori estuvo lo suficientemente lúcida como para pensar en lo agradecida que estaba de que Alex hubiera decidido no venir con ellos en este viaje.

Delante de ella, El Cuervo se bajó la bragueta de los pantalones y metió la mano dentro.

Emiliano la empujó hacia delante.

Tori accedió.

No importaba.

No era su cuerpo.

Sus labios.

Su boca.

Era de otra persona.

El Cuervo se sacó la polla.

Un zumbido interrumpe la conversación.

El Cuervo apartó la mano de su miembro cada vez más rígido y se llevó la mano al bolsillo.

Usó la palma de su mano libre para empujar a Tori lejos de él.

Su culo golpeó el frío suelo de baldosas.

"*¿Qué*?" ladró El Cuervo.

Me escuchó.

Tori se dio cuenta, con un grado no despreciable de shock, de que ahora era capaz de entender el español.

Le recordó un caso de hace años de un joven que había tenido un accidente de coche. Antes no sabía ni una palabra de mandarín, pero después del accidente lo dominaba perfectamente.

Tori ahogó una risita.

"¿Cómo? ¿Qué quiere decir FBI?"

¿Son del FBI?

"¿De qué coño estás hablando?"

Esto es un error. Tenemos que dejarlos ir.

"No hables jodidamente en serio".

¿Los dos? Sí, están bien. Un poco golpeados, pero sobrevivirán.

"¡Emiliano, esta chica es del FBI! ¿Trajiste al maldito FBI aquí?"

Los limpiaré, los dejaré ir. Ponlos en un avión de vuelta a los Estados Unidos.

Emiliano se enderezó.

"¿Trajiste al puto FBI a mi casa?"

Pido disculpas por mis acciones.

"¿Qué?" dijo Emiliano en inglés.

"*¡Está con el FBI!*"

Todo esto ha sido un terrible error. Pero podemos hacerlo bien por el Agente del FBI.

Emiliano negó con la cabeza mientras El Cuervo se volvía a meter en los pantalones y se ponía en pie.

"No, no, *no*. Gringo dijo que estaba en marketing Lockwood o alguna mierda."

El hombre se agachó y agarró bruscamente la barbilla de Tori.

"¿Sois del FBI?"

Tori sonrió.

La iban a soltar. Todo fue un error, eso dijo el jefe.

El Cuervo apartó el teléfono de su cabeza y lo balanceó en un arco de bucle.

Emiliano podría haberse apartado fácilmente para evitar el golpe, pero no lo hizo.

El teléfono le golpeó la mandíbula. Algo se quebró -la mandíbula de Emiliano o, más probablemente, la pantalla del teléfono- y él colgó la cabeza dolorido.

"¡Maldito idiota!"

Emiliano, con un ojo entrecerrado, miró a El Cuervo.

"¡Deshazte de ella!", gritó el jefe en inglés.

Emiliano no esperó a que se lo dijeran dos veces; agarró a Tori por el pelo y la puso en pie de un tirón.

"No. Tú no", dijo El Cuervo, cambiando de opinión. "Corvus. Haz que Corvus la haga desaparecer".

La sonrisa de Tori creció.

Se iba a casa.

Iba a casa a ver a Ben de nuevo.

Emma, también.

Por fin todo había terminado.

Parte III - Los Cuervos Negros

Capítulo 41

"Brent, ¿sabes quiénes somos?" Tate preguntó.

"¿La DEA, creo?" tartamudeó Brent.

"Incorrecto".

En el momento en que Gleeson y Tate entraron en la habitación, la actitud de Brent cambió. Alex no lo habría llamado engreído antes, tal vez sólo con derecho.

Pero ahora estaba definitivamente asustado.

"Entonces... no lo sé".

"Somos del FBI."

Esto pareció tener el efecto contrario al deseado por Tate.

En lugar de agitarse más, Brent pareció relajarse un poco.

En un momento, Alex comprendió por qué.

"Tienes que enviarme a los Estados Unidos, ¿verdad?"

Tate ladeó la cabeza y Alex pudo ver los engranajes del cerebro de aquel hombre. En cierto modo, le recordaba a Con. Era como si Tate hubiera tomado todas las buenas cualidades de su ex compañero y hubiera dejado atrás las malas, que eran muchas.

Pero seguía enfadada con él por no haberla apoyado.

"¿Conoces a tu amigo conserje?" Dijo Tate, cambiando de rumbo. "¿Trabajó en Paradise Pulse?"

"¿Carlos?"

"Sí, Carlos."

Alex se dio cuenta de que hasta ahora no sabían el nombre del conserje.

"Está muerto. Le dispararon esta tarde unos pandilleros".

Brent se echó hacia atrás en su asiento.

"No."

"Sí."

"No te creo."

"Gleeson, muéstrale la foto."

Gleeson sacó su teléfono y giró la pantalla hacia Brent. Al principio, el hombre se inclinó hacia delante, luego volvió la cara hacia un lado. Gleeson movió el teléfono, obligándole a mirar.

"¿Nos crees ahora?" Dijo Tate.

"¿Qué ha pasado?" La voz de Brent era tensa.

Era difícil de creer que este era el mismo imbécil confiado que había dado bebidas gratis a Emma y Tori.

Ahora sólo era un gamberro asustado.

"Bueno, fuimos al club esta mañana. Empezamos a hacer preguntas y tu chico Carlos intentó huir. Le metimos en la parte de atrás del coche. Adivina qué pasó cuando le soltamos una hora después".

Brent se lamió los labios.

No contestó.

"¿Qué tal esta, entonces: quieres adivinar por qué estábamos en Paradise Pulse en primer lugar?"

"No lo sé", dijo Brent sin aliento.

"Te estábamos buscando."

Brent lo sabía, por supuesto.

"Sólo... llévame a casa, ¿vale?"

Triste, triste niño.

"¿Por qué crees que te estábamos buscando, Brent?"

"Por las órdenes judiciales. Fraude con tarjeta de crédito."

Gleeson y Tate intercambiaron miradas.

Cuando Tate no respondió de inmediato, sino que optó por cruzar los brazos sobre el pecho e inspirar profundamente, Brent se puso

cada vez más nervioso.

"¿Verdad?"

"Error", dijo Tate rotundamente.

Brent se movió en su asiento y Gleeson se acercó, intimidándole para que se quedara quieto.

"Te buscábamos por las mujeres que conociste en el club la otra noche".

Algo en la cara de Brent se rompió.

Alex no estaba seguro de si lo de "estás aquí por los cargos de fraude" había sido una farsa, pero en cualquier caso, se había acabado el juego.

"¿Qué... qué pasa con ellos?"

Gleeson se hizo cargo.

"La cagaste, Brent. La cagaste a lo grande".

La clásica rutina del poli bueno y el poli malo.

"I-"

Gleeson no le dejó decir ni una palabra.

"Podrías haberte salido con la tuya secuestrando a esas dos mujeres de Canadá, ¿pero esas chicas de Estados Unidos? Una era una agente del FBI de vacaciones".

Los ojos de Brent se abrieron de par en par.

"¿Qu-qué?"

"Ya me has oído, y no soy un hombre al que le guste repetirme".

"P-pero yo no secuestré a nadie".

Denegación.

Alex conocía bien este patrón: sorpresa, conmoción, negación, desafío, arrepentimiento, remordimiento.

"Vamos a saltarnos esta parte", continuó Gleeson. "Vayamos directamente a donde nos dices dónde están las mujeres".

"Quiero un abogado".

Gleeson suspiró.

"No tienes abogado. No estás en Estados Unidos. Pero si no empiezas a mover esas bonitas encías tuyas, lo que conseguirás es una visita de la Policía Federal Mexicana. Ellos... hacen las cosas un poco diferentes en México que en los Estados Unidos. Oye, Brent, ¿cómo crees que te irá, a un chico guapo como tú, encerrado en una prisión mexicana, una absoluta pocilga, durante veinte o, digamos, treinta años?".

Brent agitó las encías como le habían ordenado, pero no salió ninguna palabra reconocible.

"Tengo una idea mejor", dijo Tate. "¿Por qué no te dejamos ir?"

Los ojos de Brent se iluminaron momentáneamente.

"Es una buena idea", aceptó Gleeson. "Quiero decir, ¿cuánto tiempo duró tu amigo Carlos antes de que los cárteles lo eliminaran?

¿Una hora?"

"Menos".

"Cierto, menos de una hora. Y todo lo que hizo fue llamarte cuando... ¿qué dijo? Cuando las mujeres que eran 'tu tipo' entraban en Paradise Pulse. Ni siquiera creo que trabajara para los cárteles, sólo quería un poco de dinero extra, que tú estabas encantado de proporcionarle. ¿Qué te harán, Brent?"

Tate sorprendió a Alex acercándose a la puerta y abriéndola.

"Vamos, Brent. Eres libre de irte".

Brent debía de saber que esto tenía que ser un truco, que no había forma de que se marchara así como así, no después de coordinar o facilitar el secuestro de un agente del FBI, pero la treta funcionó.

"Llévame de vuelta a Estados Unidos, por favor".

"Empieza a hablar".

"Si te cuento lo que pasó, ¿prometes extraditarme?"

Brent era patético y Alex sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

"Lo único que te prometo, Brent, es que si no hablas, te volveremos a poner en la calle. Ese tipo del club, al que le diste... ¿cuánto? ¿Veinte pavos? ¿Crees que te va a cubrir la espalda? ¿Que no te entregará al cártel cuando empiecen a hacer preguntas?". Gleeson hizo una pausa. "Lo malo de pagar a la gente por información, Brent, es que siempre hay alguien con los bolsillos más llenos, siempre hay alguien dispuesto a pagar un poco más por lo que quiere saber". Se acercó al hombre y le dio un golpecito en la camisa de cachemira. Brent se estremeció. "Parece que vives a lo grande aquí abajo. Pero los cárteles tienen más dinero que Dios. Te encontrarán. Si tienes suerte, te matarán".

Brent gimoteó. En realidad gimoteó.

Ahora estaba más allá de lo patético.

"Dinos dónde tiene el cártel de Sinaloa a las mujeres, Brent", dijo Tate. "Y reza para que sigan vivas".

Brent dejó escapar un profundo y estremecedor suspiro.

"No es... no es el cártel de Sinaloa. Son los Cuervos."

Brent finalmente se abrió.

Capítulo 42

Mientras Brent hablaba, unos veinte minutos, el corazón de Alex latía con fuerza en su pecho.

"Yo... no tenía ni idea de que eran agentes del FBI. Yo sólo..." Ahora estaba a punto de llorar, pero lo único que Alex sentía por ese pedazo de mierda era asco.

"Mira, vine aquí, a México, pensé que sería fácil ganar algo de dinero, ¿sabes? Quería ganar lo suficiente para que cuando volviera a Estados Unidos, pudiera contratar a un buen abogado, lidiar con esa

estúpida mierda de las tarjetas de crédito. Empecé como promotor, pero no pagaban nada. Y luego había otros tipos... No podía hacerlo. No podía hacerlo. Trabajando todos los días en la calle, pidiendo limosna, rogando a la gente que viniera al club. No era yo".

Pedía compasión, pero nadie se la daba.

"Un día, hace unos seis meses, un tipo se me acercó y me preguntó si quería ganar dinero de *verdad*. Le dije que no, porque, como, yo no soy estúpido. No quería estar en deuda con estos tipos sospechosos, ¿verdad? Pero siguieron viniendo, siguieron preguntando. Siguieron tirándome dinero. Dijeron que querían algunas chicas blancas lindas sólo para pasar el rato. Y todo lo que tenía que hacer era llamarlos, ¿no? Pedirle a las chicas que salieran, y ellas se encargarían. Eso era todo lo que querían... sólo algunas chicas para divertirse".

Alex sintió que la bilis le subía a la garganta. Brent afirmaba que no era estúpido, pero tendrían que ser idiotas si creían que pensaba que lo único que querían los cárteles con esas chicas era "fiesta".

Eran regalos.

Lo siento, no se aceptan devoluciones.

Brent dejó de hablar, se secó las lágrimas de las mejillas.

"Háblanos de las mujeres de la otra noche", ordenó Tate. Tenía la mandíbula tan apretada que le costaba hablar.

Brent bajó la mirada.

"Conocí a Tori y Emma dentro del club. Emma, creo, quería bailar. Yo... les conseguí unos tragos... el cantinero me enganchó. Pero me fui. Salí, traté de escapar. No... me sentí bien, ¿sabes? Pero el cártel vino de todos modos. Me acorralaron en el callejón, me dieron una paliza. Entonces las chicas salieron y una de ellas me vio, vio que estaba en problemas".

Tenía que ser Tori, pensó Alex. *Ella habría sabido que no debía involucrarse, pero Tori era una buena persona. Ayudaría a cualquiera, no importa dónde, si estuvieran en problemas.*

Santiago, a su derecha, se tensó.

"¿Qué pasó después?"

"Ellos... ellos los tiraron en el maletero de un coche. Se fueron."

Alex ahogó un suave gemido.

"¿Quién se los llevó, Brent?" Preguntó Gleeson.

"Ya te lo dije, *Los Cuervos Negros*. Sólo... sólo los metieron en el maletero y se fueron. Yo... yo no hice nada."

Gleeson se burló de ello.

"¿Pero *quién* se los llevó específicamente?" Tate presionó.

"No sé todos sus nombres, pero uno era Emiliano. No sé su apellido".

"Es la mano derecha de El Cuervo, el jefe", le informó Santiago en

voz baja.

Alex asintió. Se sintió mareada, intentó no imaginarse a Tori y Emma metidas en baúles.

Aterrorizada.

Suplicando ser liberado.

Era imposible.

Era como si alguien te dijera que no pensaras en un elefante rosa.

"¿Dónde se los llevaron, Brent?" Incluso el imperturbable Gleeson parecía sentir el peso de esta noticia.

Pensar, incluso estar bastante seguro de que algo era cierto, era muy diferente a que te presentaran una verdad innegable.

"No lo sé."

"¿Los llevan a algún lugar local? ¿A un hotel?"

"No lo sé."

"¿De vuelta a la sede de Los Cuervos Negros?"

"*No lo sé*", dijo Brent con más fuerza.

"No nos has dicho mucho, ¿verdad?"

"Te lo conté todo. Sólo pensé que querían llevar a las mujeres a un after, ¿sabes? ¿Les... les pasó algo malo?"

"¿En el *maletero*?"

"YO... YO..."

"Sí, algo malo les pasó, Brent. Pero no tan malo como lo que te va a pasar a ti".

Tate agarró a Gleeson, y juntos se unieron a Alex y Santiago.

"Joder", dijo Tate con una exhalación. "*Joder*".

Alex apenas mantenía la compostura.

"Tenemos que encontrarlos", dijo Alex. "Tenemos que ir a la fortaleza Cuervos".

Se preparó con la información que Santiago le proporcionó por si Gleeson volvía con esa mierda de que no quería acercarse al cuartel general de los cárteles.

"Eso va a ser un problema". Gleeson se rascó la cabeza. "No sabemos dónde está el bastión de Los Cuervos Negros".

"¿Qué quieres decir con que no sabes dónde está?" Tate preguntó, la ira se deslizaba en su voz.

"Justo lo que dije."

"¿Cómo?"

Gleeson se recuperó.

"Son nuevos en la escena. Dirigen la plaza de Nogales, pero los federales sólo lograron descubrir unos pequeños campamentos. Creemos que podrían estar escondidos mucho más al sur, utilizan la costa para mover su producto hacia el norte antes de cruzar la frontera."

"¿Cómo coño hay un nuevo cártel en la ciudad y el FBI y la

Policía Federal mexicana no tienen ni idea de dónde se encuentran?". dijo Tate.

"¿Con quién crees que estás hablando?" Gleeson ladró. "¿Vienes aquí, pasas diez minutos en este puto sitio y crees que lo sabes todo? Estos putos cárteles se mueven todo el tiempo. Ya tenemos bastantes problemas para averiguar dónde están los bastiones de los cárteles existentes, por no hablar de estos nuevos..."

"Buen trabajo estás haciendo."

Gleeson se puso en la cara de Tate.

"¿Sabes qué? ¿Por qué no...?"

"Basta", dijo Santiago. Era la primera vez que alguno de ellos oía al hombre de modales suaves y voz suave levantar la voz. "No olvidemos que aquí tenemos un objetivo unificado: encontrar a la agente Bisson y a su amiga".

"¡Lo que no podemos hacer porque nadie sabe dónde coño están!" Tate bramó.

Alex, que estaba tan ensimismada que apenas percibía la acalorada discusión, oyó un zumbido. Sus ojos se fijaron en el cubo de plástico que habían llenado con las pertenencias de Brent: su cartera, algo de dinero, un paquete de cigarrillos y un teléfono móvil.

Se puso en pie y se acercó a la papelera.

Dentro, el móvil de Brent brillaba mientras vibraba.

"Puede que no lo sepamos", dijo Alex en voz baja. "Pero probablemente él sí".

Gleeson y Tate estuvieron a punto de llegar a las manos.

Levantó el teléfono.

"Lo sabe".

Aún no hay respuesta.

"¡Eh!", gritó. La llamada entrante aparecía como "Emil". "¡Si alguien sabe dónde están Tori y Emma, es *él!"*

Capítulo 43

Nadie sabía muy bien qué hacer.

Debatieron si responder a la llamada, pero decidieron no hacerlo.

Tenían que tener cuidado. Si la noticia de la detención de Brent aún no había llegado a Los Cuervos Negros, pronto lo haría. Responder "Hola, soy del FBI, en qué puedo ayudarle" sólo aceleraría el proceso.

También era evidente que si no respondían a la llamada o a cualquiera de las siguientes, Emiliano se daría cuenta de cualquier manera.

Al menos la llamada había puesto fin a sus disputas.

Por fin dejó de sonar el teléfono y se hizo el silencio entre los cuatro.

Alex, que seguía sujetando el móvil de Brent, dejó que sus ojos se

desviaran hacia el hombre que estaba al otro lado del cristal unidireccional.

Brent estaba agitado, sus piernas rebotaban arriba y abajo, sus ojos iban de un lado a otro.

Según admitió el propio hombre, no era estúpido. Alex no estaba segura de si estaba de acuerdo, pero si eso era cierto, entonces tenía que saber que cuando señalaba a las mujeres a Los Cuervos no volvían.

Una idea empezó a formarse en el cerebro de Alex. Ya era hora de dar la vuelta al guión y ofrecer otro tipo de "regalo" a los cárteles.

"Mira", dijo Gleeson, por fin calmado, "mi confidente... puedo apretarle. No está afiliado, y dudo que sepa dónde se encuentran los Cuervos, pero podría darnos el nombre de alguien del cártel."

La clásica técnica de ir ascendiendo en la cadena alimentaria hasta encontrar a alguien que realmente tuviera algún conocimiento de la fortaleza de Los Cuervos Negros.

Este enfoque solía dar resultados. El problema era que casi siempre tardaba días o incluso semanas.

No tenían días ni semanas.

"¿Estás seguro de *que* no lo sabe?" preguntó Santiago, indicando a Brent.

"No lo creo", afirmó Tate. Se volvió hacia ella. "¿Frost? ¿Qué quieres hacer?"

Alex se sorprendió de que le preguntaran directamente.

Más sorprendida por el hecho de que tenía una respuesta, pero decidió guardársela para sí misma, sabiendo lo que Tate, y probablemente Gleeson, dirían si proponía su plan.

"Creo que Gleeson tiene razón. Creo que deberías presionar al informante, ver si puede llevarte a alguien más arriba".

Tate la miró con desconfianza.

"Es lo único que se me ocurre", dijo Alex encogiéndose de hombros.

"De acuerdo", aceptó Tate a regañadientes. "Gleeson, tú, yo y Frost iremos a hablar con tu informante. Santiago, quédate aquí con Brent".

Gleeson asintió. Probablemente el hombre sólo se mostraba complaciente porque la idea original había sido suya.

"Creo que debería quedarme aquí con Santiago. Vigila a Brent", sugirió Alex.

"No va a ir a ninguna parte. Y por muy audaces que sean los Cuervos, irrumpir o atacar una subestación del FBI no va a ocurrir. Sería una sentencia de muerte", contraatacó Gleeson.

"Lo sé, pero quiero volver a intentarlo con Brent. Con la ayuda de Santiago. Por si acaso".

Alex lanzó una mirada de reojo a Tate, intentando proyectar mentalmente cierto grado de preocupación.

Para recordarle que el último prisionero que habían abandonado su presencia había sido liberado sumariamente y asesinado.

Tate entendió el mensaje.

"Bien. Estaremos en contacto. ¿Gleeson?"

"Quédate con Brent", ordenó Gleeson a Santiago. "No lo pierdas de vista. En doce horas, lo atamos y lo dejamos frente a los Federales. Que ellos se encarguen de este pedazo de mierda".

"Lo haré."

Tate sostuvo la mirada de Alex un momento más, luego asintió y los dos hombres se marcharon.

Santiago se unió a ella junto al cristal unidireccional y ambos miraron a Brent.

"Oye, ¿qué tienes en mente?"

A Alex le gustaba Santiago, pero aún no estaba segura de poder confiar en él.

Pero no tenía elección. No podía hacerlo sola.

"La próxima vez que Emiliano llame, quiero que Brent conteste".

Santiago ladeó la cabeza mientras Alex esbozaba su plan.

Capítulo 44

"Si mi informante no *está en la Farmacia*, estará *en la proletaria, en* los barrios bajos. En realidad no son tugurios, no aquí en Cancún, pero casi".

El hombre conducía a través del crepúsculo, sin molestarse siquiera en aminorar la marcha en las señales de stop y apenas reduciendo la velocidad en los semáforos en rojo.

Tate se encontraron un poco más al este que los *Pharamcia*.

Gleeson tenía razón: Kate no consideraría los barrios bajos viviendas.

También tenía razón sobre su CI Luis.

Tate localizó al hombre de inmediato, de pie con la cabeza vuelta hacia el cielo mientras se rascaba el interior del codo izquierdo.

"Y tú qué sabes..."

Ambos salieron del coche, con Gleeson dirigiéndose directamente hacia el CI, mientras Tate se abría en abanico.

"¡Hey!" Gleeson llamó.

El hombre bajó la mirada y dejó de rascarse. Estaba a punto de salir corriendo.

"Tengo un par de preguntas más para ti."

"Bien, bien"

Se dio la vuelta y echó a correr.

Me encontré con Tate.

La corona de su cabeza golpeó a Tate en el esternón.

El hombre, delgado como era, rebotó y cayó de culo.
Gleeson no perdió el tiempo y lo puso de pie.
"¿Dónde coño crees que vas?"
El confidente balbuceó algo en español. Gleeson le hizo girar y le empujó contra una pared de ladrillos lo bastante fuerte como para dejarle sin aliento.
Mientras luchaba por recuperar el aliento, Gleeson dijo: "Queremos saber dónde está el bastión de Cuervos Negros".
El hombre se enderezó. Gimió.
"¿Cómo coño voy a saberlo? No estoy con ellos".
Gleeson puso una mano en el pecho del hombre y con la otra buscó su pistola.
"Quiero que lo pienses detenidamente. No estamos jodiendo por aquí."
El informante se lamió los labios agrietados.
"¿Qué tienes para mí?"
"¿Qué tienes para *mí*?"
Sus ojos se desviaron.
"No sé dónde está la base, pero sé dónde les gusta pasar el rato en Cancún".
"Dímelo".
"Primero..."
Gleeson empujó al hombre lo bastante fuerte como para que le chasquearan los dientes.
Les dio una dirección.
"Vi como seis de ellos dirigiéndose al almacén esta mañana."
"Si me estás mintiendo..."
"Yo no. Lo juro, los vi. *Lo juro*".
Gleeson retrocedió y Tate le siguió.
"Necesito..."
Gleeson sacó otra bolsita del bolsillo y la arrojó al suelo. El hombre se puso inmediatamente a cuatro patas y la cogió.
De vuelta en el coche, Tate dijo, "¿Conoces el almacén?"
Gleeson apretó el acelerador y giró el volante.
"Sí, lo sé."
***
El almacén que les había enviado el informante estaba destartalado. De una sola planta, quizá fue en su día un almacén de algún tipo. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de pintadas y la mayoría de las ventanas estaban rotas. El interior estaba oscuro.
Y tranquilo.
"Probablemente deberíamos llamar a los federales", dijo Gleeson. El tono del hombre sugería que era lo último que quería hacer.
Tate sentía lo mismo.

"A la mierda, no tenemos tiempo. Y no podemos arriesgarnos a que alguien avise al cártel".

Gleeson asintió. Esta vez, cuando salieron de su coche de mierda, ambos tenían sus armas desenfundadas.

Parecía haber dos entradas al almacén, ambas encadenadas.

El dúo decidió dar la vuelta por detrás.

Había una cadena enganchada en los tiradores metálicos, pero las puertas no estaban bien cerradas.

Se colocaron a ambos lados de las puertas dobles y escucharon.

Nada desde dentro.

Gleeson agarró la cadena con una mano para evitar que traqueteara e hizo una señal a Tate.

Tate tiró lentamente de una de las puertas. Se abrió unos veinte o veinte centímetros antes de que se enganchara la cadena.

Tate deslizó su pistola por la abertura y echó un vistazo al interior.

Nada.

Sólo oscuridad.

Se echó hacia atrás.

"Está vacío", susurró.

Gleeson frunció el ceño y apartó a Tate de su camino. Sacó una linterna del bolsillo y la apoyó en el cañón de la pistola.

"Joder", dijo el hombre entre dientes apretados. "Ese hijo de puta".

Entonces Gleeson hizo algo completamente inesperado.

Disparó un tiro al interior del almacén.

Tate retrocedió de un salto, con los oídos zumbándole cuando el sonido del arma resonó en los techos altos.

"¡Qué coño!"

"Tenía que asegurarme", dijo Gleeson, enfundando su arma. "Ese hijo de puta me mintió. Voy a colgarlo por las malditas pelotas".

Pero el confidente ya no estaba, por supuesto. El degenerado que casi parecía esperarles en la *proletaria* había cogido las drogas y se había ido a algún sitio a esnifar, disparar, fumar, hacer lo que fuera para colocarse.

Gleeson estaba indignado, probablemente más molesto por haber sido engañado que por haber vuelto al punto de partida.

Ni cerca de averiguar dónde se alojaban Los Cuervos Negros.

No estoy más cerca de encontrar a Emma o Tori.

Tate sacó su teléfono y marcó el número de Frost.

Como no contestó al primer intento, la llamó de nuevo.

La preocupación empezó a apoderarse de mí cuando esto también pasó a la máquina.

"Oye, ¿puedes localizar a Santiago?"

Todavía furioso, Gleeson llamó a su compañero.

"No contesta."

Las alarmas sonaron en la cabeza de Tate.

Eran casi tan fuertes como el disparo de Gleeson.

"Tenemos que volver. Tenemos que volver a la subestación del FBI, *ahora*".

Capítulo 45

Alex sabía que había puesto al agente Santiago en una situación imposible.

"No me gusta. Demasiado peligroso. ¿Por qué no le preguntamos a tu compañero?"

Alex negó inmediatamente con la cabeza.

No podía hacer eso. Sabía lo que Tate diría.

De ninguna manera.

"Tú mismo lo dijiste, los Cuervos Negros planean atacar Sinaloa esta noche. No soy un experto, pero creo que esto significa que la fortaleza estará menos ocupada."

"Se rumorea que El Cuervo nunca sale de su mansión. Y su sicario, Héctor "Corvus" Vargas, siempre está a su lado. Luego está su mano derecha, Emiliano. Hay demasiadas variables. Ni siquiera sabemos por qué Emiliano llama a Brent. Podría estar llamando para hacerle saber que es un maldito hombre muerto".

Todos estos pensamientos habían pasado por su cabeza. Pero Alex se había decidido.

Se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo ahora debía de ser parecido a lo que había pasado Con. Solo que él había sufrido durante más de una década.

Alex no tenía ninguna duda de que si Santiago accedía a su plan, era muy probable que acabaran en alguna zanja.

Pero eso ya no importaba.

Lo que importaba era encontrar a Tori y a Emma.

"Santiago, lo que le pasó a tu hermana es horrible. Mi ex compañero perdió a su hermana a manos de un asesino en serie, y eso *le arruinó*. Si no quieres hacer esto, está bien. No puedo hacerlo sola. Si dices que no, entonces nos sentaremos aquí y esperaremos, esperando que a Gleeson y Tate se les ocurra algo. Pero que sepas esto: si no hacemos nada, esos cárteles matarán a mis amigos. Claro, el FBI, la DEA, la CIA, lo que sea, los presionará. Sacarán a algunos de los tipos de alto nivel. Con el tiempo, sin embargo, van a retroceder. Y todo volverá a empezar. Más mujeres secuestradas, más "regalos"".

Alex se sentía sucia jugando esta carta, pero no sabía qué más decir. Esperaba que sacar el tema de la hermana de Santiago, desaparecida y probablemente muerta, le enfadara lo suficiente como para aceptar.

Estaba equivocada.

"Lo que no entienden es que *nada de lo* que hagamos aquí, hoy, cualquier día, importa", dijo Santiago. "Llevo aquí casi tres años, viví aquí cuando era niño. He visto diferentes regímenes a ambos lados de la frontera, he oído amenazas de construir un muro. He oído hablar de poner fin a la guerra contra las drogas. Pero cada vez que hacemos algo, las cosas empeoran. La DEA acabó con el cártel de Sonora y encarceló a su líder. Esto fue sólo una oportunidad para que los Zetas llegaran al poder, entonces el cartel más brutal y despiadado que México ha conocido en México. Su guerra territorial mató a miles, Agente Frost. La DEA entra y trata de acabar con Los Zetas, fracasa, pero logra debilitarlos. Esto es sólo una oportunidad para que otros tomen su lugar: Los Cuervos Negros. Incluso si irrumpimos en su fortaleza y, por algún milagro, salvamos a tus amigos, matamos a todos los altos mandos de los Cuervos, no habrá ninguna diferencia. Se formará un nuevo cártel. Aún más gente morirá".

Alex sacudió la cabeza y resopló. Había interpretado mal a aquel hombre. En la cafetería, cuando Santiago había hablado de su hermana y su madre, había percibido en él una ira profunda y melancólica.

Esto es lo que ella había intentado, y fracasado, explotar.

"Lo siento, Santiago. No sé qué más..."

"Yo lo haré", soltó el hombre.

Alex no estaba segura de haber oído bien.

"Tú..."

"Lo haré, seguiré tu plan. No por tus amigos, por mucho que odie pensar en lo que les pasó. No por los EE.UU., no por México. Ni siquiera por Sofía. Lo haré por mi madre. Lo haré para poder decirle por fin a mi madre que maté a algunos de esos mongrelos que se la llevaron".

Ahora, Alex no se sentía sucio sino absolutamente asqueroso. Manipular así al hombre estaba mal.

Enviarlo a una muerte probable, más aún.

A la mierda. Tengo que encontrar a Tori y a Emma. Santiago es un hombre adulto; puede tomar sus propias decisiones.

"Vamos a hablar con Brent."

Santiago y Alex entraron en la habitación, llevando consigo el teléfono de Brent.

"Por fin. ¿Vas a enviarme de vuelta a los Estados Unidos ahora?"

Alex ignoró la pregunta.

"Cuando Emiliano te llame, esto es lo que quiero que digas".

Mientras daba las instrucciones, los ojos de Brent se abrieron de par en par.

"No, de ninguna manera, hombre. Me matarán. *Sabes* que me matarán. ¡Y te matarán a ti también!"

Santiago estaba lleno de sorpresas.

Siempre había que tener cuidado con los callados.

Desenfundó su pistola y apuntó directamente al pecho de Brent, justo en el lugar donde le habían desgarrado los botones.

"Vas a hacer lo que ella dice, o te mato ahora mismo".

Las reglas eran diferentes aquí en México, Alex lo había experimentado de primera mano cuando Gleeson había pagado al confidente con drogas. Pero que un agente del FBI matara a un hombre, incluso a una escoria como Brent, mientras estaba detenido no estaba bien en ningún sitio.

Pero la mirada de Santiago sugería que no iba de farol.

Alex había despertado algo en él.

Algo oscuro.

Se sobresaltó al oír el zumbido del teléfono en su mano.

"Vas a responder a eso", dijo Santiago. "Y vas a decir exactamente lo que te hemos dicho o te pego un tiro en el puto pecho. ¿Entendido?"

Capítulo 46

Al igual que el almacén, la subestación del FBI estaba vacía. Cuando llegaron con Brent hacía una hora más o menos, había un empleado en el mostrador, pero se había marchado.

Probablemente se fue a casa a dormir.

Tate irrumpió en el edificio y se dirigió hacia la habitación en la que Brent estaba retenido.

Esto también estaba vacío.

"¡Escarcha!", gritó. "¡Frost! ¿Dónde coño estás?"

Se había ido.

Tate maldijo.

"¡Llama a Santiago!", le dijo a Gleeson.

"No contesta".

"¡Llámalo otra vez!"

Tate lo intentó con Frost por décima vez.

Aún no hay respuesta.

Gleeson tampoco tuvo suerte.

"¿Dónde coño están?" Tate exigió. *"¡Frost!"*

Su voz le devolvió el eco.

"¿Puedes rastrear el teléfono de Santiago?" preguntó Tate mientras salía de la sala de interrogatorios.

Su mente se agitó, barajando distintas hipótesis. No había señales de lucha, ni agujeros de bala en el cristal, y la puerta por la que habían entrado seguía cerrada, sin forzar.

"Yo puedo".

"Bien, puedo rastrear el teléfono de Frost, también."

Tenía que llamar a Linus. Linus...

"¡Joder!" Gleeson maldijo.

"¿Qué?"

El hombre se limitó a señalar, y Tate siguió su dedo.

Se le encogió el corazón.

Sobre el escritorio había dos teléfonos móviles. Reconoció que uno de ellos pertenecía a Frost y sospechó con un alto grado de certeza que el otro era de Santiago. Lo que no vio fue un tercer teléfono, el que le habían confiscado a Brent.

Tate golpeó la mesa con el puño tan fuerte que ambos móviles rebotaron.

Uno cayó al suelo.

"¡Maldita sea!"

Debería haberlo sabido. Había visto algo en los ojos de Frost, pero lo había descartado como desesperación.

Oh, qué equivocado había estado.

"*¡Joder!*"

"Tenemos que llamar a los federales", dijo Gleeson, con cara de piedra.

"No. Lo hacemos, y si alguien de la nómina de los Cuervos se entera, nuestros dos socios están como muertos".

"Tenemos que llamar a *alguien*".

Con eso, Tate no estaba en desacuerdo.

¿Pero a quién?

¿Linus? Si tenían suerte, podría acceder a las imágenes por satélite de la subestación del FBI y averiguar adónde habían ido Brent, Alex y Santiago.

Pero hackear un satélite mexicano no era como acceder ilegalmente a los archivos de un caso de la RCMP.

Linus podía hacerlo, Tate no lo dudaba, pero llevaría tiempo.

¿Stitts, entonces?

Stitts no dudaría en enviar tropas.

Pero para entonces probablemente sería demasiado tarde.

Tate hojeó sus contactos, repasando cada nombre y cómo podría ayudarle. Cuando encontró a alguien a quien no había llamado en años, dejó de buscar.

Tate no tenía ni idea de cómo esta persona podría ayudar. No era realista pensar que pudieran.

Pero algo se les ocurriría.

Tuvieron que hacerlo.

Y esto era mucho mejor que la completa falta de ideas que rodaban por la cabeza de Tate Abernathy.

Capítulo 47

"¿Qué coño quieres decir con que Frost se ha *ido?"* Constantine Striker gritó en su teléfono móvil.

"Se ha ido, Con", dijo Tate. "Agarramos al expatriado que ayudó a secuestrar a Emma y Tori y lo teníamos bajo custodia. Joder, Frost y el agente Santiago estaban con él... ahora los tres se han *ido*".

Con no podía creer lo que oía.

"¿Qué quieres decir con que *se fue*? ¿La dejaste *sola*?"

"Escúchame, Con. Creo que se dirigen hacia la fortaleza de Los Cuervos Negros. Creo que está tratando de salvar a Tori y a la propia Emma".

Nada de lo que decía Tate tenía sentido para Con.

Estaba aparcado fuera del club de nuevo, mirando por la ventana.

"Ve tras ella", dijo simplemente. "Ve tras Frost. Yo..."

"No puedo".

"¿Qué quieres decir con que no puedes?" Con arrancó su coche.

"No sabemos dónde está la fortaleza".

Los Cuervos Negros...

Recordó el tatuaje en la cincha de la mano del hombre al que había comprado las armas y el coche.

"Intentamos hablar con un informante, pero nos envió a una búsqueda inútil. No tenemos ni idea de dónde coño está el bastión. Podría estar en Nogales, o podría estar en Ciudad por lo que sabemos".

Con no creía que estuviera tan lejos como ninguno de esos lugares. Las mujeres fueron secuestradas en un club de Cancún, lo que significaba que el bastión estaba probablemente cerca. De lo contrario, el cártel habría apuntado a otros lugares turísticos, como Ciudad de México o Puerto Vallarta.

"Nos vemos en la *Avenida del Sol* y *la Calle de los Corales*", dijo.

"¿Qué?"

"Nos vemos en el callejón de la *Avenida del Sol* y *la calle de los Corales*. Al lado de un bar que se llama El Agujero".

Una breve pausa.

"¿Con?" Trepidación llenó la voz de Tate. "¿Dónde estás ahora mismo?"

"Estoy en México. Encuéntrame en el maldito bar".

Con colgó e inmediatamente marcó otro número.

Lo que ocurrió a continuación fue una de las llamadas más difíciles, y quizá la más importante, que había hecho nunca.

***

Tate estaba conmocionado. Con estaba *en* México.

Les había seguido hasta aquí.

¿Qué hacía? ¿Qué estaba haciendo?

Tate dejó de lado estas preguntas.

Necesitaba concentrarse.

"Gleeson, ¿conoces un bar llamado El Agujero?"

Gleeson asintió.

"Tenemos que ir allí".
Subieron a su coche y cruzaron la ciudad a toda velocidad.
"¿A quién has llamado?"
"Otro agente". Tate se corrigió. "Ex-agente".
"¿Aquí en México?" A Gleeson no parecía gustarle que no le hubieran informado de que había otras botas sobre el terreno.
"Creo que sí... No lo sé. Dios, esto está jodido".
Tate había estado en algunas situaciones imposibles con Chase. En las que estaba convencido de que no había forma de salir con vida. Pero a pesar de lo incómodas que habían sido, al menos le habían resultado familiares.
Esto era diferente.
Esto era México.
Eran los cárteles.
Y este *no era* Chase.
Tate envió un mensaje rápido a su esposa.
Te quiero, Chase. Te quiero a ti, a Rachel y a Georgina.
Sabía que esto sólo haría que Chase se preocupara, pero eso no importaba ahora.
El mensaje no era realmente para ella. Era para él.
El Agujero era una pocilga. Sórdido, sucio, mugriento. Justo el tipo de lugar en el que Con se sentiría como en casa.
"¿Qué coño estamos haciendo aquí, Tate?" Preguntó Gleeson.
"No lo sé."
Saltaron y se dirigieron hacia el callejón.
***
"Eh", se mofó el hombre. "Te dije que ese coche es una mierda. Yo no..."
Con sacó de la cintura la pistola que el hombre le había vendido.
"Woah, ¿qué coño?"
Con siguió avanzando a grandes zancadas.
"Dime dónde está el cuartel general de los Cuervos Negros".
"¿Qué?"
Con siguió moviéndose, bajando un poco el arma.
"No estoy jodiendo. Dime dónde está la base de Los Cuervos Negros".
"No te diré una mierda. Puedes joder..."
Con apretó una ronda.
La pistola funcionaba -sorpresa*, sorpresa- y* el puto cacharro disparaba recto de verdad.
Sorpresa número tres.
La bala atravesó la rótula derecha del hombre, rociando el suelo con su sangre. Gritó y cayó al suelo.
Con se cernía sobre él mientras el hombre se agarraba la pierna

herida con ambas manos.

"Ahora vas a caminar con un bastón. Si no me contestas en los próximos diez segundos, será una silla de ruedas. Después de eso, estarás comiendo de un tubo por el resto de tu patética vida".

Con oyó que se acercaban por la retaguardia, esperaba que fuera Tate y no más pandilleros.

Apuntó a la otra rodilla del hombre.

"Diez... nueve..."

"Estás jodidamente loco, *tío*. Maldito gringo loco".

"Ocho... siete..."

"Muy bien, joder, la base está en *Pueblo Silencio*. Más allá de la cordillera. Eso es todo lo que sé."

Con presionó el gatillo, recordando lo que Tate le había contado sobre un confidente que le había dado largas.

"Tú... no puedes perdértelo. Por favor."

Estuvo a punto de apretar el gatillo.

Probablemente lo habría hecho, si no fuera por la gente que venía por detrás.

Se dio la vuelta, con la pistola preparada.

"¡Eh!" Eran Tate y otro hombre. Los ojos del primero se clavaron en el miembro de Los Cuervos Negros, que seguía gimiendo en el suelo.

"Se esconden en las montañas. En *Pueblo Silencio*", dijo Con.

"¿Cómo puedes estar seguro...?"

"No puedo. Pero es todo lo que tengo. Ve. *¡Vete!*"

Capítulo 48

"¿Qué te parece?" preguntó Tate a Gleeson mientras se alejaban de Con y del bar.

"Creo que ese hombre está desquiciado".

"Me refería a la ubicación. ¿Crees que la fortaleza de los Cuervos está en *Pueblo Silencio*?"

"No estoy seguro. Es posible. No tenemos ojos allí".

"Bueno, si no lo es, están todos muertos. Sólo conduce."

Gleeson lo hizo, conduciendo a un ritmo que incluso impresionó a Tate, que era conocido por alcanzar velocidades de vértigo mientras hacía una carrera lechera.

Una vez fuera de la ciudad, la adrenalina empezó a desaparecer y la realidad de lo que estaban planeando asomó la cabeza.

"No podemos entrar solos", dijo Gleeson. "Especialmente en este coche. El cártel no sabrá que somos del FBI conduciendo esta cosa. Dispararán primero".

"Bueno, no podemos llamar a los putos Federales. ¿Hay alguien en quien confíes en México?"

"Sólo confío en Santiago".

"Jesucristo".

Se le ocurrió algo.

"¿Qué pasa con Tatum?"

Gleeson gruñó.

Tate tenía sus dudas sobre el hombre, especialmente por la forma en que dejó libre a Carlos, el conserje.

Pero no tenían otra opción.

Y la DEA tenía más gente sobre el terreno aquí en México que el FBI y la CIA juntos.

"Sólo llámalo".

Gleeson lo hizo.

"Ya viene".

"Bien."

Al menos, Tate pensó que era bueno.

Aún le quedaba un largo camino por delante para cambiar de opinión.

El GPS había dicho inicialmente que se tardarían dos horas en llegar a *Pueblo Silencio*, pero a la velocidad a la que Gleeson conducía ahora, Tate sospechaba que recortaría al menos una cuarta parte de ese tiempo.

Tal vez incluso más.

Pero, ¿fue lo suficientemente rápido?

Frost tenía al menos media hora de ventaja.

Al poco tiempo, Tate se dio cuenta de que todo aquello significaba que ella iba a morir treinta minutos antes que ellos.

***

Con compartió un pin en el centro de *Pueblo Silencia* con uno de sus contactos antes de empezar a conducir. Pronto se hizo evidente que iba a poder seguir el ritmo de Tate y Gleeson.

Su pedazo de mierda de coche empezó a retumbar a 75, se sentía como si estuviera a punto de explotar a 80.

Alcanzó los 90 y Con soltó el acelerador. Por mucho que quisiera llegar a la fortaleza, si el coche se le estropeaba, no iría a ninguna parte.

"¡Joder!" Golpeó el volante. "¡Joder! *¡Joder! ¡Joder!*"

Perdió a Tate y Gleeson en una nube de polvo y humo.

***

Al cabo de una hora de viaje, Tate vio a alguien detrás de ellos. Lo primero que pensó fue que se trataba de Con, pero enseguida se dio cuenta de que no era así.

No era el coche de Con, sino el Mercedes negro de DEA Tatum.

Y estaba solo.

"¿Qué coño? Pensé que iba a traer algunos agentes de la DEA".

Era posible que el coche estuviera lleno de hombres fuertemente

armados -los cristales estaban demasiado tintados para ver el interior-, pero ¿sólo un coche?

No tenía sentido.

Un puñado de chicos del cártel podrían destrozarlo con un par de AR.

"Eso es lo que dijo."

Tate volvió a comprobarlo. La carretera estaba polvorienta, pero estaba casi seguro de que el Mercedes era el único coche que les seguía.

"Llámalo, joder".

Gleeson lo intentó, pero no obtuvo respuesta.

"¿Qué demonios está pasando?" dijo Tate apretando los dientes.

Estaba sudando y cuanto más conducían, más caliente se volvía el aire que salía de las rejillas de ventilación.

Jugueteó con el mando del aire acondicionado, pero no sirvió de nada.

"Está roto".

Tate estaba acalorado y molesto.

Estresado.

Nervioso.

Jodidamente asustado.

"¡Sé que está jodidamente roto! Joder, deberíamos haber hecho que Wade nos llevara".

Gleeson no apartó los ojos de la carretera: hacía todo lo posible por evitar el mayor de los aparentemente interminables baches.

"¿Quién?"

"Wade. El tipo que nos recogió en el aeropuerto".

"¿De qué estás hablando?"

"El maldito tipo que arreglaste para que nos recogiera en el aeropuerto. Nos llevó al hotel, dejó armas en nuestra cama".

Gleeson frunció el ceño.

"No tengo ni idea de lo que estás hablando. Yo no arreglé que nadie te recogiera".

"Entonces Santiago lo hizo. De todos modos, no importa..."

"Te puedo asegurar que Santiago tampoco lo hizo. Y no te dimos armas. Cuando el director Stitts nos dijo que venías, dijo que era sólo una misión de exploración. Dijo que no necesitabas armas".

Esto dio a Tate una pausa y su mente fatigada empezó a zumbar.

"Bueno, si no fuiste tú o tu compañero, ¿quién diablos más sabía que veníamos a la ciudad? Porque seguro que alguien nos consiguió un coche, un hotel y esta puta pistola".

Sacó el arma y la dejó sobre su regazo.

Antes de que Gleeson contestara, a Tate se le vino la respuesta a la cabeza.

"Tatum".

En cuanto dijo el nombre del agente de la DEA, el Mercedes aminoró la marcha y empezó a dar la vuelta.

Capítulo 49

El plan estaba saliendo mejor de lo que Alex podía esperar. No lo parecía con ella encerrada en el maletero de un coche, con la pistola apretada contra el pecho.

Pero lo había hecho.

Emiliano quería ver a Brent, no dijo por qué, pero todos sabían la razón.

Brent había intentado suavizar las cosas, mencionó que tenía otro "regalo" para Los Cuervos Negros, de ahí que Alex estuviera en ese momento en el maletero.

El hombre había actuado admirablemente, lo cual era de esperar teniendo en cuenta que se pasaba las noches haciéndose pasar por promotor de discotecas y atrayendo a turistas hacia la muerte.

Brent conducía el coche -*su* coche- y Santiago iba en el asiento delantero.

El plan de Alex era que Brent entrara directamente en el recinto, con Santiago actuando como miembro de bajo nivel del cártel. No era lo ideal, pero si el cártel era nuevo y crecía tan rápido como decían Santiago y Gleeson, era posible que su presencia no hiciera saltar las alarmas de inmediato.

Para adaptarse mejor a este papel, Santiago se había puesto un atuendo más apropiado. Le ayudó el hecho de ser hispano y hablar el idioma.

Si Emiliano les saludaba cuando llegaran, Brent se enfrentaría a él. Santiago esperaría el momento oportuno y tomaría como rehén al segundo al mando de los Cuervos y Alex se uniría a él.

Si Emiliano decidió matar a Brent primero, que así sea.

No les importa.

Negociarían un intercambio: Emiliano por Emma y Tori.

El plan era sencillo.

Directo.

Por su limitada experiencia, Alex sabía que este tipo de planes eran los que tenían más probabilidades de éxito.

Aún había demasiadas variables para su gusto, pero Alex había llegado a comprenderlo.

Había pensado en esperar una hora y llamar a Tate para decirle adónde se dirigían.

Al final, se opuso a esta idea.

Tate tenía una familia: una esposa, un hijo.

Cuando se lo comentó a Santiago, éste le informó de que Gleeson tenía dos hijos.

Decidieron colectivamente dejar atrás sus teléfonos.

Llevaban ya un rato conduciendo, pero era casi imposible saber exactamente cuánto tiempo. En algún momento, los pensamientos de Alex inevitablemente se volvieron hacia Tori.

Se encontró imaginando lo que su amiga debía de estar pensando cuando la encerraron en un baúl.

Alex no solía ser claustrofóbica, pero con el tiempo sintió que las paredes se cerraban sobre ella. Su ansiedad se disparó.

Y tenía un arma y un plan, por muy mierda que fuera.

También conocía la zona general a la que se dirigían.

Tori no tenía nada de esto.

Debía de estar loca de miedo.

Los pensamientos de Alex se desvanecieron cuando oyó lo que parecía otro coche.

Era difícil saberlo con certeza, la carretera estaba muy accidentada y llena de baches.

Pero... sí, *era* otro coche.

Y se acercaba desde la dirección opuesta.

"Eh", gritó Santiago. Su voz se oía amortiguada desde el interior de la cabina. "Otro coche se dirige hacia nosotros. Creo que..."

La voz del hombre fue engullida por el estruendo de los disparos automáticos.

Capítulo 50

Estaban cocidos.

A todos.

Tori, Emma, Gleeson, Santiago y él mismo.

DEA Tatum fue la filtración.

Y cuando Gleeson había llamado al hombre para pedirle ayuda, sin duda había transmitido el mensaje a Los Cuervos Negros.

El cártel sabía que venían.

Esta fue la razón por la que siguió insistiendo en que el cártel de Sinaloa estaba detrás de los secuestros; para desviar la culpa de Los Cuervos.

También por eso había dejado marchar al portero del club, para que no hablara.

"Saben que venimos", dijo Tate. "Saben que venimos*, joder*".

El coche estaba tan caliente que Tate se vio obligado a abrir una ventanilla.

Se acercaban a una cadena montañosa. *Pueblo Silencio*, una pequeña aldea, se encontraba un poco más allá.

"Una vez que entremos en las montañas, no habrá ningún lugar donde volver atrás".

Tate quería arrancarse los pelos.

Más adelante, a la derecha, vio un pequeño camino que se

desviaba de la carretera principal.

"Si quieres que me gire, tienes que decírmelo pronto".

La mandíbula de Gleeson estaba trabada.

El hombre sabía que estaban jodidos.

Podrían dar media vuelta, pero no le sorprendería a Tate que la DEA Tatum les estuviera esperando para tenderles una emboscada.

"¿Quieres que me gire?"

"No lo sé."

De repente, los picos de las montañas resonaron.

Disparos.

A Tate le dio un vuelco el corazón.

"Creo que viene un coche hacia nosotros". Gleeson entrecerró los ojos con fuerza y acercó tanto la cara al parabrisas que su nariz casi lo tocaba. "Sí, es un coche".

Disparos... ¿fue Frost? ¿Estaba disparando a alguien o alguien le estaba disparando a ella?

¿Quién iba en el coche que se dirigía hacia ellos?

¿Otra vez Frost? ¿O Los Cuervos Negros?

Para cuando se enteraran, Tate pensó que probablemente sería demasiado tarde.

"Tate, tenemos que decidirnos. El camino se acerca rápido".

La idea de dejar que Frost conducir a la derecha en una trampa mortal era insondable. Pero si seguían adelante, todos morirían.

¿Y después qué?

Tatum probablemente inventaría alguna historia, haría que todas sus muertes parecieran un accidente. Peor, hacer que pareciera que ellos eran los corruptos.

Y si Tatum encontraba al hombre al que Con había disparado en el callejón, podría llevar a cabo la artimaña.

"¿Tate?"

Tate recibió un mensaje.

No habría mirado, pero su teléfono estaba en el salpicadero y el sonido atrajo sus ojos hacia él.

No te me mueras, Tate.

Era de Chase.

"*¡Tate*!"

El mensaje de Chase lo selló.

"¡Gira! *¡Gira,* joder!"

Casi se salieron de la carretera. Los neumáticos del coche de Gleeson patinaron y el vehículo quedó envuelto en una nube de polvo.

De algún modo, Gleeson logró la maniobra casi imposible.

"Sigue conduciendo", instruyó Tate. "El coche sigue viniendo. Ponte al teléfono. Llama a los Federales. A todos. Pero hagas lo que hagas, no te detengas.

Tate cogió el teléfono y llamó a Con.

***

"Con, es el agente de la DEA, él es la fuga".

"*¿Qué?*"

Con tuvo que gritar para oír la voz de Tate. Incluso con el altavoz al máximo, era difícil oír al hombre ofrecer el chirrido metálico del motor.

"Agente de la DEA Tatum: barba, gorra de béisbol. Le pedimos refuerzos y le dijo al cártel que veníamos. Nos estaba siguiendo pero dio la vuelta. Creo que va hacia vosotros".

"¿Me estás tomando el pelo?"

"Ojalá fuera así, Con. Frost... Frost va directo a una trampa. Tenemos otro coche pisándonos los talones, probablemente del cártel".

"¿Qué conduce el agente de la DEA?"

"Un Mercedes negro".

"Bien. Continúa. La ayuda llegará pronto".

"¿Ayuda?"

"Sigue conduciendo, Tate."

"¿Qué-qué vas a hacer?"

"Voy a salvar a Frost".

Con colgó y empujó el coche con más fuerza. Algo se rompió bajo sus pies y empezó a salir humo negro del motor.

Los Cuervos Negros podrían saber que Frost venía, Gleeson y Tate también.

Pero no sabían nada de él.

No, no tenían ni idea de qué más se dirigía hacia ellos.

Capítulo 51

Alex perdió la cuenta después de que las primeras quince balas impactaran en el coche.

Alguien gritó, probablemente Brent, y luego todo quedó en silencio.

El coche se detuvo lentamente.

"¿Santiago?" Dijo Alex. No gritó, no se atrevió.

Fuera, pasó un coche a toda velocidad.

"¿Santiago?"

¿Fue un jadeo? ¿Un jadeo húmedo?

Tal vez.

Podría ser sólo una fuga de aceite del motor, un suave silbido de vapor.

Alex ajustó la empuñadura del arma. Le sudaba la palma de la mano.

Qué coño... qué coño...

Oyó que otro vehículo se detenía justo al lado del suyo.

"¿Santiago? ¿Brent?"

Nada.

Alex contuvo la respiración mientras se acercaban unos pasos.

Pensó que tenía una de dos opciones. Saltar del tronco, empezar a disparar.

O espera.

En el mejor de los casos, no comprobaron el maletero y se marcharon, permitiéndole escapar a pie.

Al final, no tuvo ninguna de las dos opciones.

Sonaron dos disparos más, a corta distancia, que hicieron saltar a Alex.

Entonces una llave se deslizó en el maletero.

En cuanto se levantó la tapa, Alex levantó su arma y disparó.

***

Con vio el Mercedes negro a través de un muro de humo. El coche frenaba y Con cogió una de las dos pistolas del asiento del copiloto.

Si el Mercedes, incluso moviéndose a la velocidad que lo hacía en ese momento, continuaba pasando por delante de él, Con no estaba seguro de poder disparar al agente de la DEA Tatum a través de la ventanilla. Tenía una puntería decente, pero no era un crack. Además, hacía tiempo que no bebía y le temblaban las manos.

También existía la posibilidad de que el resbaladizo vehículo negro tuviera ventanas a prueba de balas.

¿Podría disparar a los neumáticos? Con dudaba de su capacidad para hacer eso, también.

Y aunque no podría ver el coche de Tatum, Tatum le vería a él.

Y luego llamaba a sus colegas de Los Cuervos Negros.

El cártel vendría a por él como habían venido a por Tate.

Sin el elemento sorpresa de su lado, todos estaban muertos.

Con no corría riesgos.

Él también aminoró la marcha, más como consecuencia del fallo de su vehículo que por el deseo de reducir la velocidad.

Aunque, teniendo en cuenta lo que planeaba hacer ahora, probablemente era algo bueno.

Con se movió todo lo que pudo hacia el lado derecho de la carretera.

El Mercedes siguió frenando.

Con identificó inmediatamente un fallo en su idea. Con el polvo que levantaban los neumáticos del Mercedes y el humo de su motor, apenas podía ver.

Oh, bueno; a la mierda.

Se asomó completamente por la ventanilla, no sin antes asegurarse de que su cinturón de seguridad estaba bien abrochado.

Cuando el Mercedes estaba a unos cincuenta metros de él, Con tiró del volante hacia la izquierda.

DEA Tatum no tuvo tiempo de reaccionar antes de que el pedazo de mierda de coche golpeara de frente al Mercedes.

***

No pasó nada.

Alex apretó el gatillo una y otra vez, pero no pasó nada.

Cuando encontró la pistola en la cama de su habitación de hotel, se aseguró de que estuviera cargada.

Pero no había tenido ocasión de probarlo.

Tuvo tiempo de pensar: "*¿Por qué me daría Gleeson balas de fogueo?",* antes de que una mano se introdujera en el maletero y la agarrara por el pelo.

Ella gritó.

"No hay percutor", dijo un hombre.

Alex luchó.

Luchó lo mejor que pudo.

Arañazos, puñetazos, patadas.

En un momento dado, sus uñas rastrillaron algo blando y carnoso.

El hombre aulló.

Entonces algo se estrelló contra un lado de su cabeza y el mundo de Alex dio un vuelco. Sintió que le entraba sangre en el ojo y que su visión se tornaba de un rojo acuoso.

"Oh, le vas a gustar a El Cuervo".

Alex sintió que su conciencia se desvanecía mientras su cuerpo era arrastrado bruscamente fuera del maletero.

Tosió, oscureciendo lo que quedaba de su visión con la suciedad del aire.

Una fracción de segundo antes de que la golpearan de nuevo en la cabeza y perdiera el conocimiento por completo, Alex oyó al hombre decir: "Le vas a gustar *mucho* a El Cuervo. Y a mí también".

Capítulo 52

Con no sabía qué le sorprendía más: que siguiera vivo o que, de algún modo, hubiera logrado permanecer consciente.

Su brazo izquierdo estaba definitivamente roto, de eso no había duda.

Colgaba sin fuerza y, cada vez que intentaba moverla, el dolor se apoderaba de todo el lado izquierdo de su cuerpo.

También tenía el cuello jodido. No creía que estuviera roto, pero sólo podía girar en una dirección sin sentir un dolor punzante.

El pedazo de mierda de coche que le había comprado al matón tenía airbags, imagínate.

No tenía aire acondicionado, tenía sólo tres neumáticos de verdad, apenas podía ir tan rápido como podía caminar, pero tenía *airbags*.

Con parpadeó mientras examinaba la triste bolsa blanca que

colgaba sin fuerza sobre el volante.

Estaba moteado con su sangre.

Se recostó en el asiento deformado y respiró hondo.

Cerró los ojos.

Vio a Val.

Con estaba de vuelta en el desierto, subiendo al Audi que había alquilado, decidido a seguir a Frost y AA por las dunas de arena. Entonces pasó el coche verde y vio a Val en el asiento del conductor.

Era ella.

Frost podía dudar de él, todo el mundo podía.

No importaba.

Conocía a su hermana gemela.

Nunca la olvidaría.

La respiración de Con se hizo más lenta.

Luego se detuvo por completo.

Su cabeza se inclinó.

Su corazón dejó de latir.

Pasó un segundo.

Dos.

Tres.

Con tosió, escupió sangre.

Se le apretó el corazón.

Con un gemido, consiguió desabrocharse el cinturón. El parachoques delantero derecho se había llevado la peor parte del impacto, pero la puerta seguía funcionando.

Con salió. De alguna manera se las arregló para ponerse de pie.

El Mercedes debió de girar con el impacto porque estaba a unos diez pasos de él. La parte delantera estaba arrugada como un acordeón.

A pesar de todo, Con seguía sosteniendo el arma de algún modo.

¿Cómo coño ha pasado eso?

Las prioridades importaban, supuso.

Se acercó cojeando al Mercedes y miró por la ventanilla destrozada del conductor.

El hombre que estaba dentro llevaba barba, pero si llevaba gorra de béisbol, se le debió caer en el accidente.

Estaba enseñando los dientes, y la sangre le cubría los labios y la barbilla.

"Oh, gracias a Dios", dijo el hombre. "Mi pierna... está atascada. La maldita puerta me tiene inmovilizado".

¿Era él? ¿El mismo hombre que había visto liberando al empleado de Pulso Paraíso?

No podía estar seguro.

"¿Eres DEA? ¿DEA Tatum?"

El hombre hizo una mueca de dolor.

"Sí... soy de la DEA. Por favor, necesitas..."

Satisfecho ahora de que tenía al tipo correcto, la filtración, Con le disparó en la cabeza.

No sintió nada mientras volvía cojeando a su coche y recuperaba la otra pistola del asiento trasero. Se la metió en la cintura y cogió el Frankenstein AR-15 del maletero. Se la colgó del hombro y se la puso a la espalda.

Entonces Con se puso en marcha a pie, cada paso que daba más agonizante que el anterior.

Ya voy, Frost. Aguanta.

Capítulo 53

Cuando Alex volvió en sí, estaba completamente desnuda. Una brisa cálida le hacía cosquillas en la carne desnuda.

Lo último que recordaba era que la habían sacado del maletero y la habían tirado al suelo de *tierra*.

Su entorno ahora no podría ser más diferente.

La hierba bajo sus pies colgantes era de un verde brillante y artificial.

Alex sintió un pinchazo en las muñecas, que atrajo sus ojos hacia arriba.

Estaba colgada de un travesaño blanco.

Colgado.

El pánico se apoderó de ella. Alex retorció las manos, intentó liberarlas de la tosca cuerda.

"Emma, nos vamos a casa pronto, ¿de acuerdo?"

Alex dejó de retorcerse.

Era la voz de Tori.

Giró el cuello hacia la derecha, ignorando el dolor punzante en las sienes.

"Oh, Tori..."

Algo en lo más profundo de su pecho se rompió.

Tori estaba colgada a su lado, con las manos estiradas por encima de su cabeza. Su piel estaba cubierta de moratones. Manchas oscuras de lo que sólo podía ser sangre cubrían el interior de sus muslos, costras en su región genital.

Tori la miró con ojos vacíos.

Sonrió.

"Nos vamos a casa pronto, Emma."

"¿Qué? Alex medio jadeó, medio sollozó. "No soy Emma. Soy Alex. Soy *Alex*".

Le dolían los brazos. Sentía como si los hombros se le fueran a salir de las órbitas.

"Está bien, Emma."

"Tori..."

Alex cerró la boca cuando se acercaron tres figuras. Reconoció a una de ellas como el hombre que la había arrancado del maletero. Tenía ojos de mapache y la nariz recién rota.

Alex esperaba por Dios que esto hubiera sido obra de Tori.

"Creo que este te gustará, El Cuervo".

El hombre con la nariz rota también tenía incisivos de oro.

Alex adivinó que se trataba de Emiliano. El hombre del traje que le dio el alto tenía que ser el gran jefe, el jefe de Los Cuervos Negros, Salvador "El Cuervo" Montemayor.

El tercer hombre iba sin camiseta, con todo el torso y la cara cubiertos de tatuajes oscuros. Incluso el blanco de sus ojos se había teñido de tinta.

En cada mano sostenía un cuchillo de plata. El hombre los hizo girar de uno en uno.

"Yo... somos del FBI", dijo Alex, sin saber qué más decir o hacer.

"Oh, lo sabemos", dijo Emiliano. "Lo sabemos".

"Tienes que dejarnos ir. Si nos haces daño..." Alex hizo una mueca. Ya le habían hecho daño a Tori. Le habían hecho mucho daño. "-Si nos haces más daño, todo el FBI vendrá aquí. El puto ejército de los EEUU".

El hombre del traje se adelantó a los demás y agarró a Alex por la cara. Ella intentó zafarse, pero él era demasiado fuerte.

"No van a venir", dijo en un inglés entrecortado. "Nadie va a venir a por ti. Nadie va a saber que estuviste aquí".

Alex empezó a llorar. Las lágrimas eran por el dolor, pero también porque sabía que El Cuervo decía la verdad.

Nadie venía porque nadie sabía que estaban aquí.

Excepto que... alguien tenía que saberlo porque les habían tendido una emboscada. Alguien había filtrado la información.

¿Pero cómo?

¿A quién?

Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Alex y mojaron los dedos de El Cuervo.

Le soltó la cara y le pasó la mano por el pecho.

"No llores", dijo. "Si lloras, sólo lo empeorarás".

El Cuervo ladró entonces algo en español a Emiliano. Alex no tenía ni idea de lo que había dicho, pero Emiliano no parecía muy contento.

"La tengo para ti".

Más español enfadado.

"Mátalos lentamente. Luego deshazte de los cuerpos". Esta vez, El Cuervo se dirigía al hombre de los cuchillos.

Las relucientes cuchillas dejaron de girar.

"No, por favor", suplicó Alex.
Tori permaneció callada.
"Emiliano", espetó El Cuervo, ignorándola.
El hombre se apresuró obedientemente a ponerse al lado de su jefe. Empezaron a alejarse, pero tras un puñado de zancadas, Emiliano volvió a mirarlos.
"Corvus, guárdame el nuevo", dijo en voz baja.
Capítulo 54
Cuando Con vio por primera vez el coche acribillado a balazos parado junto al camino de tierra, se temió lo peor. No reconoció el vehículo pero, basándose en lo que le había contado Tate y en su estado actual, ató cabos.
Los dos individuos del asiento delantero estaban muertos. El hombre blanco con el pelo desgreñado tenía que ser el hombre del club que Tate había mencionado. El hombre bajo e hispano era sin duda el agente Santiago del FBI.
Contó al menos siete heridas de bala en el pecho y las piernas, colectivamente, pero los disparos mortales, balas en la frente, habían llegado a corta distancia.
Las quemaduras de pólvora en la piel lo confirmaron.
Habían sido ejecutados.
El maletero del coche estaba abierto.
Estaba vacío, no había rastro de Frost. Las huellas de neumáticos que se alejaban del lugar sugerían que el coche había continuado, probablemente persiguiendo a Tate y al agente Gleeson.
Esto, supuso Con, era una buena señal. Si Frost también había muerto en la emboscada, probablemente habrían dejado su cuerpo con los demás para recuperarlo más tarde.
Con siguió adelante.
El sol casi se había puesto cuando llegó a la mansión de tejados rojos.
Enseguida se sorprendió de ver tan pocos soldados del cártel fuera de la casa, situada en la ladera de la montaña.
Al acercarse desde el oeste, vio a dos hombres con fusiles de asalto apostados justo dentro de las impresionantes puertas delanteras.
Dos más colgados en la entrada este.
Con sabía que tenía que ser estratégico, lo que no solía ser su fuerte.
Por muy tentado que estuviera de abrir fuego y llevarse por delante al mayor número posible de Los Cuervos Negros, si lo hacía sólo conseguiría que le mataran antes de encontrar a Frost. Con el factor sorpresa de su lado, pensó que casi con toda seguridad se adelantaría a esos cuatro hombres, matando a dos o tal vez tres de ellos antes de que siquiera dispararan en su dirección.

Siempre que el AR Frankenstein funcionara.

¿Pero después qué?

Tal vez se quedaría sin munición, o el arma se atascaría.

Y al aire libre, sería un blanco fácil.

No, eso no funcionaría.

Pero si Con lograba *entrar en* la mansión antes de disparar, no sólo tendría cobertura, sino que la confusión le beneficiaría.

Aún es una posibilidad remota, pero fue lo único que se le ocurrió.

Diablos, su vida era una maldita apuesta arriesgada.

Aún no sabían que venía. Acabar con el agente Santiago y perseguir a los agentes Gleeson y Tate tenía repercusiones -el cártel tenía que saberlo-, pero estaban en alerta por si un coche, o coches, quizá incluso tanques llenos de federales, DEA y más FBI, bajaban por la carretera principal.

Nadie buscaba a un hombre medio muerto a pie que flanqueaba la mansión desde el oeste.

Con permaneció pegado a la pared mientras seguía moviéndose por el perímetro.

Su brazo izquierdo seguía siendo inútil, pero ahora su pierna izquierda le estaba dando problemas. La rodilla estaba demasiado floja y a punto de doblarse a cada paso. Su cuello, sin embargo, se había aflojado un poco.

Necesitaba encontrar una forma de entrar.

Un sonido le detuvo en seco.

Un sonido que le resultaba familiar: el chasquido de un mechero.

Venía de justo delante de él, donde el muro de ladrillos encalados giraba a la derecha.

Con dio la vuelta a la pistola, rezó a Dios, a *todos los* dioses, en los que no creía para que el hombre que encendía el cigarrillo le diera la espalda.

Inspiró, llenando sus pulmones de aire, y lo retuvo mientras se movía.

Ni mucho menos silencioso, pero su aproximación quedó enmascarada por el viento que se dirigía hacia ellos montaña abajo.

Al doblar la esquina, Con vio a un hombre junto a una verja de hierro forjado mucho más pequeña que la entrada principal.

Los dioses no habían escuchado su plegaria.

El pandillero no estaba de espaldas a él, no exactamente, pero estaba girado tres cuartos.

Y también estaba muy empeñado en que su mechero barato funcionara.

El fusil de asalto del hombre descansaba contra la pared a un metro de distancia.

Un éxito.

Con observó cómo el hombre daba la primera calada y sabía, por ser fumador empedernido, que la primera calada siempre era la mejor.

En cuanto aspiró humo en sus pulmones, Con se abalanzó.

Lo intenté, al menos.

Fue más bien medio tropiezo, medio caída.

Con blandió la culata de la pistola con todas sus fuerzas, que, hay que reconocerlo, no eran muchas.

Pero sólo se necesitaban 500 libras de presión en el lugar adecuado para romper un cráneo, si se sabía dónde golpear.

El hueso era más delgado en la sien, y éste era el punto débil al que apuntaba.

Fue un golpe directo.

Tal vez había un Dios, después de todo.

Pues que se joda él también, pensó Con miserablemente.

El hombre cayó al suelo arenoso, boca abajo.

Con estaba bastante seguro de que estaba muerto, pero no iba a correr ningún riesgo.

Dejó la pistola en el suelo y cayó encima de él.

El suelo era blando, y Con hundió la cara del hombre en él, rastrillándola de un lado a otro hasta cubrir todo desde los ojos hacia delante.

Si el pandillero aún se aferraba a la vida, no duraría mucho más: se estaba asfixiando.

Con esperó. Contó hasta treinta en su cabeza, listo para blandir su arma si oía a alguien correr.

Nada, sólo más viento.

Le costó un esfuerzo inhumano ponerse en pie y estuvo a punto de no conseguirlo.

Tal vez no lo habría hecho si no se hubiera dado cuenta de que el humo del hombre yacía en la tierra, aún encendido.

Con lo cogió e inhaló.

Casi suspiró, el aire caliente en sus pulmones se sentía tan bien.

Dos caladas más y apartó la colilla.

Nicotina, alquitrán y un millón de otras sustancias tóxicas inundaron su organismo. Es triste que necesitara esto para seguir adelante, pero es lo que hay.

Con cogió su pistola y corrió hacia la mansión.

Capítulo 55

El vómito cubrió el pecho de Alex.

Ya no podía mirar a Tori ni al desquiciado tatuado. Pero antes de que empezara a trabajar en su amiga, había intentado razonar con él.

Cuando eso no funcionó, intentó intimidar.

Incluso menos éxito allí.

A continuación, reprender.

Nada surtió efecto.

La peor parte, posiblemente más desagradable que ver al loco degollar todo el pie izquierdo de Tori y luego cortar pequeñas lonchas de carne para comérselas -sí, *comérselas- fue* la propia Tori.

La mujer no gritó.

No lloré.

Sólo... *sonrió*.

La sangre goteaba sobre el césped, empapando *a Corvus el Caníbal* hasta los codos.

Tampoco reaccionó. Alex ya había visto antes a psicópatas y sociópatas trabajando, y casi siempre disfrutaban con lo que hacían. Algunos abordaban su trabajo con seriedad, diseccionaban, infligían dolor, con precisión. Enfoque.

Concentración.

Su percepción de la perfección.

No este hombre.

Parecía hacerlo porque había nacido para ello, porque era lo que se esperaba de él.

Un trabajo como cualquier otro, como basurero o ayudante de camarero.

Era el sicario de Los Cuervos Negros.

Era *Corvus el Caníbal*.

Y era el hijo de puta más aterrador con el que Alex se había topado nunca.

Tori colgaba a un metro de su izquierda. Si Alex no hubiera estado colgada tanto tiempo que tenía los brazos entumecidos, se habría imaginado un escenario en el que hubiera levantado las caderas, rodeado el cuello del hombre con sus largas piernas y lo hubiera asfixiado hasta dejarlo inconsciente.

Lo sostuvo así hasta que Corvus dejó de respirar.

Pero eso sólo funcionaba en las películas.

Alex había destacado en el combate cuerpo a cuerpo en la Academia y antes en la Academia de Policía.

Pero conocía sus limitaciones.

Ese tipo de maniobra, incluso en circunstancias perfectas, no era algo que ella fuera capaz de realizar.

Alex mantuvo los ojos fijos en el frente, sin querer arriesgarse siquiera a vislumbrar el tendón y la carne colgante que una vez había sido el pie de su mejor amiga.

"Por favor", suplicó. La bilis le cubrió la lengua y escupió parte del líquido cáustico de color verde brillante sobre el césped. "Por favor, para".

Al igual que con sus anteriores súplicas de clemencia, Corvus no

reaccionó.

En el fondo, Alex sabía que nada convencería a este hombre de que se detuviera.

Guarda un disparo.

O, en este caso, dos tomas distintas.

***

Los dos pandilleros que estaban en la puerta lateral de la mansión ni siquiera vieron venir a Con. El primero, que recibió un balazo entre los ojos, ni siquiera sabía que estaba muerto.

El segundo tuvo la oportunidad de parpadear antes de unirse también a su *compadre* en la otra vida.

Con pulsó una serie de interruptores de la pared y el interior de la casa quedó a oscuras. No del todo, la luz de la luna u otra fuente de iluminación seguía brillando a través de las ventanas del segundo piso, pero era lo bastante tenue como para alargar las sombras.

Con se mantuvo a estos mientras se movía.

La casa bullía de actividad.

Gente gritando en español, pánico en su tono.

El objetivo de Con era subir una de las dos escaleras de caracol.

Esa era su mejor oportunidad para sobrevivir. Desde el aterrizaje de arriba, tendría una visión clara de toda la mansión. Podría elegir uno por uno.

Pero primero tenía que llegar.

Sabiendo que había dos tipos delante y dos en la otra entrada lateral, centró su mirada en esos lugares mientras subía los dos primeros escalones.

Con se metió la pistola en el cinturón del pantalón, ya que le quedaban cuatro cartuchos del cargador de doce, y giró el AR hacia delante.

Apuntó a la puerta principal, adivinando que entrarían primero, montó tres pasos más.

Ha acertado.

Y los dejó boquiabiertos a los dos.

Con había estado preparado para volver a la pistola si el AR se atascaba o le explotaba en las manos, pero no fue así.

El arma Franken disparó certeramente.

Y los cuerpos cayeron.

Con subió unos escalones más antes de que se abriera la puerta lateral.

Sonaron disparos, esta vez no de su arma.

Las balas desgarraron la escalera, el yeso salpicó hacia arriba, llenando el aire de polvo blanco.

Con echó a correr, ya casi olvidado el dolor del accidente.

Un blanco en movimiento era infinitamente más difícil de acertar

que uno inmóvil.

O eso decían los rumores.

Thunk, thunk, thunk.

Las balas seguían salpicando la escalera, haciendo volar más yeso. En realidad, esto ayudó a Con, ya que dificultaba la visión de su figura encorvada.

Llegó a lo alto del rellano y se agachó, mirando a través de los barrotes verticales.

Entonces abrió fuego.

Los barrotes se hicieron añicos y la barandilla de madera de quince centímetros de grosor, ya sin apoyo, se estrelló contra el suelo con un tremendo *estruendo*.

Con no estaba seguro de si aquel sólido trozo de madera o sus balas habían alcanzado a alguno de los hombres -creía que eran dos, pero podían haber sido tres o cuatro-, pero mantuvo el dedo en el gatillo.

Alguien gritó, agudo, agonizante, y Con siguió disparando.

A esto siguió rápidamente un fuerte *golpe*, que él esperaba que fuera la caída de un hombre.

El problema era *que* ahora no podía ver. Demasiados escombros en el aire.

Se arriesgó, se mantuvo firme.

Esto probablemente acabó salvándole la vida.

Si hubiera permanecido encorvado, la bala que le desgarró el muslo izquierdo le habría alcanzado en el pecho o en la garganta.

Con *gruñó-ah-ungh-y* sintió que su cuerpo era impulsado hacia atrás.

Se fue con él, cayendo de espaldas.

El hombre que le había disparado tenía la misma idea que Con hacía unos momentos.

Siguió disparando.

Los disparos pasaron inofensivamente por encima.

Con permaneció lo más quieto posible hasta que se produjo una interrupción momentánea en el tiroteo.

"*¡Puta*!"

El grito procedía de la escalera opuesta.

Con, aún de espaldas, apuntó con el AR.

Vio una sombra, o eso creyó, y disparó.

El arma pataleó en su mano y chasqueó audiblemente.

Volvió a apretar el gatillo, pero sólo obtuvo más chasquidos metálicos.

"Joder".

"Se te acabaron las balas, *puta"*.

No se había quedado sin balas. El AR se le había atascado.

No es lo ideal, pero Con tenía dos refuerzos.

Sacó la pistola que había utilizado para matar al agente de la DEA Tatum y disparó dos veces. Pensó que le había dado a algo, pero no perdió tiempo en asegurarse.

Intentó reconstruir mentalmente la distribución de la mansión y la procedencia de las balas.

Llegó a la conclusión de que era poco probable que el hombre de la escalera de enfrente fuera uno de los guardias que habían estado apostados fuera.

Un grito desde abajo lo confirmó.

"¡Emiliano! Emil..."

Con disparó dos veces.

Ambos impactaron en el centro de la masa y el hombre cayó.

"¡Puta!"

Con se revolvió a su izquierda.

La bala que le había alcanzado le quemaba el muslo, abrasándole la piel y los músculos como un hierro candente. Pero esa pierna ya estaba jodida, y él tenía experiencia moviéndose con una sola pierna.

El hombre que sospechaba que era Emiliano estaba tirado sobre las dos escaleras superiores.

Había un agujero de bala en su camisa azul a cuadros, justo encima del corazón.

La sangre brotaba alrededor de la herida y cada respiración irregular del hombre de los incisivos de oro sonaba húmeda y burbujeante.

Con se desplomó sobre él.

"Me follé... me follé a tu... zorra... y ahora Corvus va a..." Los ojos de Emiliano se pusieron en blanco. "... *follarte*. Y luego te va a comer. Va a..."

Con metió la pistola en la boca del hombre y apretó el gatillo, convirtiendo la cara y la cabeza de Emiliano en requesón y mermelada de fresa.

Y entonces se derrumbó.

No estaba seguro de si la bala que había recibido en el muslo le había alcanzado la arteria femoral -probablemente no, o probablemente ya estaría muerto-, pero sentía toda la pierna pegajosa bajo los vaqueros.

Con estaba herido, Con estaba exhausto, Con estaba agotado.

La pistola se le cayó de las manos.

"Debería haberte contratado para trabajar para mí en lugar de estos coños. ¿Un solo hombre hizo todo esto? Impresionante".

La voz pertenecía a un hombre vestido con un hábil traje que surgió de entre las sombras.

Llevaba en la mano una pistola de plata brillante.

Con cogió su propia pistola, pero el hombre la apartó de su alcance con una patada.

Este debe ser Corvus el Caníbal, le dijo el cerebro atontado de Con.

No importaba, le importaba un carajo si era el Papa.

Si este hombre se interponía entre él y Frost, iba a morir.

Corvus pellizcó la tela de sus pantalones de traje y se los subió mientras se dejaba caer sobre sus ancas.

"Ustedes los americanos creen que pueden venir aquí..."

"Ahórrame..." Con tosió, escupió sangre. "El sermón, *puta*."

El hombre se rió.

"¿Crees que alguien viene a salvarte? ¿Venir aquí? En una *hora* todos mis *soldados* estarán de vuelta". Corvus clavó el cañón de su pistola en el agujero de bala de la pierna de Con.

Gritó. Realmente gritó.

Con no podía recordar la última vez que había hecho un sonido siquiera parecido a algo así.

Probablemente nunca.

Corvus se clavó el arma en la herida.

El dolor era inmenso. Incomprensible.

Hizo que su brazo roto se sintiera como una picadura de mosquito.

"Puta, vas a morir. Y yo voy a mirar. Luego me voy a follar tu cadáver."

Siguió forzando la pistola más adentro.

A Con le dolía, le dolía mucho, pero aún no estaba muerto.

Y mientras quedara aire en sus pulmones, lucharía.

Lentamente, empezó a pasar el brazo bueno por detrás de la espalda.

"Estoy impresionado. Me has quitado cinco *soladados*".

Con hizo unas rápidas cuentas mentales mientras seguía moviendo la mano.

DEA Tatum. El tipo que fuma afuera. Dos por la entrada, dos por el frente, dos más por el costado.

Emiliano.

"Nueve", corrigió Con. "*Nueve*".

El hombre del traje echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. En el proceso, la presión de su arma se alivió y este alivio momentáneo de la agonía era todo lo que Con necesitaba.

Agarró la pistola por detrás de la espalda, la liberó y disparó.

La primera bala alcanzó a Corvus en la espinilla, la segunda cerca de la cadera.

La tercera en el pecho y la cuarta en la garganta.

El hombre se tambaleó y dejó caer el arma. La sangre le brotó de la garganta y trató de retenerla con ambas manos.

Parecía que intentaba estrangularse.

Con usó la pistola como un bastón para impulsarse hacia arriba.

Joder, duele.

Me dolía todo.

Corvus era un duro hijo de puta, lo reconocía. Incluso con la pierna y la cadera diezmadas y la sangre brotando de entre sus dedos, se las arregló para mantenerse en pie.

Con se tambaleó hacia él.

"No, no *nueve*... diez."

Con le empujó y el hombre cayó por la abertura de la barandilla hasta el suelo.

Su cabeza explotó con el impacto.

Con retrocedió, cayó de rodillas. Volvió a ponerse en pie.

Se dio la vuelta, aullando de dolor, y miró por la ventana, que, por algún milagro, no había sido destrozada por todas las balas perdidas.

Desde allí, tenía una vista clara de un... ¿campo de fútbol?

"¿Qué coño...?"

Entonces Con la vio... Alex Frost... y supo que su trabajo aún no había terminado.

Capítulo 56

La mansión se había convertido en una zona de guerra.

Después de esos dos disparos iniciales que habían hecho que Corvus dejara de molestar a Tori con su cuchillo, las cosas se intensificaron rápidamente.

Con un tremendo esfuerzo, Alex consiguió girar la cabeza hacia el conjunto de grandes ventanales de la segunda planta.

El interior no estaba muy oscuro, pero tampoco era muy luminoso.

Vio sombras, fogonazos.

Oí gritos en español, algo enorme cayendo desde una gran altura.

Gritos.

Su mente recorrió docenas de escenarios que explicaban la carnicería.

Fue el cártel de Sinaloa en represalia por el ataque de Los Cuervos a su cargamento. Fue una facción renegada dentro de Los Cuervos Negros que se escindió y quiere destronar a El Cuervo.

Eran el FBI, el Ejército de los EE.UU. y la DEA, que venían a rescatarla a ella y a Tori.

¿O fueron los Federales, tal vez? ¿Enfadados porque no recibieron su comisión mensual?

Esto duró unos cinco minutos, pero Alex no veía nada claro.

Cuando se dio la vuelta, Corvus se había ido.

Probablemente para unirse a la lucha.

Por muy oscuras o sombrías que fueran las cosas en la vida de Alex, no recordaba haber deseado nunca la muerte de otro ser humano.

La verdad es que no.

Ahora sí.

Quería que ese mongrelo de Corvus sufriera.

"¿Tori?"

Tori aún estaba consciente, pero apenas. Sus ojos rodaron ante la segunda mención de su nombre.

"Aguanta, ¿vale?"

Lo único que se le ocurrió a Alex fue un tópico débil y poco reconfortante.

¿Pero qué coño se suponía que tenía que decir?

"Oye, vamos a morir. Los dos. Probablemente estás casi muerto ahora mismo, de todos modos. Probablemente saborees la idea de poner fin a tu dolor. Y entonces será mi turno. Siento no haber podido salvarte. Siento no haber podido salvarme a mí mismo. Lamento haber venido a este país olvidado de Dios".

Se produjo una pausa en el tiroteo y Alex parpadeó para limpiarse las lágrimas de los ojos mientras volvía a mirar hacia la ventana.

Un par de disparos más, pistolas esta vez y no armas automáticas, desde el segundo piso.

Un sonoro *golpe* y luego nada.

Alex entrecerró los ojos y le pareció distinguir la silueta de un hombre que se acercaba a la ventana. Su postura era extraña, muy inclinado hacia un lado. El cuello torcido.

Y luego se fue.

Quizá nunca había estado allí.

La mente de Alex empezó a divagar.

Pensó en su madre, antes de que enfermara. Lo guapa que era, lo orgullosa que estaba de su trabajo, aunque Alex se enteró más tarde de que su madre nunca había "triunfado". Protagonizó algunas películas de serie B, pero necesitaban el sueldo de Brandon para mantenerse.

También fue productor ejecutivo de la mayoría de las películas.

No habría importado, sin embargo, aunque Heather Frost hubiera sido un fracaso total y absoluto.

Era una estrella en la mente de Alex, como la mayoría de los padres lo eran para sus hijos cuando crecían.

Si Heather no se hubiera puesto enferma, ¿habría seguido Alex sus pasos?

Probablemente.

Si no hubiera visto ese reportaje con Con y Tate sacando a Sandman del complejo de apartamentos, ¿sería hoy agente del FBI?

Tal vez... tal vez no.
Pero así era la vida, en pocas palabras.
Una serie de *"y si..."* inconexos que contribuyen a un *"podría haber sido"* mucho mayor y más impactante.
Alex cerró los ojos y lloró.
Lo siento, papá. Debería haberte escuchado. Nunca debí haberme metido a policía.
Su muerte lo destrozaría.
Cuando Heather finalmente había sucumbido a la leucemia, se habían apoyado el uno en el otro, Alex y su padre.
Brandon podría haber hecho parecer que involucrar a Alex en su trabajo como espía preadolescente en sus numerosas funciones y cenas de lujo había sido para ella, para mantener su mente ocupada. Claro que también le estaba haciendo un servicio, pero era algo más que eso.
Había sido su forma de mantenerlos juntos.
Mantenerlos cuerdos.
Si Alex no hubiera estado cerca, dudaba que Brandon hubiera podido salir adelante.
Aunque ahora era mayor y pasaban mucho menos tiempo juntos que antes, seguían necesitándose.
Se abrió una puerta y Alex, una vez más, se obligó a mirar.
Un hombre salió de la mansión. A juzgar por la forma en que se movía, sospechó que era la misma persona que se había asomado a la ventana.
Alex quería luchar. Quería salir valientemente, llevándose al menos a uno de los hombres que la habían abordado, matado a Emma y a Brent y a Santiago, y torturado a Tori, con ella.
Pero no le quedaba nada.
Se juró a sí misma que no mendigaría más.
No le daría a Los Cuervos Negros la satisfacción.
El hombre siguió avanzando.
Llevaba una pistola en una mano y la otra colgaba a su lado en un ángulo extraño.
Bueno, recibir un disparo era una mejor manera de morir que sufrir por el cuchillo de Corvus.
Un paso, dos. Un tambaleo y casi caída.
Tres.
El hombre entró finalmente en las duras luces del campo de fútbol y Alex aspiró aire en sus pulmones.
No. No puede ser. Mi mente me está jugando una mala pasada.
Alex trató de enfocar la mirada.
Se negaron; la identidad del hombre de la pistola no cambió.
Se rindió, siguió adelante, aunque sabía que era imposible.

Que no era real.

"Con", susurró. "Oh, Con..."

Capítulo 57

Se movía tan rápido como podía. Cada paso era un ejercicio de sufrimiento.

Alex colgaba desnuda del poste de la portería de fútbol. Tori estaba a su lado.

Ambos estaban en mal estado, pero Tori estaba definitivamente peor.

Había algo incomprensiblemente mal en el pie de la mujer y casi toda su mitad inferior estaba cubierta de sangre.

Había... *algo*... en el pecho de Alex pero Con no podía decir qué.

Al menos, no sangre.

Se estaban muriendo y él también.

Era una sorpresa que no hubiera muerto tres veces.

Brazo roto, bala en el muslo aún goteando sangre.

"Con... oh, Con..."

Ya no era Alex. Cuando Con se acercó y empezó a desatar la cuerda que le ataba las manos, la mujer desnuda se convirtió en su hermana.

"Te vas a poner bien, Val", dijo. Con apenas reconoció su propia voz.

Se metió la pistola en los pantalones y se inclinó hacia delante cuando por fin consiguió aflojar la cuerda.

Val cayó sobre él, y él hizo todo lo posible por sostenerla.

Ella suspiró, intentó rodearle con los brazos, pero no había sangre en sus extremidades superiores.

Con sostuvo a su hermana y esperó a que recuperara sus facultades.

"Te tengo, Val", le susurró al oído. "Siento mucho lo de aquel día, pero ahora te tengo. Te he salvado".

Se echó a llorar.

"Lo siento mucho", sollozó.

Ambos lloraron, pero Val recuperó de repente al menos parte de la sensibilidad en los brazos y los utilizó para retroceder.

"¿Con? Oh, Dios mío... Con... *¡detrás de ti!*"

***

Alex seguía sin estar convencida de que el hombre que la había liberado de sus ataduras fuera Con, y el hecho de que la llamara Val no contribuía en absoluto a convencerla.

Ni siquiera estaba segura de que esto fuera realmente real, de que no hubiera muerto ya a manos de Corvus, y este fuera el último intento de su mente por ofrecerle algo de consuelo y paz.

Las lágrimas le nublaron la vista, pero no tanto como para no

darse cuenta de la ráfaga de movimientos oscuros detrás de su salvador.

¿Otro espejismo?

No... *esto* era real.

Y no había duda de quién era la persona que se precipitaba hacia delante.

Los tatuajes lo delataban.

"¿Con? Oh, Dios mío... Con... *¡detrás de ti!*"

Era demasiado lento. Probablemente habría sido demasiado lento incluso si el hombre no hubiera sido diezmado por las heridas.

Corvus levantó una mano e hizo un gesto con la muñeca.

La hoja voló por el aire. Cuando golpeó a Con -o Tate o Gleeson o quienquiera que fuese-, sus omóplatos se retrajeron.

No gritó.

Sólo hizo una mueca.

Ahora era Alex quien le sostenía y no al revés.

Corvus avanzó a grandes zancadas, su rostro seguía siendo una máscara carente de emoción.

Alex sólo tenía una opción.

Y fue una mala.

Pero si no hacía nada, Corvus los mataría a todos. Y las vidas de todos los que habían muerto buscando a Tori serían en vano.

Había que hacer sacrificios.

Esa fue otra consecuencia de los *"y si..."*. Una decisión obligaba a borrar otra.

Esperó a que Corvus se acercara unos pasos y susurró: "Lo siento".

Alex soltó al hombre y lo empujó con todas sus fuerzas.

No hizo falta mucho; el hombre era precariamente inestable.

Cayó hacia atrás, chocando contra Corvus.

El psicópata se vio sorprendido y ambos cayeron al suelo.

El cuchillo clavado en la espalda de su salvador se hundió más y Alex oyó un crujido orgánico.

Corvus intentó zafarse del otro hombre, pero luchó con fuerza.

De alguna manera, el hombre que Alex vio como Con consiguió darse la vuelta.

Corvus extendió su segundo cuchillo, apuntando a la garganta.

Falló y en lugar de cortar la carótida de Con, la hoja se incrustó en la parte superior de su pecho.

El cuchillo raspó el hueso.

Alex entró en acción.

Pateó a Corvus en la cabeza, con la intención de noquearlo.

Esto fue menos efectivo de lo que esperaba. Si hubiera llevado botas o incluso zapatos, sospechaba que Corvus habría quedado al menos aturdido.

En lugar de eso, se limitó a gruñir y utilizó ambas manos, ahora libres de espadas, para empujar hacia abajo al hombre que tenía encima.

Alex se echó hacia atrás para patear de nuevo, pero Con levantó el torso. Entonces agarró el cuchillo que sobresalía de su clavícula y tiró de él.

Los movimientos de Corvus se volvieron más frenéticos al darse cuenta de lo que el otro hombre pretendía hacer.

Alex le dio otra patada.

Y otra vez.

Obligó a Corvus a usar una de sus manos para proteger su cabeza tatuada.

Con *-era* Con, tenía que ser- cogió el cuchillo que estaba recubierto de su propia sangre y se lo clavó.

Irónicamente, dada la maestría de Corvus con las espadas, sólo la puntería de Con era cierta.

La sangre brotó hacia arriba en un tremendo géiser. Incluso a medio metro de distancia, Alex podía sentir el calor que desprendía el espeso líquido mientras llovía sobre todos ellos.

Corvus gorgoteó.

La sangre se acumuló en su boca, ahogándolo.

Segura de que Corvus estaba muerto, Alex volvió su atención hacia Con.

Se agachó con los brazos entumecidos y luchó por darle la vuelta.

Probablemente no era la mejor idea, ya que el cuchillo aún sobresalía de su espalda, pero pensó que la empuñadura impediría que se clavara más.

Con la mirada perdida.

"Te salvé, Val..." susurró.

"No, no te me mueras. No te me mueras*, joder*".

Pero Con era un imbécil testarudo que nunca la escuchaba, a nadie.

Y no iba a empezar ahora.

Con sonrió.

Su pecho dejó de moverse.

En lo alto de las montañas, un coyote aulló.

Capítulo 58

Alex se vio obligada a arrastrar a Tori, no tenía otra opción.

Se detenía cada pocos pasos para abofetear a su amiga, para intentar mantenerla despierta.

Mantenla con vida.

El sol empezaba a salir y a Alex le sorprendió la belleza del lugar, enclavado en las montañas.

Un contraste imposible con la carnicería a un par de cientos de

metros detrás de ella.

Y el lugar finalmente hizo honor a su nombre ahora: *Pueblo Silencio.*

Al menos hasta que empezó el chuffing.

Alex pensó que se le habían ido las orejas.

Su mente sería lo siguiente.

Pero entonces los vio.

Cuatro helicópteros Blackhawk se alzaban sobre las montañas como gigantescos insectos metálicos.

Probablemente otro espejismo, pero Alex había renunciado a seguir intentando discernir qué era real.

Siguió arrastrando a Tori hacia delante. Tres de los cuatro helicópteros continuaron sobrevolando, dirigiéndose hacia la fortaleza de Los Cuervos Negros, pero el cuarto aterrizó delante de ellos.

El viento creado por las enormes aspas era tan potente que casi los deja a ambos con el culo al aire.

Obligada a inclinarse hacia delante y cubrirse los ojos de la salpicadura de tierra, Alex no vio a los hombres que se abalanzaron sobre ella.

Una especie de manta le cubría los hombros y alguien le robó a Tori de los brazos.

Las cuchillas frenaron, el polvo se asentó.

"¿Papá?"

Brandon Frost la apretó contra su pecho.

"Te tengo, Alex. Te tengo."

Se acurrucó en él, se frotó la cara de un lado a otro como cuando era un bebé.

Entonces se acordó de Con.

Echó la cabeza hacia atrás y vio a otro hombre junto a su padre.

"Con... Con está ahí detrás. Tienes que encontrarlo", suplicó.

"Le encontraré", prometió el director del FBI Jeremy Stitts. Gleeson y Tate salieron ahora del helicóptero. No tenía ni idea de cómo ninguno de ellos había llegado hasta aquí.

No entendía nada de esto.

"Encuentra a Con", susurró Alex.

"Lo haré", repitió Stitts.

Nunca lo hizo.

Que ella supiera, nadie había encontrado el cuerpo de Constantine Striker.

Cuando Los Cuervos Negros regresaron de su batalla contra el cártel de Sinaloa, las fuerzas especiales estadounidenses y los Navy SEAL les estaban esperando.

No tenían ninguna posibilidad.

Sin embargo, cuando esto ocurrió, Alex ya estaba en las alturas,

de camino a su casa.

Capítulo 59

Un mes después

Alex se sentó en la silla junto a la cama de hospital de Tori, donde había pasado casi todas las noches desde que regresó a Estados Unidos.

Su amiga estaba conectada a todos los tubos y máquinas imaginables.

Se había acostumbrado tanto al silbido de la máquina de respiración asistida y al pitido del pulsómetro que oía los sonidos mientras dormía.

Ya no dormía mucho.

Las visiones de *Corvus el Caníbal* no la dejaban dormir casi nunca.

Un golpe en la puerta llamó su atención.

Eran Ben y Yuri.

La ira recorrió a Alex, pero se obligó a contenerla.

Se levantó y se dirigió a la puerta, salió al pasillo.

Ben la abrazó de inmediato y ella se lo permitió.

"¿Va... va a vivir?" Ben preguntó, con lágrimas en los ojos.

¿Por qué te importa? La estabas engañando. Maldito imbécil. Ella estaba siendo violada y torturada en México mientras tú te quedabas en Quantico follándote a Yuri.

Miró a Yuri y la mujer se apartó rápidamente como si pudiera oír los pensamientos de Alex.

"Sí. Tuvieron que amputarle la pierna, pero vivirá, se recuperará".

¿Su mente, sin embargo? No creo que vuelva nunca.

Alex quería llorar, pero ya no le quedaban lágrimas.

Se separó de Ben.

"¿Y tú?"

Alex se puso rígido.

"Lo conseguiré".

"Deberías irte a casa. Tómate un descanso", dijo Yuri en voz baja, aún sin querer mirarla a los ojos.

Y tú deberías alejarte de Tori. No la mereces. Ninguno de ustedes la merece.

"De acuerdo".

Alex se fue, sin mirar atrás.

Tampoco se fue a casa.

***

Una de las pocas veces que Alex había salido del hospital había sido para asistir al funeral de Con. Había sido una reunión pequeña, pero el director Stitts había despedido al hombre como un héroe.

AA estaba allí, Tate, el compañero de Alex, Chris Hale, Chase Adams, Stitts y Linus.

Su padre.

Algunos otros.

Incluso Gleeson había viajado al norte para presentar sus respetos.

Alex se encontraba de nuevo en la modesta tumba de su ex compañero.

Con habría odiado las flores así que, por el camino, había cogido otra cosa.

Ahora, dejó el paquete de los cigarrillos favoritos de Con sobre la piedra plana que marcaba el lugar designado para su cuerpo, que nunca fue encontrado.

Esto la hizo reír.

Era ridículo, pero qué demonios.

Su móvil sonó y, pensando que era un mensaje de texto, lo sacó.

En lugar de otro pésame banal de alguien a quien apenas conocía, Alex se sorprendió al descubrir que Linus le había enviado un vídeo.

Curiosa, lo abrió y pulsó play.

La pequeña sonrisa que se había dibujado en sus labios tras la broma del cigarrillo se desvaneció cuando reconoció el rostro cargado de botox de Tracy Jones.

Alex gruñía mientras pulsaba el play.

"Qué desastre... corrupción, codicia, secuestros y asesinatos, todo al otro lado de la frontera", empezó Tracy con su voz chirriante patentada. "Y vamos a desmenuzarlo todo para ustedes. Hoy tenemos con nosotros al estimado escritor del Orange County Post, Dwight Dozier. Dwight, bienvenido al programa".

Alex no estaba segura de con quién había hablado Dwight en el FBI, desde luego no había sido con ella, pero quienquiera que le hubiera dado la información había acertado en la mayoría de los detalles.

Durante casi quince minutos, Dwight describió lo que había pasado en México, empezando por el secuestro de Tori y Emma.

Afortunadamente, omitió sus nombres.

Nada de esto era nuevo para Alex excepto dos detalles menores: alguien había asesinado a Wade Colton, el hombre que el agente de la DEA Tatum había contratado para vigilar tanto a Tate como a Alex.

Bien.

La segunda era que las oficinas de la DEA en México estaban siendo sometidas a una profunda revisión en un intento de eliminar la corrupción que reinaba en el departamento.

También está bien.

Cuando Dwight terminó por fin, Tracy sintió la necesidad de recapitular.

Cuando llegó a la implicación de Con, el único nombre que se

utilizó específicamente, Alex vio que la mujer se detenía durante un tiempo desmesurado.

"A lo largo de los años, he dejado muy claros mis sentimientos hacia el difamado ex agente del FBI Constantine Striker. Era descarado, irracional e impredecible. Sus métodos eran poco ortodoxos y a menudo eludía la ley. Pero hizo el sacrificio definitivo para salvar a innumerables personas. Aunque una buena acción no borra otros incontables pecados, creo que todos tenemos con él una deuda de gratitud. Caballero Oscuro, no siempre nos llevamos bien, pero quiero agradecerte tu servicio".

Alex se secó las lágrimas de las mejillas. No todas se habían secado.

Tracy se aclaró la garganta.

"Pero la pregunta que tengo para ti, Dwight, es ¿qué sentido tenía? Los Cuervos Negros están ahora bajo el gobierno de alguien aún más sádico y brutal que El Cuervo, si puedes creerlo. Se hace llamar Rey Cuervo, que para los que no hablan español, significa Rey Cuervo. Este hombre ya ha asesinado..."

Alex apagó el vídeo.

Sacudió la cabeza.

Cuando volvió a levantar la vista, Alex se quedó helado.

Con estaba de pie al otro lado de la tumba, con una gorra de béisbol calada.

Era demasiado.

Todo era demasiado.

Alex sintió que se le doblaban las piernas y se balanceó sobre sus pies.

Con corrió hacia ella y la agarró por la cintura.

La visera de su gorra chocó contra su frente y Alex pudo ver mejor la cara de Con.

Sólo que no era Con.

Ni siquiera era un hombre.

Era una mujer.

Capítulo 60

"Bebe el agua", le indicó la mujer.

Alex quiso complacerla, pero no confiaba en no derramar el vaso.

La mujer no sólo se parecía a Con, sino que también sonaba como él. Más suave, más femenina, pero las similitudes eran asombrosas.

Tras regresar a Estados Unidos, Alex se había sometido a casi una docena de rigurosas evaluaciones mentales y físicas.

Le habían diagnosticado trastorno de estrés postraumático, pero aparte de eso, estaba sana.

Ahora, dudaba de los diagnósticos de los expertos.

"¿Él... Con se ha ido de verdad?"

Alex asintió.

"Sí. Él... su última palabra fue 'Val'".

A la mujer se le humedecieron los ojos y miró hacia las luces del café para evitar que se le saltaran las lágrimas.

Alex le dio tiempo.

Valerie Striker llevaba desaparecida más de una década.

¿Qué eran unos minutos más?

Finalmente, los ojos de la mujer volvieron a Alex.

"Supongo que quieres saber la verdad". Val hizo una pausa. "Mereces saber la verdad".

Alex sólo pudo asentir y Val empezó a hablar.

***

"Mi relación con mis padres, mi padre en particular, era muy diferente a la de Con. Él era el niño mimado, fue a la escuela, ascendió hasta ser socio de esa empresa de guardias de seguridad. Pero incluso antes de todo eso, mis padres le miraban de forma diferente. No sé por qué, simplemente lo hacían".

Val hizo una pausa para dar un sorbo a su café.

"Como sabes, mi padre era camionero de larga distancia y se pasaba semanas enteras fuera. No sé por qué mi madre le sugirió por primera vez que me llevara con él en uno de esos viajes. Parece extraño, pensando después de todos estos años. Yo era solo un niño, y estas "aventuras", como las llamaba mi padre, no eran lugar para niños. Pero allí estaba yo, sentado delante en su enorme camión, escuchando música con mi padre mientras él atravesaba el país. Riendo, cantando. En ese primer viaje, solo me dejó sola en un hotel durante unas horas. Probablemente ni me habría enterado si no me hubiera levantado a orinar más o menos a la misma hora que él regresaba. Le pregunté dónde había estado y me dijo que sólo había ido a comer algo. No sé por qué, pero pensé que mentía".

Otra bebida.

"Después de ese primer viaje, no volví a ir con él durante un par de meses, empecé a pensar que era una especie de cosa de una sola vez. Pero entonces me pidió que volviera con él y lo hice. Esta vez, pasó algo más. Estábamos en una parada de camiones y me dejó en la cabina mientras iba al baño. Sólo que no fue al baño. Lo vi hablando con una mujer que estaba fumando afuera. No pude oír lo que se decía, pero claramente, no le gustó mucho. Esa noche volvió a irse, estoy segura. No supe hasta más tarde -*mucho* más tarde- que esa mujer que estaba fumando un cigarrillo fue la primera víctima de mi padre".

Alex sintió que se le oprimía el pecho.

"¿Es... verdad?"

"Sí", dijo Val secamente. "Pero de nuevo, yo ni siquiera era una

adolescente todavía. No tenía ni idea. Estos viajes con mi padre duraron casi un año. Y en cada uno, me mostraba un poco más. Sólo... vislumbres. Agarrando a una mujer bruscamente. Lavarse las manos ensangrentadas en el fregadero. Es decir, él siempre explicaba estas cosas -ella intentó robarle la cartera, él se cortó la mano trabajando en el camión-, pero se acumulaban. Sabiendo lo que sé ahora, diría que mi padre me estaba preparando".

Alex se quedó estupefacto.

Todo lo que Con le había dicho era cierto. Y ella no le había creído, no hasta el final.

¿Habrían sido diferentes las cosas si lo hubiera hecho?

"Pero no fue hasta... no sé... mi octavo o noveno viaje cuando ocurrió algo realmente extraño. Estábamos conduciendo por Colorado cuando vi a un autoestopista. Habíamos visto muchos en nuestros viajes anteriores y me gustaba señalarlos, no sé muy bien por qué. Era algo que hacía cuando me cansaba de cantar. Esta vez, sin embargo, mi padre redujo la velocidad. Empecé a ponerme nerviosa, pensé en viejas historias de autoestopistas malvados. Le dije que no parara, pero mi padre no me hizo caso. Recogió al hombre y se llevaron de maravilla. Esa noche, ambos se fueron juntos y cuando volvieron, yo estaba bien despierto. Parecían... mareados. Excitados. También había sangre, pero cuando se lo pregunté a mi padre, ni siquiera se molestó en explicármelo. Sólo se encogió de hombros".

Alex no quería interrumpir, pero no pudo evitarlo.

"El autoestopista... era... era..."

A pesar de la interjección, no se atrevió a pronunciar el nombre en voz alta.

"Sí, era él. El autoestopista era Matthew Nelson Neil, pero entonces sólo le conocía como Matt".

"Joder", jadeó Alex.

Con también había tenido razón en eso.

"Desde entonces, no me invitaron a ningún otro viaje. Con el tiempo, estos recuerdos se desvanecieron, como suele ocurrir. Casi los olvidé por completo. Y entonces mi padre murió en aquel estúpido accidente de coche. Mi madre ya mostraba signos de demencia por aquel entonces y creo que quería que Con le ayudara a limpiar los archivos de mi padre, pero me pidió que lo hiciera yo en su lugar."

Val había mostrado poca emoción hasta ese momento, había encerrado esos sentimientos durante años. Ahora, empezó a temblar.

"Encontré un artículo de periódico que había guardado. Una mujer desaparecida. La foto... era ella. La que fumaba esa noche fuera de la parada de camiones. Entonces supe que mi padre la había matado. A las otras también".

"Lo siento."

"Sí, bueno, yo también. Quería decírselo a Con, lo intenté. Pero estaba tan ocupado con su carrera. Y mamá estaba empeorando. El día antes de Con y mi gran explosión me enfrenté a mi madre. No sé por qué elegí ese día, pero lo hice. Al principio, sólo se enojó. Cuando la presioné, jugó la carta de la demencia. Fingió no saber, no entender. Pero cuando le pregunté por qué me dejaba ir con mi padre si sabía que era un asesino, estalló. Me gritó que lo dejara en paz, que estaba muerto, que lo dejara descansar en paz. Más tarde esa noche, le dije a Con que no podía hacerlo más. Me gritó, me llamó egoísta, yo también dije algunas cosas. Me fui. No planeaba estar fuera más de un día, sólo quería emborracharme y desahogarme. Pero entonces... pero entonces..."

Val parecía estar en un atolladero y Alex, pensando que sabía adónde iba esto, la ayudó.

"Pero entonces te encontraste con Matthew Nelson Neil en la gasolinera."

Val se aclaró la garganta.

"Sí. Al principio no le reconocí: era un crío y entonces tenía un aspecto muy diferente. Pero, oh, chico, él sabía quién era *yo*".

Val cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Cuando volvió a abrirlos, dijo: "Necesito algo más fuerte. ¿Y tú?"

"Sí", graznó Alex.

Val llamó a la camarera y le pidió dos bourbons dobles, solos.

No dijeron nada hasta que les pusieron las bebidas delante.

"Fue como un déjà vu, pero en lugar de ser preparado por mi padre, estaba siendo preparado por Sandman. Era como si Donnie y Matthew lo hubieran planeado todo, aunque eso es imposible: Matthew no podía saber que mi padre iba a morir en aquel accidente. Estaba enfadada... enfadada con Con, con mi padre, con mi madre, con todo el mundo. No tenía amigos. Pasaba todos los días cuidando a mi mamá. Así que, cuando Matthew me pidió que me quedara con él, lo hice. Sólo quería molestar a Con, preocuparlo. No tenía idea de que duraría tanto como duró.

"Sé lo que estás pensando, que debo ser una retorcida para haberme quedado con él. Especialmente sabiendo lo que hizo mi padre. Pero estaba... no sé... preparada. Y no fue hasta una semana después que pasó algo sospechoso. Matthew llegó a casa con sangre en las manos. Debí haberme ido entonces, pero no pude. Era un patrón, ¿verdad? Estás en el FBI, sabes de lo que estoy hablando. Volvía a ser una niña pequeña bajo la supervisión de un hombre mucho más grande y mayor".

"No es culpa tuya".

"Ahh, ya sé". Val dio un gran trago a su bourbon. Ni siquiera hizo una mueca de dolor. "No cambia nada, sin embargo, ¿verdad?"

Sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

"Cuando por fin me di cuenta -más bien cuando Matthew por fin me lo enseñó- me sentí asqueada. Asqueado no es una palabra suficientemente fuerte para lo que sentí. Iba a ir directamente a la policía y el Hombre de Arena también lo sabía. Me dijo que si lo hacía, contaría a todo el mundo no sólo quién había sido mi padre, sino quién era *yo*. Tenía fotografías de los tres juntos. Supongo que las tomó ese día cuando mi padre lo recogió a un lado de la carretera. Había algunas malas cuando estaba durmiendo. Lo escenificó para que pareciera que yo estaba involucrado en los asesinatos de alguna manera. Atrayendo a las mujeres o algo así. No lo sé, parece estúpido ahora... Parece estúpido ahora, pero en el momento... y sabía que si esas fotos salían a la luz, arruinarían a Con. Lo conoces mejor que la mayoría, Alex. Se presenta como un tipo duro, un agente malo del FBI, el Caballero Oscuro, o lo que sea. Pero todo era una fachada. Se preocupaba, ¿sabes? Con se preocupaba demasiado por la gente, por mucho que intentara aparentar lo contrario".

Alex sintió un cosquilleo en los párpados inferiores.

Sí, lo hizo.

"El Hombre de Arena dijo que si alguna vez hacía algo, o le decía algo a alguien sobre él, publicaría las fotos".

De repente, me di cuenta.

"Pero hiciste algo, ¿no?"

Val terminó su bebida y pidió otra.

"Sí, yo fui el que puso la denuncia anónima. Matthew estaba fuera cazando; supongo que cogiendo a Wendy Schneider. Mientras estaba fuera, busqué esas fotos por todas partes, pero no las encontré. Pero sabía que las tenía... en alguna parte. Cuando Con arrestó al Hombre de Arena, pensé que lo primero que haría Matthew sería revelar la ubicación de las fotos. Seguí esperando, antes del juicio, después del juicio, pero nunca oí hablar de ellas. Años después, descubrí que el Hombre de Arena narraba audiolibros y..."

"El mensaje... el mensaje secreto. No era para Con, ¿verdad?" Alex interrumpió. "Era para ti."

Val asintió.

"Sí. Coordenadas en el desierto. Conduje hasta allí y empecé a cavar. Eran las fotos. Debo haber estado allí horas antes de que Con llegara".

Alex se agarró la frente.

Exprimido.

"Cuando por fin tuviste las fotos, ¿por qué no fuiste a la Con entonces? ¿Te dejaste ver?"

"Bueno, lo hice, pero por accidente".

"¿Ese día en el desierto?"

"Sí. Estuve tentado de parar, pero entonces tú y el poli grande chocasteis, y supe que si paraba, Con nunca se habría ido de mi lado".

"Y probablemente estaría muerto".

La mujer asiente solemnemente.

"¿Cómo te mantuviste oculta tanto tiempo, Val? ¿Sin acceder a tu banco ni que nadie te encontrara?"

Val se encogió de hombros.

"Yo tenía algo de dinero guardado y Matthew también. Después de que le detuvieran, me trasladé al norte. Estuve a punto de que me reconocieran un par de veces, sobre todo en los primeros meses. Pero cuando mantienes la cabeza gacha y te apartas del camino de la gente, puedes ser prácticamente invisible. Tienes que entender, yo amaba a mi hermano. Es mi gemelo. Claro, peleábamos, peleábamos *mucho*. Pero me convencí de que estaba mejor sin mí, mejor sin saber la verdad sobre mí o nuestro padre".

Alex se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. Lo puso en la mesa delante de Val.

"¿Qué es esto?"

"Con" lo descubrió. No sobre tu participación, sino sobre tu padre. Sobre sus viajes, los asesinatos. Sospechaba que podría haberse cruzado con Matthew durante uno de sus viajes a campo traviesa".

Val enarcó las cejas.

"¿Él... lo hizo?"

"Sí. Esta es la evidencia que encontró. Él me la dio. Quiero que... quiero que la tengas".

Val no cogió el sobre.

"Tómalo, por favor."

Ella se resistió.

"¿Qué quieres que haga con él?"

Alex pensó en la promesa que le había hecho a Con de que, cuando esto terminara, se lo haría saber a la prensa.

Le dolía romper la promesa, pero supuso que, con él muerto y desaparecido, ya no importaba.

"Lo que tú quieras".

Val cogió el sobre y lo puso sobre su regazo.

"Quería darte las gracias. Mi hermano te quería, ¿sabes? Tal vez de *esa* manera, tal vez no. No lo sé. Os seguí un poco durante los últimos meses, asegurándome de no acercarme lo suficiente como para arriesgarme a que me descubrieran. Eras bueno con él, y te quería por eso. Gracias.

Alex resopló.

"No pude salvarlo".

Val se levantó y ladeó la cabeza.

"No, pero te salvó, ¿no? Vi a esa zorra hablando de ello en las

noticias".

"Lo hizo."

"Para Con, eso importaba más que cualquier otra cosa".

Val, con el sobre en una mano, empezó a marcharse.

"¿Adónde vas?"

"Voy a desaparecer otra vez. No me verás, no me oirás, pero estaré cerca, Alex. Si realmente me necesitas, allí estaré. Es lo menos que puedo hacer por ti y por Con".

Ahora, Alex también se puso de pie.

"¿Val?"

"¿Sí?"

"Sólo una cosa más."

"Claro".

"¿Quién es Mary?"

La cara de Val se torció.

"¿Por qué lo preguntas?"

Alex se quedó mirando, animando en silencio a Val a responder a la pregunta.

Al final, la mujer lo hizo.

"Antes de saber qué clase de monstruo era Matthew en realidad, hablamos de mudarnos juntos, de cambiarnos el nombre. Él eligió Mary para mí. No supe por qué hasta que lo arrestaron".

Val salió de la cafetería, dejando a Alex mirando la puerta mientras se cerraba.

Era una respuesta a medias, pero Alex sabía lo que significaba.

María... la Virgen María. Virgen, porque Val nunca mató a nadie.

Sí, la estaban preparando muy bien.

Primero por Donnie Striker y luego por Matthew Nelson Neil.

Y, a pesar de todo, Valerie Striker *seguía* siendo la Virgen María.

A Alex le gustaba pensar que Con tenía algo que ver con eso.

Epílogo

El hombre sujetaba su bastón con una mano y sorbía una botella helada de Tecate con la otra. Un cigarrillo ardía en el cenicero del centro de la mesita.

El sol mexicano se estaba poniendo y el aire había empezado a refrescar.

Se estremeció y la piel se le puso de gallina, en todos los lugares donde no había cicatrices.

"*¿Otra cerveza, señor*?", preguntó la camarera.

Agitó lo que quedaba en su botella y terminó el último sorbo.

"*Por favor*."

La camarera le cogió la botella vacía y fue a buscarle otra. Mientras tanto, sonó su teléfono.

Lo recogió.

Había llegado un mensaje de texto *del DJS*.

"*Rey Cuervo*".

Le siguió la imagen de un hombre con una larga coleta.

Tecleó una respuesta: *¿Exterminar?*

La respuesta llegó al instante.

Confirmado.

La camarera volvió con su cerveza.

"*Gracias*", dijo.

El hombre sacó ochenta pesos mexicanos de su cartera y puso el dinero sobre la mesa. Luego añadió veinte más.

Dejó la cerveza y se apoyó pesadamente en su bastón mientras se alejaba de la pequeña cantina.

Era hora de volver al trabajo.

Fin

Nota del autor

Escribir el final de una serie siempre es difícil. Casi todos los escritores se lo dirán. Si dicen lo contrario, mienten. Y todos somos esencialmente mentirosos profesionales.

Éste fue especialmente difícil. Debo de haberlo escrito y reescrito una docena de veces o más. Fue una batalla, una verdadera lucha.

No porque no supiera lo que iba a pasar -esto me resultó obvio a mitad del segundo libro-, sino porque iba hacia un sitio al que no quería que fuera. Intenté forzar a Con y Alex en una dirección y ellos se resistieron.

La mayor lucha fue entre lo que *yo* quería que hicieran mis personajes y lo que *ellos* querían hacer.

Al final, ganaron los personajes. Siempre lo hacen.

No significa que esté menos triste por ello, por lo que le pasó a Con en particular. Pero tuvo su momento. Durante tres libros y una precuela, Con hizo todo lo que pudo para salvar primero y encontrar después a su hermana.

No consiguió ninguna de las dos cosas.

Pero salvó a Alex, que, en muchos sentidos, a pesar de ser un personaje muy dinámico y de carácter fuerte, era un sustituto de Val.

Con probablemente no se dio cuenta de esto.

Alex, tampoco.

Espero que os haya gustado este final. Aunque ha sido difícil, también ha sido muy divertido. También plantea la pregunta: ¿es esto realmente lo último que veremos de Constantine Striker?

Le seré sincero: *probablemente*.

¿Es esto lo último de Alex Striker?

Desde luego que no. Quizá algún día tenga su propia serie, porque creo que se la merece. Mientras tanto, no tendrás que esperar mucho para volver a verla.

Desempeñará un papel fundamental en *Tidal Bones*, el próximo libro de la serie Chase Adams.

Estoy impaciente por volver a reunirme, y espero que tú estés tan emocionado como yo.

Como siempre, gracias por vuestro continuo apoyo, *#thrillogans*. Desde que era niño mi sueño era ser escritor, y habéis permitido que este degenerado de una ciudad mediana de Ontario, Canadá, cumpla su sueño.

Eso significa algo.

Mucho.

Gracias, señor.

Tú sigue leyendo, yo seguiré escribiendo.

Lo mejor,

Pat

Montreal, 2024.

TELL ME WHERE THE SANDMAN SLEEPS

PATRICK LOGAN

PATRICK LOGAN

SLEEPS

Consíguelo GRATIS suscribiéndote a mi boletín.
Visite: www.PTLBooks.com
Otros libros de Patrick Logan
Detective Damien Drake
Besos de mariposa
Causa de la muerte
Descargar Asesinato
Rey Esqueleto
Tráfico de personas
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II
Lucha premiada
Casi infame
Hombre de paja
Empresa peligrosa
Cara feliz
Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Guarida del Diablo
Damas pintadas
Efectos adversos
Ya muerto
Pruebas directas
Secretos sucios
Sangre contaminada
Carga mortal
Tirador activo
Mordedura de Escarcha
Huesos de marea
Última Cena
Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No reanimar
Extraer el mal
Residencia Evil (AKA Beckett's First Kill)
Necropsia narcoléptica

Tommy Wilde Thrillers
Una noche salvaje
Dos semanas Wilde
Tres meses Wilde
Cuatro familias Wilde
Penelope June Thrillers (próximamente)
Morir para respirar
Morir para hablar
Veronica Shade Thrillers
El color del asesinato
El perfume del asesinato
El sonido del asesinato
El toque del asesinato
El sabor del asesinato
Striker and Frost FBI Thrillers
Dime dónde duerme el hombre de arena
Dime dónde está enterrada
Dime lo que has hecho
Dime adónde han ido

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Tercera edición: Noviembre 2024